

CINTIA ROGOVSKY

ALMA RUSA
RELATOS DESBOCADOS




EduLP

crónica

ALMA RUSA

ALMA RUSA
RELATOS DESBOCADOS

CINTIA ROGOVSKY
(en su versión más nerviosa y libre)



Rogovsky, Cintia
Alma rusa : relatos desbocados / Cintia Rogovsky. - 1a ed. - La
Plata : EDULP, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8348-67-4

1. Poesía Argentina. I. Título.
CDD A861

ALMA RUSA
Relatos desbocados

CINTIA ROGOVSKY



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)
48 N° 551-599 4º Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 44-7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-987-8348-67-4

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
© 2020 - Edulp
Impreso en Argentina

Índice

Presentación.....	6
Prólogo.....	8
Etiquetas seleccionadas para esta publicación.....	10
1. Alma rusa	13
2. Amantes y Psique.....	39
3. Amigxs	95
4. Escribir, lecturas y escritores	134
5. Lo que la inundación nos dejó.....	172
6. Madres, padres, hijxs.....	181
7. 2019. Popurrí	196
8. Pandemia. Crónicas del año que vivimos en peligro ...	214

Presentación

Trece años se cumplen en este fatídico 2020, de persistente recorrido por este género anacrónico del blog [Palabras Cromáticas](#), iniciado de manera anónima en julio de 2007 y que, en los últimos años, se reprodujo también en una *fanpage* homónima en Facebook.

Se trata de una selección de aproximadamente 102 entradas sobre un total de 916 originales, organizadas en 8 etiquetas (de las 74 originales con las que cuenta el blog).

La temática es diversa. En esta selección se priorizaron posteos vinculados al oficio de escribir, la lectura y la escritura; el amor en sus variantes de odio/desamor; la amistad; maternidades, paternidades e hijos, familias y mundos femeninos, todos atravesados por las particularidades de un habitar político y una perspectiva desde La Plata.

Al momento de elegir los textos se tuvieron en cuenta aquellos con más visitas en el blog y la *fanpage* de Facebook.

*Los escritores somos gente nerviosa,
y no lo ignora quien nos observa en un congreso,
en discusiones y lecturas, en distintas ferias del libro.*

Vlady Kociancih, LA RAZA DE LOS NERVIOSOS

*Un escritor es algo extraño.
Es una contradicción y también un sinsentido.
Escribir también es no hablar. Es callarse. Es aullar sin ruido.*

Marguerite Duras, ESCRIBIR

Prólogo

Escribo estas líneas simplemente por haber tenido el enorme privilegio de conocer y leer a Cintia toda la vida. Literalmente. Lo hago como fan y lectora fiel. Lo agradezco, tomo y aprovecho también como una nueva ocasión de decirle cuánto la admiro. La admiro por muchas cosas, muchísimas. Pero fundamentalmente como escritora. Ella es profundamente apasionada y romántica, trágica y melancólica, rebelde, profunda pero también frívola, luchadora y aventurera, generosa, solidaria, desmedida y desordenada, leal y valiente... Y tiene el don de tejer las palabras y, jugando con las metáforas, de iluminarnos la vida con sus textos, que hablan fundamentalmente de las múltiples formas del amor y de la belleza. Porque ella sabe poner belleza aun cuando habla de dolor, de sufrimiento, de muerte, de injusticia. Escribe como si fuera una necesidad, una especie de desahogo, como si las palabras fueran su refugio, su forma de aliviarnos y aliviarse ante el desamparo, el desamor. Nos ayuda a evocar los aromas de un jazmín, un colibrí en el jardín, una melodía, el mar y la ola, la playa, un poema de Alberti que nos lleva a la infancia, un amor adolescente, el verano. Nos invita a compartir su enorme capacidad de goce en lo más simple y hasta en la tragedia. *Palabracromáticas* es un espacio delicioso donde podemos explorar mundos muy diversos, donde Cintia, además, comparte sus experiencias literarias, sus gustos y apreciaciones sobre música, cine, danza, pintura, política, actualidad, etcétera. Allí aparecen la madre, la hija, la amante, la hermana, la amiga, la compa-

ñera. La intelectual, la sabia, la lectora voraz que ha leído casi todo y lo comparte generosamente. La crítica que promociona obras y talentos ajenos desinteresadamente. Y, por supuesto, las heroínas rusas y los grandes personajes de la literatura y de la historia (como Ana K., Alicia, Alejandro M. o David C., solo por citar a algunos), que luego de años de leer a Cintia, aparecen casi como si fueran miembros de su familia.

Eleonora "Lola" Alegre, amiga desde la infancia

"El alma queda muchísimo más adentro de lo que puede salir en palabras", algo así escribió Dostoyevski en épocas de la Rusa zarista. En la era de *influencers*, la Rogovsky escribe un blog que destila alma rusa con acento francés y pensamiento pedagógico latinoamericano. Una bloguera feminista que escribe sobre lo femenino, hete allí su rasgo. Ella escribe y parece sencillo, pone una historia en palabras cromáticas a bordo de transportes públicos o entre la masa madre y el Zoom de la cuarentena.

Un posteo que nació bajo la tierra, en un subte, nos lleva a pasear en bicicleta; un lavado de vajilla puede transformarse en un concierto de rock; correr y corregir dan origen a relatos con banda sonora que nos flechan mientras nos vamos identificando con personajes de historias de amor, desamor, amistad, lazos... Y, además, te recomienda sus lecturas. Suele ser así cuando mujeres escriben y leen a mujeres.

Escritura y pintura requieren un esfuerzo similar para reflejar la expresión esencial de las impresiones que han dejado huella y nos dan lo importante de la vida, y ella lo logra; conoce eso que Proust llamó la "sumisión a la realidad interior".

Mariana Salvi, psicoanalista

¡Bienvenido *Palabras cromáticas* al formato libro! Ya imagino los futuros recorridos por los estantes de cada uno de sus lectores. Una de las cosas que me gustan de este blog son sus entradas llenas de puertas y ventanas que tientan a asomarse (o a salir para volver a entrar). Ahí conviven Proust, Philip Dick, M., Elvira, Dickens... Referencias que muestran a filósofos, artistas, amigos y escritores como personajes cotidianos que se entremezclan en los textos con las historias. Paseamos por esas referencias en cada texto. Cintia no te pide lecturas previas para poder entenderla. Es al revés, te invita a que vayas a buscar a partir de cada lectura. Y uno piensa que es por esas cosas del formato blog, o por la curiosidad, sumada a la dispersión propia de leer en computadora la que nos va llevando al hipertexto: "A ver por qué tal referencia en este posteo..." Y ahí vamos como lectores a construir ese vínculo. Y no nos damos cuenta de que esa es la magia que Cintia tiene (también) como escritora: lograr que lo que ella sabe y conoce se convierta en el deseo de los otros.

Desde "El último verano" que lo estábamos esperando.

Ernesto Mobili

Etiquetas seleccionadas para esta publicación

Del conjunto de más de setenta etiquetas¹ que organizan las 916 entradas que a la fecha tiene el blog *Palabras cromáticas*, se ha hecho, no

¹ Todas las etiquetas: abortos Alma rusa Amantes América Latina Amigas Amigos animales Artistas e imágenes Bibliotecas Biografías Cada día tiene su afán canciones Cine Citas Comunicación Concursos correspondencia con amigos Crónicas postballotage Crónicas del Fin de los días más felices Cuentos Cuerpo Cultura danza De los blogs que me interesan Del oficio de escribir Edición educación Educativas Enfermedad Ensayo entrevistas Eros Estudios culturales Exposiciones y espectáculos feminismo FOXP2 fútbol FX Genocidio Hispania Sefarad Iberoamericanos Ideológicas Impresiones jardines Kirchnerismo La humanidad progresa La Plata Lecturas y escritores Lo que la inundación nos dejó Madres-pa-

sin dificultad, una selección², que forma el índice de esta publicación. Conviene mencionar que muchos textos tienen asignadas varias etiquetas, debido a que las fronteras que trazan las palabras no conforman una taxonomía rígida. Por su parte, en el blog, las crónicas suelen estar acompañadas con imágenes de obras de arte, cine, portadas de libros, ilustraciones de artistas amigxs, fotos y dibujos de la autora, que no serán reproducidas aquí.

Lxs lectorxs que así lo deseen pueden navegar el blog [Palabras-cromáticas](#) acá.

dres-hijos MemoriaVerdadyJusticia Microrrelato Mujeres Música Norteamericana Novela pedagogías peronismo Poder Poesía Política Psique Redes Religiones Retratos caprichosos Sci fi Serie homenaje a escritores Series Sion Teatro Televisión Urbanas Viajes violencia.

² Etiquetas seleccionadas: Alma rusa; Amantes y Psique; Amigxs; Escribir, lecturas y escritores; Lo que la inundación nos dejó; Madres, padres, hijxs; Mujeres; 2019. Popurrí; Pandemia. Crónicas del año que vivimos en peligro.

Capítulo 1

Alma rusa

Una aclaración

Con una fuerte tradición religiosa basada en un cristianismo de raíz bizantina, la religión ortodoxa rusa impregnó la vida y las prácticas cotidianas de las y los rusos, en especial, de las campesinas y los campesinos durante siglos. El tipo de rituales populares, el calendario lleno de fiestas y celebraciones religiosas muy diferentes a las del cristianismo occidental, también dio lugar entre los siglos XV y XIX a procesos de reformas y algunas rupturas entre tradiciones populares y ortodoxias de la Iglesia más poderosa. En ese contexto, la sacralidad de la vida rusa y su búsqueda de alternativas comunitarias y espirituales frente a la opresión de la aristocracia y la autocracia, impulsó también corrientes místicas y mesiánicas muy críticas de los poderosos y que buscaban la abolición de la servidumbre, la reivindicación de la vida en comunidades solidarias y una espiritualidad ligada a la naturaleza y al lazo con formas de vida más simples. Esas corrientes fueron también germen de anarquismos y socialismos en los siglos siguientes, así como de enorme influencia en la vida cultural y la *intelligentsia*.

En el siglo XIX muchos escritores e intelectuales participaron de una crítica hacia la occidentalización (afrancesamiento) de la vida rusa —iniciada con Pedro El Grande y continuada por la emperatriz Catalina la Grande— y una reivindicación eslavófila, en busca de una identidad o “alma rusa”. Uno de los primeros es Gógol, pero también Dostoievsky, Tolstoi, Chéjov, entre otros. La revolución de Octubre

apelará también a ese espíritu nacionalista, popular, dispuesto al autosacrificio en nombre de la Patria/Matria, de la justicia social y de las y los demás, que, sin embargo, no abandona el espíritu festivo, celebratorio, que se expresa en bailes, canciones, y un erotismo misterioso y apasionado que compone eso que se ha dado en llamar el “alma rusa”, que puede estar representada en los caballos salvajes que arrastran los trineos (troikas) por las estepas heladas o los bosques de abedules, escenarios de pogromos y batallas, pero también de amores y fiestas con bailes gitanos y balalikas. Más adelante, esta mística sostendrá al Ejército Ruso durante la llamada Gran Guerra Patriótica (Primera Guerra Mundial) y formará parte de la conocida como Edad de Plata de la poesía rusa, conformada por muchos poetas y narradores que, en su mayoría, fueron activos militantes de la Revolución, pero terminarán sus días como víctimas de las purgas estalinistas.

De esa corriente que recuerda una vocación revolucionaria, crítica y melancólica a la vez, de madres sacrificiales aunque feministas y soldados valientes, grandes camaraderías, bailes y canciones populares, amistades e historias de amor de gran intensidad y algunos excesos está hecha también mi versión del “alma rusa”, que me llega por mi abuela, judía y rusa, mi padre y una biblioteca ecléctica y extraordinaria que fui construyendo como lectora.

No te olvidaré, mi caballo rojo (8 de enero de 2013)³

*Rusia —aseguraba el poeta Tiuchev—
no puede ser comprendida con el intelecto.*

Se amaron bajo las bombas cuyo sonido sacudía los escombros que les hacían de cama.

³ Un eco de este texto se incluyó en la novela *Último verano en Stalingrado* (2015).

Casi no se conocieron la piel uno al otro, ella apenas bajo el pantalón del uniforme, él envolviéndola con su capote robado a un soldadito nazi al que mató la noche anterior. (No sabría ella del lunar junto a la ingle ni él de la cicatriz del muslo derecho).

Se amaron con besos que olían a tabaco húmedo y vodka, y, junto a ellos, los silbidos del pecho tuberculoso del camarada que agonizaba. Y ellos acabando así, juntos, en la sagrada tierra de Stalingrado donde los héroes pueden sobrevivir bajo la forma de la promesa que llevará ella, la combatiente guerrillera, la hija de los siervos, de los esclavos, de los mujik, la joven universitaria que ha cargado luego el fusil del compañero que muere mientras ellos han hecho ese hijo sin dirigirse una palabra. Se amaron como ama quien posee un alma rusa: con desesperación, como protagonistas de un eterno melodrama, mirándose a los ojos y más allá de sus miradas; sabiéndose efímeros, imperfectos, huérfanos, sucios, toscos. La masa. La carne de cañón. El mundo que vendrá. La revolución.

Marchó ella al día siguiente, los huesos entumecidos de frío, los pies envueltos en restos de mantas; en el pecho, un poco del calor del recuerdo de su abrazo. Caminó con hambre y frío pero sabiéndose viva, mujer, joven. (Él ya no se levantó ni hubo más días, ni más lucha, ni más hambre. Otro cadáver en el gran cementerio urbano.)

Él le dijo: me llamo Alexei. Ella dijo: somos unos ivanes. Soy de Crimea, susurró él. Yo soy de acá, respondió ella. No me olvides, rogó. No te olvidaré. Y eso es todo lo que podrá decirle a ese hijo que va a nacerle meses después. Porque ella sobrevive. No será parte del millón de civiles ni del millón de soldados soviéticos muertos en la guerra de las ratas y su hijo no terminará en el Gulag ni bajo las balas de los *eit-zansgruppen* sino que crecerá. E irá a morir en alguna otra guerra. En manos de otros verdugos. Pero antes, si es afortunado, tal vez estudie o aprenda un oficio, escriba un poema o una canción, viaje a tierras lejanas, beba y baile con sus amigos. Tal vez podrá amar a alguien, bajo un cielo estrellado, bajo una tormenta, bajo una ciudad bom-

bardeada, en la sagrada tierra de los hombres en donde se combate hasta el último muerto.

Seis cartas (14 agosto de 2018)

Encontré un cuaderno de una serie que creía perdida.

Una serie de unos veinte cuadernos.

Tal vez una cuarta parte de los que existían.

Encontré seis cartas de dos hombres muertos en un cuaderno.

Seis y no siete, cabalístico número que hubiera preferido indudablemente.

Una de las cartas es del segundo hombre que más me amó: carta de mi padre que no me atrevo a volver a leer y que alguna vez supe casi de memoria.

Casi de memoria en cada trazo de su alma rusa, en cada trazo borrado con lágrimas de mi alma rusa.

Una carta de una primera lectura en el mar, en uno de esos veranos en los que, cabalgando entre la infancia y la adolescencia, me enamoraba cuatro o cinco veces por mes hasta la locura y el olvido feliz.

Las otras cinco cartas son de otro hombre muerto del que estuve enamorada unos años.

Me hacía reír y me hacía pensar.

También, y sobre todo, me hacía el amor durante horas y noches enteras y yo le enseñaba a coger mientras él me amaba.

Después los roles se invirtieron varias veces, como pasa cuando las cosas se ponen intensas.

Él me cogía, yo lo amaba.

Después él me dejó a mí o yo lo dejé a él.

No nos pusimos de acuerdo en cómo había ocurrido.

Sus celos me persiguieron por valles, departamentos, ríos, mares y montañas. Sus celos eran más poderosos que su amor, pero ya no los recuerdo. En cambio, sí recuerdo su sonrisa, sus labios y las arrugas

que se le formaban debajo de los ojos; también su voz que cantaba tan lindo, y otras cosas que podrían ser consideradas vulgares al escribirlas, aunque no lo son.

Un cuaderno, seis cartas, mi padre, V.

Y nada cambia el hecho de que el tiempo es un capricho de Dios y nosotros somos sus prisionerxs y, en ocasiones extraordinarias, sus verdaderos habitantes.

Y se balancea sobre sus piernas, cansada (26 de enero de 2018)

Ella permanece de pie y espera el turno, como los condenados, solo espera. Su expresión es pétrea, su cuerpo se balancea, quien la observa podría creer que no piensa en nada, su mente en blanco, o bien que no siente nada, su corazón frío. Los ojos se mueven apenas, miran el cartel digital que anuncia que están por atender a alguien que tiene ochenta números menos que ella, que lleva horas allí, de pie. Le duele el brazo quebrado, le pesa el bolso en el que lleva un libro que ha estado leyendo y ya no lee, un teléfono que ha estado mirando y ya no mira, pañuelos descartables, un neceser con pocos cosméticos, estuche de anteojos de sol, pastillas para el dolor, peine, hilo y aguja, un llavero infantil que olvidó su hija en el auto, una cartuchera con algunos lápices de dibujo, un bloc con papel de colores con bocetos para futuras pinturas, una botella de agua que el sol ha calentado, una crema de manos que huele a lavanda.

Nadie podría sospechar que está recorriendo con la mente capas geológicas diversas: un cuadro de Van Gogh que le gustaba de chica, en una reproducción que había sobre la chimenea de unos tíos que no vio nunca más. Planes para pagar las deudas de impuestos que le pesan sobre los hombros como piedras de río, los resultados que le dará el médico que pueden cambiarlo todo, las canciones de un

músico que alguna vez amó pero ahora apenas recuerda, la biografía que estuvo leyendo sobre esa escritora rusa que nadie conoce y que a ella le conmueve el corazón, que no es frío como podría pensarse al observarla, en su expresión pétrea y su balanceo. Se balancea como si cargara a uno de sus hijos, como cuando estaba embarazada o como cuando eran pequeños.

Piensa en él y tiembla, pero no se nota. Piensa en el peso del cuerpo de él sobre ella, en cómo les gustaba dormirse abrazados aunque solo tenían sexo casual, en las cosas que él le pedía para sentir placer y piensa en si él alguna vez pensará en ella. A la mañana le dio un beso a F. antes de salir de su departamento, limpio y ordenado como el de todo obsesivo grave, y el olor del *after shave* de F. le recordó esos días felices en los que se iba de la casa de él con el cuerpo agotado de amarse, y haciendo como si no se quisieran. Él no sabía querer, no sabía quererla, pero a veces lo simulaba muy bien. Piensa en todas las tonterías que hizo, que dijo, que pensó, en los hombres con los que se acostó para llenar el vacío de una ausencia y en que eso no calmaba su deseo. Piensa en que fue ella la que arruinó todo, con sus confesiones y sus miedos, pero sabe que no es así, que él solo estaba jugando mientras pasaba el rato para ir adonde de verdad quería estar. Piensa en él abrazando a otra mujer. Piensa en él enamorado de otra mujer. Piensa en la película *Paris, Texas* (en la banda de sonido sobre todo) y en un cuento de Raymond Carver y en la clase que dará la tarde y en sus alumnos más pequeños que la esperan con las miradas encendidas de alegría como él jamás la miró. Y se balancea sobre sus piernas, cansada.

Limónov, según Carrère (22 de junio de 2015)

*El que quiera restaurar el comunismo no tiene cabeza;
el que no lo eche de menos no tiene corazón.*

Vladímir Putin

1.

Limónov es el seudónimo con el cual Eduard Veniamín Savienko decidió un día triunfar y ser reconocido como escritor soviético.

Limónov: ácido como el limón, explosivo como una granada de mano.

Después de leer la biografía de Emmanuel Carrère (Anagrama, 2013) podríamos decir que su vida ha hecho honor al significante de este seudónimo.

Nacido en 1943, hijo de un oficial pobre y de bajo escalafón de la Checa en la ciudad ucraniana de Dzerzhinsk, este increíble aventurero, provocador, artista, político y soldado. Al menos eso es lo que nos da a entender su biógrafo francés, Carrère, de quien vale la pena mencionar que es, a su vez, hijo de un empresario y de una de las historiadoras francesas más reconocidas, Hélène Carrère —de soltera, Hélène Zourabichvili— destacada especialista en la URSS, que en 1978 predijo la caída del régimen soviético y era hija de un ruso blanco que huyó debido a la revolución de 1917. Por lo cual podría explicarse, en parte al menos, la mezcla entre fascinación y rechazo que su personaje (el escritor ruso) parece provocarle al escritor francés, que además lo trató socialmente en el París de los años ochenta y entrevistó personalmente. Creo que hay algo de relación especular entre ambos y eso, al menos, hace de esta biografía novela, o novela de un biógrafo, una lectura imposible de abandonar una vez comenzada.

2.

Eso y muchísimas otras cosas nos cuenta Carrère, aunque no nos dice nada sobre el corazón del vínculo de Limónov con la escritura y no sabemos si en el fondo Eduard escribe porque su deseo ese ese, o si la escritura es para él uno de tantos medios de expresión de su potencia de vida, su arrebató eslavo, su intensidad. Esta biografía de un

personaje que, aunque Carrère aclara que es real, parece en muchos momentos un personaje de esta suerte de ficción de aventuras que es su vida. No podemos dejar de preguntarnos cuántos dispositivos del deber ser y del *mercado* del colonialismo occidental y de las modas en el campo cultural, en la circulación de libros y de autores, están en juego como para que no sepamos nada de Savienko.

Le pregunto a varios amigos y amigas lectores, cultos, curiosos, informados, nada. Si no fuera por P.M. (gracias una vez más), que me lo recomienda, a lo sumo sería una novela de Carrère y no la historia de uno de los escritores más destacados de esta época, al menos, para los cientos de miles de esclavos.

3.

De sus novelas, de su capacidad para mutar y quemar naves, transformarse a sí mismo y vivir varias vidas, como un gran aventurero que supera con actos, según intuyo, cualquiera de sus propios relatos autobiográficos. Durante su infancia es un buen niño proletario que respeta a su padre, oficial chequista —un miserable “botón”, a nuestro decir— y admira a Stalin. En la adolescencia se convertirá en delincuente, y se destacará por sus alianzas con otros pibes que, como él, intentan escapar a sus opacos destinos “proletas” en una ciudad de monoblock soviéticos donde pueden convertirse en obreros textiles o delincuentes... hasta que descubre que existe una opción distinta, que puede salvarlo: ser un joven poeta del *under*. Limónov descubre que la vida bohemia propone una aventura y tal vez una vía de escape a ese destino en la fábrica monótono y aburrido.

Será, más adelante, poeta, vagabundo, amante de la librera judía, Anna: gorda, desquiciada, mayor que él y ninfómana, como casi todas las mujeres de las que se enamorará luego de dejarla. Limónov será artista de vanguardia en Moscú, luego, será *homeless*, prostituto y marginal en los setenta en Nueva York, adonde viaja junto su esposa, la poeta y modelo Helena Shchápova; se dejará arrastrar a cualquier abyección, cogerá con otros marginales como él, negros pobres que

deambulan por Central Park, y con las modelos rusas más fascinantes que lo acompañan en esa aventura neoyorquina. Se emborrachará, escribirá como si fuera un personaje de Dostoievski que quiere librarse de sus demonios: la nostalgia por ese país al que cree que jamás podrá volver, donde todo era tan gris y tan triste, pero donde nadie se moría de hambre, los artistas y los demás trabajadores podían educarse gratuitamente en las mejores universidades y los trabajadores se sentían orgullosos de su Patria, aun con la vergüenza de convivir con crímenes silenciados, con la paranoia de las delaciones, en esos *komunalkas* donde todos espían a todos, pero donde se recuerda con el alma y con el cuerpo la heroicidad de los veinte millones de compatriotas caídos en la Gran Guerra Patriótica.

Limónov será sirviente del millonario Steve en los ochenta, y será la nueva moda europea en materia de escritores rusos; se codea con ellos y se da el gusto de despreciar íntimamente la estoica, exitosa y pública dignidad de Solzhenitsyn, exiliado, de un Joseph Brodsky que semeja, para mí, a un Truman Capote de los ochenta en los bares y cafés de NY... o... Limónov puede pasar tres o cuatro días en un terrible *zapói* a consecuencia de que Helena, o Natalia Mendéveva, la segunda mujer de la cual se enamora —cantante fracasada, alcohólica y también ninfómana—, finalmente lo deje por alguien con más estabilidad económica que pueda garantizarle una vida más comfortable.

4.

Será el personaje maldito para los progresistas franceses que luego de fascinarse con él, lo verán horrorizados en Youtube disparando con una metralleta sobre la ciudad de Sarajevo durante la guerra de Bosnia, fundar el Partido Nacional Bolchevique, viajar al corazón más continental de Eurasia en una aventura proselitista que tendrá derivaciones místicas... Encabezar movilizaciones y actos que serán juzgados como terroristas contra los regímenes liberales de Gorbachov, que convencieron a la población que nazismo y estalinismo eran si-

nónimos, sin reconocer las muchas cosas valiosas que el comunismo tuvo para los pueblos eslavos durante setenta años.

Denunciar a la mafia que pone a Yeltsin en el poder, o contra la capacidad de Vladimir Putin de arrebatarle —o al menos eso fantasea Carrère— el liderazgo político para recuperar el orgullo que supuso ser ruso durante el régimen soviético. Asustado y fascinado por este personaje que encarna a la perfección el prototipo del aventurero, provocador narcisista, Carrère señala sus contradicciones ideológicas, políticas, estéticas incluso. Lo estudia como a una pieza de interés científico, bajo el lente del microscopio, buscando explicaciones para sus contradicciones y pasiones, para ver el fondo de este hombre capaz de asociarse con fascistas, seducir a los millonarios norteamericanos, vender miles de ejemplares de sus novelas en Europa; disparar sobre una ciudad sitiada, de mayorías musulmanas, para reivindicar la memoria de los millones de rusos que dieron la vida por sostener la Unión Soviética.

Aliarse con el excampeón mundial de ajedrez, Kaspárov, devenido político de derecha; Eduard y los jóvenes militantes nasbol (nacional Bolchevique) y su bandera que semeja la cruz gamada nazi, pero reemplazada por la hoz y el martillo; Limónov tapa de la *Rolling Stone*, con alguna de sus novias, siempre *border*, siempre bellas, siempre jóvenes...

5.

Carrère lo estudia y descubre también que Eduard solo encuentra la paz en el apasionado sexo que practica con las mujeres a las que ama; en el contacto con los hombres y las mujeres del pueblo ruso, los marginales, los “proletas”, los perdedores de todas las batallas y de todas las guerras... Incluso, cuando finalmente lo mandan preso en 2009, acusado de terrorismo, con los privados de la libertad.

Impecable en su escritura, detallista y cautivante, el francés no deja de expresar a un Occidente que se ha vuelto *evitativo* de la vida. Una cultura que para ahorrarse la angustia que es constitutiva de lo humano, para no tener que afrontar la desgracia, la injusticia, el conflicto y la muerte, que son parte de la vida en sociedad de esta curiosa especie que somos, prefe-

re el soma del paradigma medicamentoso, o las parareligiones y terapias alternativas... ¡cualquier cosa menos un ruso que desborda humanidad, con todas las oscuridades y brillos llevados a los extremos!

No me sorprende que tan pocos lo conozcan en estas geografías hegemonizadas por las poderosas máquinas culturales del mercado de libros.

La bestia está suelta.

Y si los nombres de Flaubert, y Nabokov, y Chejov te causaban una especie de euforia (19 de mayo de 2015)

En el mundo no hay más que conversación.

Marcel Proust

I

Depende de cómo uno estuviera, pero la cosa podía parecer una versión paródica, y berreta, de un capítulo de *American Horror Story*, ponele.

Diestra y siniestra, según el lado del espejo.

Las mirabas y lo que veía era a unas señoras moralistas, que se vestían mal no por rebeldía sino por un estructural rechazo por todo lo que consideraban frívolo... ¡¡¡Ellas se consideraban “profundas”!!!

II

Profundos son los abismos, los pozos donde caen las niñas como Alicia, los laberintos donde habitan los minotauros... mis queridas.

¿No saben que Swann enseñó hace mucho que el gesto frívolo puede tener como propósito hacer brillar a la persona inculta, reconocer al invisibilizado?

Es de gran profundidad del alma ser un buen frívolo, para eso se requiere ser amable (y amador), ser elegante, sofisticado digamos, conservar la humildad propia de los linajes perseguidos, y entonces se finge frívolo, como Swann, que también lo hace por amor, para no opacar con su capacidad de bucear en aguas profundas del alma humana y de la cultura, de la política y de la vida, de la religión y de su rechazo.

III

Ellas no saben, porque para saber esa clase de cosas hay que estar vivo y para estar vivo hay que arriesgarse.

Ellas no saben, porque esos saberes hay que adquirirlos uno mismo, uno solo, uno como resultado de la experiencia de la vida, de arriesgar el cuerpo, de ponerlo, de dejarse modificar y atravesar por la contundencia de algunas lecturas, algunas vivencias, algunos amores, algunos abismales pozos de profundo dolor, de los que se emerge solamente por medio de alguna verdad y de algún deseo por los que, sabido es, hay que pagar un precio.

Ellas no eran ni profundas ni nada genuino, apenas imitadoras, siamesas espejadas de originales inconclusos: leían lo que había que leer, veían las películas y series que había que ver, tenían las posiciones políticas que había que tener... ¡Ay, eran tan asquerosamente correctas! Podían pasar décadas con el culo apoyado en la misma silla, en la misma habitación, en la misma oficina, mirando por la ventana la copa de un mismo árbol que muda de primavera a invierno, de verano a otoño, que muda mucho más que ellas.

IV

Calculá que es probable que lo más atrevido que habían hecho en su vida fuera una escenita de sexo con algún pelmas que ni siquiera era muy guapo ni cogía muy bien.

Y espiar por la cerradura o el muro de la red social.

Sentían aversión por la belleza en estado puro, en estado de excepción,

tal vez porque la belleza, sabido es, puede poner en riesgo nuestra seguridad, puede desencadenar tragedias, puede hacernos sucumbir de temblor, puede desquiciar nuestra razón y curarnos de nuestros goces demoníacos...

O dejarnos tan lejos y solas como si fuéramos Loles Von Steines.

V.

Y entonces, a ver si todavía caemos en el amor, y nos vemos obligadas a elegir, y a tomar decisiones un poco más éticas y menos moralistas, menos zonzas, menos pacatas... No.

Ellas sentían rechazo por cualquier saber que produjera verdad, o la esperanza de verdad, porque sucumben a los espejismos, que dan mucho menos trabajo y se pueden comer en la cena sin problemas de indigestión.

VI.

Pero en cambio,

si justo habías estado leyendo a Nicanor Parra, te podías llegar a cagar de risa de esas escenas mezcla de ese *pathos* de las redes sociales, ese menjunje de autobombo y decadencia.

Si justo acababas de acabar, si estabas tomándote un buen vinito o escuchando *Fuerza Natural* o fumando unas buenas flores, ponete.

Si andabas leyendo a un escritor noruego, o a un alma rusa algo nerviosa,

o si estabas leyendo a Barnes o a P. Dick, o a Hornby o J. C. Oates, o a Alice Munro o a Truman, o si eras #fanáticaenferma de Proust, o tenías tres ladrillos de Irving leídos nada más que el último año, o si descubías poemas de Leminski y Lemebel;

si te estremecían cosquilleos en la médula espinal y te sentías emparentada de algún modo con el mundo de Nina Berberova, y escuchabas por la tarde una canción del romancero español como si la vida fuera eterna,

y si los nombres de Flaubert, y Nabokov, y Chejov te causaban una especie de euforia,
y leías a Patricia Highsmith en la juventud.

VII

Y volvías una y otra vez a buscar “lo irremediablemente perdido”:
tu infancia en Dickens,
tu primer deseo de justicia social en Zola,
tus sueños de precoz erotismo en Cortázar y en Tolstoi,
tu alegría por el humor inteligente en Bioy,
y los ruseñores en O.W.,
si no te importaba el canon
si el cine #pretenciosoberreta te causaba arcadas antes (y ahora)
si no te impresionaban los atributos del poder que no puede, pero
reconocías al poder que sí puede.
si todo eso...
(Ay, Dios, cerca de ellas me ahogo como Marcel en un ataque de asma.)

Nina Berberova, buscando la palabra exacta (9 de diciembre de 2013)

*En la época en que fueron escritos
esos versos yo creía que llegaría a ser alguien,
pero no he llegado a ser nadie: solo he llegado a ser.*

Jodasievich⁴

Tuve mi época Nina Berberova (1901-1993), como le contaba el otro día a mi amiga R.

⁴ Poeta ruso, primer esposo de Nina Berberova.

No fue un antes y un después, esos parteaguas tipo Dickens, o Proust, o Flaubert, o Bioy, o Truman Capote, o en su momento Cortázar, Tolstoi, Dostoievski, Tolkien, Nabokov... Recientemente Boris Pahor...

No fue un amor adulto, como el de Bolaño, entregado, leal y siempre ilusionado.

Ni esos amores constantes, lugares de placer seguro, casi hogares, tipo Patricia Highsmith, Carlson Mc Cullers, Walsh, Italo Calvino, Guinzburg, Zweig, Chejov, Marai, Munro, Irving, Brizuela, Poe, Marechal... (Laaaaargo etcétera).

Pero fue mi #épocaNinaBerberova, inscrita en la tradición de mi (mucho más intensa y permanente) #épocarusa.

(Música, por favor, suenan los primeros acordes de una sinfonía, señor Shostakóvich, atención, vientos de la 13ª sinfonía; plano general de una estepa interminable nevada, entra en cuadro un caminante, humilde abrigo y trineo de *mujik* o de joven soldado rojo, ambos pertrechados hasta la médula... Un granero en una zona rural francesa, años cuarenta, bombas).

Escribí aquí de ella, de Nina, en 2009, aunque ya había salido de ese primer encantamiento y apenas fue como dejar una miga de pan para recordar que valía la pena retomar ese camino.

En su autobiografía *El subrayado es mío* (1989), me impactó ya el comienzo: cuenta que pasó toda su vida tratando de saber quién era, haciéndose preguntas, dudando. Contaba que aún (andaba por los sesenta y pico cuando la escribió y cerca de los noventa años cuando se publicó) no lo sabía, pero incluso así, Nina seguía interpeándose a sí misma, al mundo, por medio de, y gracias a, y para la literatura, que era el planeta que habitaba.

Me gusta le gente que se hace preguntas, curiosa, respetuosa, que sabe que hay mucho que ignora. Nina buscaba la palabra exacta, ese quizá fue el trabajo de su vida.

Trágica, como toda alma rusa, en especial, como poeta y narradora sensible, enamorada de Jodasievich, huye con él con apenas dieciséis o diecisiete años, desilusionados ambos de la Revolución que ellos

habían apoyado, como muchos de sus amigos escritores. Primero Alemania, luego Francia, por último EE. UU. Siempre huyendo: de la represión, la censura, del frío, del hambre; de la guerra, de los nazis, del mercado que determina si tal o cual libro merece ser publicado, fabrica sus ídolos y panteones y aniquila y condena a tantos artistas y trabajadores de la palabra.

Nina, inmersa en la pobreza; bombardeada en su patria natal, en su Francia adoptiva... Nina.

Fue admiradora de Blok y Maiacovski, y amada (sin reciprocidad) por el primer esposo de la gran poeta acmeísta Ajmátova, Gumillev, que también integró la llamada Edad de Plata de la poesía rusa (y terminó, como muchos de su compatriotas, censurado, perseguido y “eliminado” en nombre de Stalin).

Se mueve en los círculos de amistad de Jodasievich: Viktor Sklovski, Andrei Bieli, Marina Tsvetáieva, Roman Jakobson, Gorki, Nikolai Berdiaev... Todos expatriados que sueñan con volver a Rusia. Algunos lo harán, y sus destinos fueron tremendos bajo el régimen de Stalin. Jodasievich le propone poner fin al sufrimiento con un pacto suicida que ella rechaza. Trabaja de lo que sea, viven en las peores condiciones, con hambre, frío y nostalgia. El poeta enferma y ella lo cuida. Nina. Escribe en ruso, hace traducciones, se leen entre ellos, nadie los reconoce. Busca toda su vida “la palabra exacta”: “Busco la palabra exacta. Hace tiempo que la busco. Al principio, la buscaba en ruso; luego, pensé: basta, nunca la encontraré, el ruso no me servirá, me perderé en románticas aproximaciones y en eufemismos. En cambio, el francés me parecía muy preciso, incluso demasiado preciso para mí, sumida en la vaguedad... Sin embargo, esa palabra, una palabra exacta, sólida, acerada, debía existir. Dicen que, el siglo venidero, en que la esperanza de vida se cifrará en los ciento cincuenta años, el hombre no solo olvidará el nombre de sus abuelos sino también el de sus padres. Si algún día conocí la palabra que busco, ¿cómo he podido olvidarla?” (Berberova, 1987: 1).

Sus relatos eran tristes, en ellos (recuerdo sin releer, no me arriesgo a comprobar si sus libros se fueron con la inundación) parecía que no pasaba nada, pero los climas eran densos, los tiempos transcurrían como si estuvieran hechos de pesados cortinados de terciopelo. En la memoria, algo de una enfermedad que ella tuvo en la adolescencia se me mezcla con una novela de Nabokov, a quien ella admiraba por encima de cualquier diferencia política.

Parece, según cuenta acá Juan Forn, que fue “descubierta” para el gran público de manera casi póstuma “a fines de 1989, por medio de Hubert Nyssen, director de la coqueta editorial Actes Sud”, que recibió *La acompañante*. Radicada al final en EE. UU., dos veces viuda, pobre, Berberova había esperado toda su vida el reconocimiento y el poder vivir de su trabajo como escritora. Tenía 88 años y moriría a los 92.

Vale la pena conocerla, leerla, darle el lugar y la oportunidad que la eterna injusticia humana le escatimó tantos años y, con ella, a su mundo, a sus colegas, extraordinarios poetas y narradores, olvidados porque así lo dispuso el totalitarismo brutal, en su patria, y el capitalismo salvaje, en sus exilios.

Algunas obras de N.B.

De capa y de lágrimas

La acompañante

Chaikovski (Ча́йко́вский), biografía de Piotr Ilich Chaikovski

Astachev en París

El junco rebelde

Historia de la baronesa Boudberg

El subrayado es mío

El mal negro

El asunto Krávchenko

La resurrección de Mozart

En memoria de Schliemann

Roquenal

Crónicas de Billancourt (Биянкурские праздники)
Nabókov y su Lolita

Igual estoy enamorada de las palabras (*Yet I am in love with words*) (13 de enero de 2013)

En una página de lecturas y escrituras que promueve una amiga escritora, a quien llamaremos P., leo un poema de Anne Sexton que se llama "Palabras". No reproduciré el poema entero, solo estos versos:

Tené cuidado con las palabras,
incluso con las milagrosas.
Por las milagrosas damos lo mejor que tenemos,
a veces proliferan como insectos
y dejan un beso en lugar de un agujijón.
[...]

Igual estoy enamorada de las palabras.
[...]
Aunque me fallan seguido.

[...]
Palabras y huevos deben manipularse con cuidado.
Una vez que se rompen son cosas
imposibles de arreglar.

También pueden dañar las palabras no dichas, las que aventuramos cuando nos gana la euforia de un momento de arrebato, aquellas a las que nos atrevemos cuando la bebida y/o las amigas y/o la juventud nos desinhibe, o la sospecha de la cercanía de un final nos vuelve valientes o estúpidos. (En presencia de los finales, nunca pude evitar el *pathos* trágico que conducirá, casi irremediablemente, al arrepentimiento.)

timiento de lo dicho. ¡Exceso de folletines y telenovelas, oh, desgracia de un alma rusa!)

Las pronunciadas en vano (de esas, todos, en especial las mujeres, tenemos colecciones y enciclopedias) y a la persona equivocada.

Las que nos dictan el miedo a perder (lo), o los celos desquiciados, o la necesidad de poseer.

Las que se dan y se reciben en juegos: jugando a los enamorados, por ejemplo, en una tarde de verano. Formulando promesas imposibles de cumplir (soñando en los bares, escuchando música, mirando películas, leyendo novelas, escribiendo canciones y poemas) y evadiendo respuestas sencillas de expresar; hablando de todo menos de lo que realmente nos interesa: si en tu alma yo también dejé una huella cada vez que me evocás. Si me evocás. Si hay alguna palabra solo para mí.

Y si al final no hay esas palabras, en fin, “siempre tendremos Casablanca”.

***Numerus clausus: mi nombre es Sabina Spielrein*⁵** **(18 de abril de 2012)**

Sola estoy en el mundo, totalmente sola.

DIARIO DE SABINA, 1904

Cualquiera de estos días escribiré un *post* sobre Sabina Spielrein (apellido que en yiddish quiere decir “juego limpio”), la “madre del psicoanálisis”, la chica judía de Rostov del Don, la analista de Piaget y de Saussure, la primogénita del comerciante Nicolai y la odontóloga Eva, la fundadora de la “White Nursery”, la paciente y amante de Jung, la hija del Deber

⁵ Sabina Spielrein nació en Rostov del Don, al sur de Rusia, el 25 de octubre de 1885 y murió en esa ciudad en 1942. Estudió en Zurich (Suiza) y trabajó y vivió en varias ciudades, como Ginebra, Viena, Zurich, Berlín, Lausana, Moscú y Varsovia.

(Bat -Mitzvá), la discípula y luego colaboradora de Freud, la madre de Eva y de Renata, la nieta del rabino Lublinski, jasid y promotor del acceso de las mujeres a las universidades, la alumna de una escuela fröbeliana, la hermana mayor de Isaac, Jascha, Emil y Emilia, la víctima de las purgas de Stalin, la paciente del Burghölzli. Sabina.

En 1904, ya adolescente, enfrenta sus espantosas pesadillas y durante una estadía en Suiza pide que la internen en una institución para enfermos mentales. Ya en el Burghölzli se deja amar y analizar por el joven doctor suizo Jung. Será curada, será negada y traicionada.

Sabina estudia medicina y se convierte en una gran profesional, que investiga la psiquis y las pulsiones destructivas, las pulsiones de muerte asociadas al sexo; la fantasiosa muchacha rusa, cosmopolita, que habla varios idiomas y sueña despierta y dormida con ser, sostener su deseo, ser amada, comprender hasta que su cuerpo es destruido por las balas de los nazis, negada de la historia, borrada del reconocimiento que la ciencia *psi* le adeuda.

Sola, enfrentada a las autoridades: la del padre; la de su doctor Jung, que la niega y la acusa de mentir; la de Freud, al principio pone en duda la verdad de su palabra; la de Stalin, que prohíbe el ejercicio de su profesión en la URSS (1933) y purga, entre a miles, a sus hermanos y a su esposo (1935-1938); la de Hitler y su brutal manera de imponerse en su avance ruso. Sabina, a quien una y otra vez le niegan su lugar en nuestra memoria de hijos del siglo XX. Creo que le debemos, al menos, un pequeño y agradecido reconocimiento.

Rusa educada en varias lenguas, crece en un mundo en transición, en plena revolución tecnológica y demográfica: la máquina de vapor, la revolución en la energía eléctrica y el gas, la aplicación de la química a la agricultura; la euforia por la creencia en un futuro sin hambre y con crecimiento; los descubrimientos en medicina neurológica y el auge del "discurso de los nervios" (Richebächer y las enfermedades del alma, la cura por medio de la hipnosis y la palabra que propiciarán Charcot surgimiento, de la mano de Charcot, Bernheim, Janet, el eugenista Forel, luego Freud, Bleuler, Jung).

La migración de los campesinos a las ciudades y la organización sindical del proletariado. Ese mundo burgués en perpetuo movimiento y cambio, de transformación de los modos de producción y de conmoción de todas las relaciones y situaciones sociales que Marx describe en su *Manifiesto comunista* [Marx y Engels, 1848], Sabina encarna de pequeña, en sus fantasías, a la diosa Schechina que, en la tradición jasídica, representa lo femenino de Dios.

Nacida en 1885, crece en ese mundo del “discurso de los nervios” que se nutre de términos que provienen de la física (transferencia, energía psíquica, tensión, resistencia). Ese discurso de la histeria femenina, del cual la literatura también se hace cargo y tematiza: así lo harán Chejov (*Un ataque de nervios*), Tolstoi (*Sonata a Kreutzer*), Nicolai Tschernyshevskis (*¿Qué hacer? Cuentos acerca del hombre nuevo*, de 1863). Y el cuerpo de Sabina expresa sus pasiones nerviosas (los golpes de los castigos paternos, las humillaciones), por medio de diversos síntomas, la enfermedad de su aislamiento, el deseo de ser una mujer libre sin defraudar a su autoritario padre, a su autoritario mundo de hombres, de zares que prohíben ingresar a los claustros universitarios a las mujeres y a los judíos, de guerras, de antisemitismo, de persecuciones, de muertes. Tal vez por eso se especializará en los niños y fundará una escuela para que estos crezcan con libertad.

Frente a la sinagoga de Rostov del Don en 1942, junto a sus hijas Renata y Eva Scheftel y los demás judíos de Rostov, enfrenta al comando 10a de las SS dirigido por Heinz Seetzen, quién sabe cómo, pensando en qué, evocando qué recuerdos, orando a qué dioses.

Cualquiera de estos días, cuando me anime, escribiré sobre ella, Sabina Spielrein, *numerus clausus*.

El baile de Natacha, de Orlando Figes (Junio de 2010)

Esta extraordinaria historia cultural rusa llegó a mis manos regalada por Adriana Puiggrós. El título de la obra, tal como puede leerse en la

contratapa de la edición de Edhasa (Buenos Aires, 2006, 828 páginas) proviene de una escena de *Guerra y paz*, de Tolstoi, en la que la condesa Natacha Rostov se siente súbitamente subyugada por el ritmo y la belleza de un baile popular ruso. Este encuentro entre el mundo de las clases superiores, afrancesadas y educadas en Europa occidental, y la cultura campesina rusa, precede al análisis de la famosa “alma rusa” (que mucho más adelante desmentirá, presa del escepticismo, Vasili Grossman, que escribió lo que para muchos es la *Guerra y Paz* del siglo XX, *Vida y destino*, y terminó por afirmar que esa alma rusa tan admirada por los “profetas”, los artistas del siglo XIX — Dostoievski, Turguenev, Tolstoi, Gogol—, era un alma esclava).

Figes, que es un historiador inglés muy galardonado, aborda esta gigantesca obra que analiza los distintos rasgos de esa cultura que va surgiendo de las tensiones entre oriente y occidente, entre los rusófilos y los europeizantes, desde la construcción de San Petesburgo, por parte de Pedro el Grande, al auge de la propaganda estalinista que retomó algunos de esos tópicos, apelando al alma rusa y al destino de los rusos en particular en la Segunda Guerra Mundial.

No solo la literatura, sino también la música, la pintura y el cine (Mussorgsky, Stravinsky, Shostakovich, Eisenstein, Rachmaninov, Chaikovsky o Rimsky-Korsakov, o pintores como Kandinsky o Goncharova, entre otros) son la materia de esta obra completísima, que tanto transita en la intimidad de las alcobas del palacio Sheremetev, en las que el conde Nikolai Petrovich Shemeretev hizo su esposa a la sierva Praskovya (cuyo retrato, de Nikolai Argunov acompaña este *post*), que terminará por convertirse en una gran estrella de la ópera rusa como en el gran escándalo suscitado por el cuento *Los campesinos* de Chéjov, que vino a poner en duda el gran mito fundante del “buen campesino” ruso, al mostrarlo como un pobre embrutecido y endurecido por la pobreza.

Esta historia cultural, para el ojo occidental, muestra una Rusia que plantea un problema que es, a la vez, geográfico y cultural, puesto que se suele distinguir a la Rusia europea de la asiática. Tampoco suele comprenderse la enorme influencia de la religión ortodoxa, portadora de toda una iconografía e iconología imposible de entender en la tradición judeo-cristiana de Occidente sin cierta flexibilidad espiritual. La misma identidad nacional, como muestra Orlando Figes en este extraordinario estudio de rasgos eruditos y enciclopédicos, ha sufrido extrañas influencias que van desde las tribus esteparias hasta la fascinación por la moda francesa, que fue la máscara de la aristocracia a partir del reinado de Pedro el Grande. Y esto es así porque Rusia es la suma, violenta en muchos casos, de muchas naciones. Es el resultado de luchas, genocidios, imposiciones e integraciones de larga y corta data en la historia. Y, desde ya, del enorme desprecio que gran parte de la Europa “civilizada” de la Modernidad expresaba por esta tierra y estos pueblos desconocidos y temidos.

La tesis central de Figes parte de que, a pesar de las diversas vicisitudes por las que ha pasado Rusia, existe un alma que subyace en todos los acontecimientos y que resulta incorruptible, y que así se explica el sometimiento a los zares y también el triunfo de la utopía comunista. Porque en el pueblo ruso hay un espíritu comunitario que algunos han sabido aprovechar.

Todo fluye, de Vasili Grossman (Mayo de 2010)

“... no ha visto con claridad nuestro pájaro-troika. La historia de los hombres no está en la carrera de la troika sino en el caos, en el eterno paso de una forma de violencia a otra”, le dice a Iván Grigórievich, protagonista de esta novela, su compañero en el campo de trabajo, en el barracón del Gulag. Él más bien piensa, aún con cierta dosis de esperanza al observar lo dura que ha sido su vida después de treinta

años de reclusión y trabajos forzados, que “todo lo que es inhumano es absurdo e inútil”.

La novela *Todo fluye*, de Vasili Grossman (1905-1964), quizá no pueda ser comprendida en su totalidad sin haber leído antes *Vida y destino*. Toda la inmensa tragedia que representó para la humanidad el totalitarismo, el nazi y el soviético, que terminó devorando no solo a sus propios hijos sino también a sus propios padres, es presentada aquí en la intimidad y el pensamiento de este hombre que ha perdido su vida y su mundo en los confines de Siberia.

La novela comienza en los años cincuenta, después de la muerte de Stalin cuando, tras esos treinta años de prisión, el protagonista regresa a las ciudades en las que vivió en su juventud, como enamorado y estudiante (Moscú y Leningrado) que parecen iguales y, a la vez, tan ajenas a sus recuerdos. En esas calles, como si vieran a un fantasma que ha vuelto a la vida, cada persona de su pasado con la que se topa volverá a rechazarlo. En él ven, como un reproche andante que sin embargo él jamás formula, el precio que han pagado por su confort y su comodidad actual. Es como un testigo vivo y molesto de la sangre derramada en cada purga, las delaciones absurdas e infundadas, traiciones, indiferencia y cobardía sobre la que han fundado su vida, su paz y su tranquilidad. Tratarán de sacárselo de encima para no enfrentar a sus propias conciencias que les reclaman sus acciones del pasado (los cadáveres de los niños campesinos muertos de hambre en los kulak, en los trenes de deportados, en las calles de las ciudades), los amigos y parientes a los que dieron vuelta la cara (científicos, obreros, estudiantes, héroes rojos de la guerra civil y de la guerra contra los nazis), las solicitadas que firmaron sin convicción, la ceguera con la que se convirtieron en cómplices de tanto dolor.

La presencia de Iván los llevará a redoblar su propia tragedia, mantener la negación y el silencio, esquivar la verdad y la justicia para no perder una paz que descansa en cementerios repletos de NN condenados una vez más por el silencio.

La lectura de esta novela deja, sin duda, un sabor muy amargo y una visión desesperanzada acerca de lo que hay de humano e inhumano en las sociedades contemporáneas, pero aun así rescata la fortaleza de lo que él llama el “alma humana” en medio de los sistemas dominados por el terrorismo de Estado. Como periodista que ha sido, Grossman la aborda mediante un análisis crudo y no apto para fanáticos acerca de cómo se aprovechó el estado creado por Lenin y Stalin de la milenaria tradición rusa encarnada por los zares, de esclavizar a la gran masa campesina y someter a las otras naciones (ucranianos, chechenos, lituanos, polacos, judíos, tártaros), la máquina policial y burocrática que sobre la base de los ideales revolucionarios construyeron para oprimir cualquier intento de libertad (una libertad que no remite a las definiciones del liberalismo occidental y que hay que comprender en la tradición de los escritores y profetas rusos del siglo XVIII y XIX). La libertad no es en términos de libre comercio ni de capital, sino una pasión humana primordial como el amor. “A Iván Grigórievich no le sorprendía que la palabra ‘libertad’ estuviese en sus labios cuando, de estudiante, fue a parar a Siberia, que la palabra viviese en él y que ahora tampoco hubiese desaparecido de su cabeza”.

Como varias de sus novelas y ensayos, su publicación fue prohibida por el régimen soviético de Jrushov y le costó, como al personaje, la condena al ostracismo.

Capítulo 2

Amantes y Psique

Juegos de otoño (22 julio de 2018)

Tarde

Todas las formas en las cuales había encontrado la posibilidad de saltar el río de pronto se diluyen en una tarde fría de invierno.

También van mudando sus pensamientos respecto de la naturaleza violenta de casi todos los hombres, su pasión por la guerra, sus dificultades para hablar el lenguaje amoroso.

De pronto el deseo que le expresan en esa mirada, la complicidad que propone esa carcajada, en lugar de alimentar su autoestima, la incomoda. ¿Solo porque no es el deseo de aquel que ni siquiera la mira?

En el fondo quizá quiera estirar un poco el rollo antes de que termine la película y se enciendan las luces de la sala poniendo así fin a la fantasía que acabamos de disfrutar.

¿Acaso algo de aquello ha sido más que un juego, uno donde han estado practicando en la palestra para salir a disputar otros torneos, deberían brindar un día por eso, agradecerse por el entrenamiento?

No han sido los únicos jugadores, ha habido de movida cuatro, después al menos cinco, eso es lo que ella sabe, que es muy poco. Él debe saber mucho más, pero no es con ella con quien quiere seguir jugando y, en todo caso, mejor así. Ese juego ya no divierte a nadie.

Vino el invierno y ambos supieron que todavía estaban a tiempo de despedirse sin rencores duraderos.

Hubo noticias y dolores inquietantes, y esa conciencia de finitud que la arroja a la vida y la saca de la melancolía.

Noche

La propia frialdad que ha ganado su corazón una vez más, para protegerlo, la distancia de esos brazos con los que él la aferra y que podrían calentar la noche; se despide como si le diera igual volver a verlo o no, no quiere ir más lejos. Siente que esa despedida (ella huyendo como una quinceañera asustada) es un *dejà vu*, pero, a la vez, sabe que nada se repite en la era del tiempo lineal.

Mientras que los días de él habían sido días de vértigo y apuro, de una ansiedad activa y, a la vez, expectante, ahora llega tarde a una cita no para hacerse esperar, sino porque no tiene apuro alguno.

Mira las fotos de otro hombre que ha llamado su atención, en busca de una sonrisa ajena que no le ha dado más que una constante indiferencia, alternada ocasionalmente con algún néctar.

Contesta un mensaje y piensa que ojalá que alguien sacuda esa nieve que ha caído para apagarlo todo. Que haya una nueva primavera cargada de sorpresas y música, de besos que no se asusten, de palabras que sean reales.

Nombres que dan vuelta en su cabeza y llenan de un modo algo forzado el vacío que deja el nombre del expedicionario que le había rozado por un instante el sitio donde guarda un íntimo secreto: el sueño de vibrar como en un orgasmo en una supernova hasta volverse viento intergaláctico.

Esos planetas (no) tan lejanos (20 de julio de 2018)

Creo que se enamoró y manda mensaje en el éter, como un astronauta que navega en las redes.

Yo aprendo a leer la estela de su barco que partió a otros mares y se me estruja un poco alguna parte del cuerpo aún no descubierta por la neurociencia ni ninguna otra ciencia.

Sin coma.

Todo eso leo en sus palabras, y una voz que viene de Marte me sugiere hacer una hoguera y quemar ahí todo lo que conviene abandonar.

Creo que cuando nos llega la certeza de que ni siquiera pudo ser, y tanta muerte alrededor nos acecha, cuando una nueva voz nos endulza la noche, somos nuevamente de Venus porque falta menos para la primavera que siempre viene con Dionisio en el bolsillo para estas tierras del sur.

A veces una tristeza ajena se nos contagia en la noche y solo nos consuela saber que jugamos el juego de la vida y que hemos sido capaces de capturar y conservar una mirada, una voz, una mano que mantuvimos aferrada cuando todo se deshace en medio de un tornado.

De golpe apagado (30 de junio de 2018)

*El amor que se ha terminado se aleja de este mundo a la manera de un navío espacial que cese de parpadear:
el ser amado resonaba como un clamor
y helo aquí de golpe apagado
(el otro no desaparece jamás cuándo y cómo se lo espera).*

Roland Barthes, FRAGMENTOS DE UN DISCURSO AMOROSO

Me deja un hombre que había sabido encenderme.

En realidad, decir "me deja" es una metáfora, pero está lleno de tontos y tontas que solo creen en la literalidad y encuentran los nombres propios en las historias que tejen las imaginaciones y las memorias caprichosas, como si no hubiera más que diarios íntimos, más que informantes, espías, muros de Facebook y crónicas periodísticas.

Yo quiero decir eso que digo, eso que escribo, así, en primera persona, como si me saliera desde donde me sale, como si no hubiera que explicar y aclarar toooodo, escribo así desde donde me sale: un poco de las entrañas, un poco de la mente que se sitúa entre mis sienes, un poco de una contractura que tengo en el cuello, un poco de mi corazón, herido por varias estocadas pero fuerte, un poco desde la entrepierna mía, que a veces es fuego, otras es silencio, otras es dolor, otras es sangre; otras, alegría y éxtasis de humedades y espasmos; otras, vida naciente; otras, vida muriente.

Este hombre que era bello como un misterio que se alimenta de sueños y novelas de ciencia ficción o aventuras, me deja justo en un momento en el que la vida me sopapea con uno, dos o tres tsunamis. Y su partida, que podría haber sido un tornado o un terremoto, me produce la sensación del último puñado de arena que se arroja sobre el fogón que ya se ha ido apagando solo, por falta de alimento.

El fin de juego había ocurrido mucho antes. Yo lo sabía, él no lo sabía porque para saber esas cosas hay que estar interesado. Me siento mirando por la ventana como una mujer retratada por Hopper pero en la ciudad masona de La Plata. Los jacarandás y los ginkgos visten las veredas de colores otoñales, y yo camino como si el futuro fuera mejor que el pasado.

Me escribe un amigo que hace magia con la guitarra y vive en un edificio del siglo XIX, me hace reír en la noche húmeda y disipa la soledad.

Mi país se hunde en el pozo de la ignominia, naufraga en el océano de los piratas mercenarios, no hay puerto al que llegar, ni timonel. Veo las manos desesperadas de las madres, de las niñas y los niños, veo la noche llover y la luna pasear su bella indiferencia como si la eternidad fuera su secreto.

La marea sube, la marea baja, la noche da paso al día y apenas nos damos cuenta de que el fuego que ardía hasta quemarnos ya no calienta nada en la tarde de invierno.

Dije que era un hombre que había sabido encenderme, pero eso es totalmente lejano a la verdad. Ese saber le atribuí, pero era un saber que él no poseía.

Ningún hombre sabe nada de nosotras cuando dejamos de desearlo.

Ahora que se apagó, hasta me olvido de buscarlo en el mundo pantallita donde antes lo miraba.

Ahora tengo entradas para el próximo concierto y espero que la mecha se encienda adentro mío, pero sobre todo, afuera.

Y que arda, verde, roja y flamígera como un octubre ruso, pero acá.

Más livianos (7 de junio de 2018)

Dicen que los moribundos que atraviesan períodos de agonía experimentan una intensa mejoría justo antes del final.

Es como si la vida intensificara su esplendor y plenitud en unos instantes, para que el que se va, lo haga llevándose el mejor de los recuerdos de su paso por esta aventura extraordinaria.

Con algunas historias de amor desencontradas ocurre quizá algo parecido.

En el ocaso de la pasión, en la curva previa a la ruta que lleva a otro destino, el amante experimenta por el amado una suerte de cálida ternura que reemplaza al desesperado deseo, la locura de los celos, la ansiedad de poseer, la necesidad de ser correspondidos.

Puede parecer un nuevo principio, y tal vez en cierta forma lo sea, pero se trata de una mutación y de una despedida, de la que solo nos damos cuenta cuando extrañamos a quien deseábamos como se extraña a quienes pasan a habitar el pasado pero ya no forman parte del sueño del futuro.

Quien parte habiendo amado, aunque haya sufrido, se aleja más liviano.

El roce, de Mariana Estévez (22 mayo de 2018)

*As the river flows gently to the sea
Darling so we go, some things were meant to be
Take my hand take my whole life too
'Cause i can't help falling in love with you.*
George David Weiss, Hugo Peretti y Luigi Creatore
"CAN'T HELP FALLING IN LOVE WITH YOU",

Voy a ver *El roce*, la nueva obra de Mariana Estévez.

Como ya saben quiénes siguen el blog, aunque he sido toda la vida público frecuente de obras de danza contemporánea, siempre el lenguaje de esta disciplina me deja un poco afuera. Con los años aprendí a no inquietarme por eso, como cantaba Federico Moura: tomo lo que encuentro en cuestión de amor, y en cuestión de danza también.

Eso no limita mi disfrute, a pesar de esa sensación de que algo se me escapa como espectadora, debido a mi ignorancia.

Así que allí estoy, frente al escenario, o más bien, frente a la escena esperando a ver qué sensaciones me transmite la obra.

Y de pronto.

¡Oh! ¡Sorpresa!

Un nuevo lenguaje me convoca a mí, plenamente.

Frente a nosotros, el público, un trío. Dos chicas, un chico, todos bellos. Tres de un par perfecto.

En todo enamoramiento, en todo *fall in love*, en todo primer roce o cruce de miradas que anticipa por un instante esa caída en el amor, hay tres, por lo menos. Dice esa primera escena. El fantasma de la otra de la histeria, la puta y la amada inalcanzable del obsesivo, lo que sea.

Tres.

Por lo menos.

La obra avanza en otro registro que nos dice ya de la libertad, la experiencia (del oficio, de la vida) y la seguridad de la coreógrafa: se anima a contar desde el humor.

La música también le imprime un aire diáfano que aporta cierta idea de levedad (muy presente también en los movimientos del trío) al melodrama del ciclo de encuentro/desencuentro del amor/odio, del sexo apasionado a la frialdad indiferente, pasando por diversos registros del romance en diferentes edades y circunstancias.

Nunca encontré la cita exacta que mi memoria cree recordar de Proust, pero es algo así como que la frivolidad requiere bastante seriedad, ver hondo, profundo digamos, y algo de esa frivolidad está presente en la escena todo el tiempo, incluso en los momentos más dramáticos de la obra. Todo el dolor del drama amoroso (celos, abandonos, rechazos, sexo desenfrenado, tibias caricias, besos que nos hacen perder la cabeza, manipulaciones, histerias, obsesiones, coqueteos, tríos, miradas por las que cruzaríamos un continente y abrazos que nos hacen perder la inocencia para siempre), visto desde el prisma del humor, es mucho más soportable, nos genera empatía, esos guiños, ese desparpajo en los relatos y las frases de los intérpretes, nos vemos en ellos, en algunas de esas escenas que evocan situaciones que hemos transitado, o estamos transitando, o conocemos.

Incluso, en algunos casos, no es solo una metáfora, estuvimos allí [querida amiga, qué gran humorada, vos tan vos, yo tan yo, ellos tan ellos].

Los cuerpos se mueven en el espacio, la música nos da treguas y pinchazos, las luces juegan la apuesta de lo sensual y vemos: el goce y la locura del perseguidor perseguido, el cazador cazado, la bella inalcanzable que sucumbe al encantamiento del ingenuo muchacho, o de la muchacha de las caderas sugerentes, el agotador y encantador hechizo del juego de seducción que engendra romances, matrimonios, desventuras, aventuras, cogidas olvidables, nadie de antemano sabe todas las promesas que puede esconder un roce, de esos roces.

El comienzo, con el clásico "Can't Help Falling In Love With You", cantado por una de las bailarinas, Natalia Maldini, que ya nos había predispuerto al placer. Un tema icónico del pop romántico que hace

que las endorfinas bailen también en mí como si fuéramos por un instante la novia de Elvis.

Excelentes los tres bailarines, nos convocan a su juego y, desde ya, jugamos.

Una mujer rusa que mira por la ventana (14 de mayo de 2018)

Cruza las piernas, deja a un lado el libro que lee en francés, se acomoda el peinado y ahoga un suspiro.

Una vez, en otra dimensión pero con el mismo gesto, se asomó a la ventana y vio, junto al lago iluminado por el sol de una tarde que anticipaba el invierno. Lo vio: gigante, caminando en la orilla y fumando una pipa que parecía una extensión de su boca.

Ahora mira por otra ventana. No hay lago ni sol, la tarde mortecina y los edificios grises solo se consuelan con la idea de los niños que están por salir de la escuela, rodear la esquina y volver a casa.

A él lo dejó atrás. Se infligieron toda clase de sufrimientos y humillaciones. Él de eso hizo teoría, cierta fama encubriendo el nombre de ella o difamándola con falsas acusaciones. Llegó a desmentirla en Viena, hizo del amor desesperado de ella el relato de una histeria desbordada.

Ella también hizo teoría, pero antes hizo enfermedad y dolor.

Eso es todo lo que quedó del amor que parecía el mundo entero y las galaxias misteriosas.

Mira por la ventana, se acomoda el pelo, murmura algo en su lengua materna, y se acuerda de su ardiente juventud.

Los días regalados (28 de abril de 2018)

Se acuerda de ese día porque después de la charla del poeta maricón rebelde inconformista perseguido, se fue a encontrar con un hombre que había estado relacionado con ella de una u otra manera amorosa durante casi toda su vida.

O quizás no, quizás eso ocurrió antes, o después.

Se acuerda.

Porque el viaje de ida, con amigas, había sido el inicio de varios desencuentros, de esos puentes que se rompen, de esas naves que se queman, de esas cosas no se sabe cuándo empezaron ni hasta dónde llegarán.

A ella esos días le parecían regalados, como a todos los que anduvieron en las inmediaciones del Averno, entre pinchazos, sondas, morfina y ablaciones. Entonces, en la ruta, en la autopista, en las calles, miraba todo como si lo viera por primera vez. Y por última. La contaminación del río, las orillas de la Boca donde la policía cada tanto hace ahogar a un pibito (y todos lo olvidamos demasiado pronto).

Los edificios lujosos de la Avenida del Libertador, pobre Libertador, qué hubiera pensado de saber que en algunos de ellos, los de varias décadas, vivían confortablemente y sin culpa quienes ordenaban las torturas, vejaciones y carnicerías que ocurrían enfrente, en la Escuela de Mecánica.

Ella ya estuvo ahí.

Con A. La acompañó una vez a donar cosas de su padre. Recorrió el lugar. Sintió escalofríos. Miró a los viejos haciendo gimnasia o jugando al ajedrez en los jardines. Vio las fotos de los asesinados, entre los cuales hay varios familiares de personas que ella quiere con todo su corazón.

No lo pensó, pero algo en el cuerpo recién mutilado de ella sabía que eso podía terminarse pronto.

El poeta hace una puesta en escena performativa.

Reivindica poder ser él allí, porque en el fondo también sabe que eso puede mutar de nuevo en tragedia.

No lo verá, porque muere antes y en su país trasandino.

Donde también los hijos de los verdugos (que tras las cumbres nevadas ni siquiera han sido juzgados) volverán a mandar, igual que acá, a derrocar memorias y a hacer, como él dice, de la “amnesia política de poder”.

Ella se deja conducir por las gradas, sostenida por sus amigas. Tiene un cuerpo que todavía no sabe si volverá a vivir plenamente y cómo hará para hacerlo.

Un cuerpo dolor.

Está haciendo esos duelos que hacen las mujeres, esos que no cesan, que no lloran lo perdido sino lo que pudo haber sido. Sobre todo, los hijos que pudieron haber sido.

No se encontrará con su amante esa tarde.

Al menos, no a solas.

Tal vez no hay amante.

Volverá a los brazos de su esposo quizás, pero ya lejana. Ambos lejanos, aunque todavía no comprendan el alcance de esa distancia que se ha instalado entre ellos como una sombra que no los deja a solas, salvo pequeñas treguas ayudadas por la música, las flores del bien o el vino.

En realidad, esos días ella está lejos de todo y de todos los que antes conocía, porque su pérdida es en el cuerpo un vacío poderoso que desmaterializa el deseo, como un agujero negro.

Está en la frontera entre los vivos y los muertos, y allí lo que hay es soledad. Hay que transitarla para volver a uno u otro lado, pero el viaje es largo y no exento de peligros y desvíos.

Su máscara se ríe, intenta estar y ser amable con las amigas que tienen tantas deferencias.

La agonía de otras dos que allí no están le han sacudido en la cara la verdad de la finitud, con la misma intensidad que la poesía del his-triónico poeta maricón que mueve las plumas y que, por momentos,

le parece que le habla a ella, solo a ella, en la lengua de los desposeídos, de los nerviosos, de los mutilados, de los que nunca quedan bien ni caen bien parados.

De los que no hacen carrera (aunque el poeta es famoso y ha hecho carrera, pero está enfermo, está muriendo, no es cobarde), de los que nunca tienen un mango y sueñan con viajes que no pueden financiar.

Ella se deja llevar y es como si estuvieran en un teatro griego. La tragedia se hace comedia.

Cómo podemos reírnos acá, piensa ella, que todavía no leyó *Necrópolis*, de Pahor, ni *Una misma noche*, de Brizuela (¿o sí?), ni *Oración*, de María Moreno.

Mira las fotos de los asesinados y en el pecho algo le dice que esa breve justicia que está ocurriendo puede cesar.

¿Quién escribirá los nombres de los pibes que asesina la fuerza bruta del poder de los amos?

¿Cuándo habrá una tregua al menos, y que sea reconocida como tal por los muchos?

El poeta se ríe de sí mismo, de su mariconería, de los velorios, de la muerte, de los infiernos.

Ella se acordará unos años después.

Piensa en el cuerpo muerto de alguien con quien alguna vez gozó, hace millones de años.

Piensa en el cuerpo muerto de alguien a quien amó más que su comodidad, su conveniencia, su bienestar.

Piensa en el cuerpo vivo de ella, como una gigantesca oportunidad, y en las ganas que retornan de dejarse llevar por la electricidad de la vida.

En las miradas que reclaman justicia.

En la verdad que se esconde en los versos de un poeta trasandino, en las canciones populares que cantan, junto a una fuente en la plaza del pueblo, en un cantón suizo del siglo XIX.

Y en los ritos funerarios, que tienen principios y finales.

En la justicia de lo que reclama Antígona, y en la necesidad de lo que se le opone.

Y mira la lluvia detrás de la ventana.

Veneno y dulzor (10 de abril de 2018)

No duermo.

El extravío de madre se me instala en la contractura.

El dolor de N. me paraliza de espanto.

No duermo.

Azotes de terror sacuden el país que se rebeló contra la esclavitud durante unos años: los esclavos resisten, los amos golpean, su látigo es dulce como un veneno edulcorado para engañar a los paladares incautos.

Casi todos beben el cáliz, incluso, pagan por hacerlo, y claro, pagan por hacerlo.

El primer pago es con dinero que ganaron trabajando con su cuerpo y su mente, el segundo pago les confisca alma y corazón.

No duermo.

Trabajo.

Cuido tu extravío, madre, vos a tu modo cuidás el mío. Somos madre/hija, hija/madre.

Estrago y amor.

Veneno y dulzor, e incluso, algunas risas.

Trabajo, corro, limpio, composteo, pinto la pared, subo al micro, subo al auto, subo a la bici, bajo, bajo al sueño, bajo al descanso y al insomnio, doy una clase, escribo, alimento a los animales, a hijo, hijo me alimenta a mí, hago compras, me paro bajo las candilejas en el escenario donde montamos las escenas que actuamos comprometiéndolo todo, y también las otras, las que ni otros ni nosotros creemos.

Es agotador ser una misma.

Y más agotador es no serlo.

Es agotadora la literalidad de algunas lecturas e interpretaciones, es agotador tener que pedirle a la metáfora que se vista de rendición de cuentas de un contador de monodistributistas perseguidos por los liberadores de *bigger* evasores.

Es agotador tratar de enamorarme de vos.

Impostura: pan para hoy, cinismo gélido para mañana.

Prefiero esta bola de ansiedad y síntoma.

Me cruzo con alguien que quisiera abrazar y entonces lo abrazo, sanseacabó.

Cuando me desplomo, mis amigos me juntan del piso y me clavan con alfileres a algún pilar de los que me gustan, o de los que hay disponibles.

En los pasillos de las escuelas, las fábricas, las oficinas y las facultades alguien sembró mucho: germina el amor, y algunos rencores y celos también pululan por ahí. Hay que andar con los brazos abiertos, y un escudo protector.

Si se perdió un dedo, abrir las manos para abrazarlos a todos.

Si se avecina una catástrofe: leer una buena novela y escuchar una buena canción.

A madre le presté una novela el domingo, como casi todos los domingos, y ayer todos me hablan de esa obra: ¿será que nos une una buena y bella historia que nos permite resistir a la fealdad y al espanto?

Me gustan los raros peinados nuevos.

Me gustan los pibes punk, y no los obedientes.

No duermo bien y, así, deambulando, paso por tu casa y ya no sé por qué tenía tantos deseos de verte hace unos días.

Ahora es otra fachada más, y las vidas de ahí adentro me son extrañas.

Quiero librarme de algunas canciones y algunas imágenes y algunos olores y de tu voz susurrándome al oído las mentiras que decimos para poder amarnos un rato en una siesta robada a todo este esfuerzo.

También quiero a un hombre que vislumbré en un sueño los otros días. Y librarme de los hombres pesadilla.

Decreto que este es un punto final.

Mudos (29 de marzo de 2017)

Todos los oráculos lo anticiparon, y las canciones también.

Pero aunque se viaja en máquinas del tiempo con piezas oxidadas, se busca tercamente renacer en nuevos planetas con mecanismos renovados.

Si fueras sol, seríamos verano.

Pero te vas poniendo invierno y la nave se hunde en un océano sin peces y sin palabras.

Hombres estatuas mudos serán cubiertos de arena en desiertos olvidables.

Quedarán los poetas.

Pero yo sigo —¿audaz o suicida?— esperando una palabra que disipe las nubes.

Amores pantallita (28 de marzo de 2018)

A veces las redes sociales nos crean la ilusión de que mantenemos una relación con alguien cuando en realidad solo nos vincula nuestra fantasía.

Y vos dirás: pero bueno, las fantasías, como una buena novela, o serie, o película, también son una parte fundamental de nuestra vida sentimental, psíquica, tan importante como la “realidad”.

Y, sin embargo, algo profundo está cambiando en nuestra subjetividad. ¿Ya no podemos hacer los duelos?

Nuestros seres queridos siguen ahí incluso después de muertos, advirtiéndonos de sus cumpleaños, y otras cosas en las cuales los vivos solamente participan.

En las redes, las relaciones parecen elásticas, pueden vivir o estirarse después de muertas y al inmenso vacío que sobreviene, por ejemplo, al final de un amor, se lo rellena con *stalkeos* y conclusiones

absurdas pero verosímiles en el reino de la imagen pantallizada del feliz universo virtual.

Y las pieles que duelen por las caricias que ya no son, o los oídos que añoran las voces que ya no suenan, se adormecen anestesiadas por la luz y los colores, los ojos que parecen mirarnos aunque ya hace mucho que dejaron de hacerlo.

De lunes a domingo, pero todavía no (20 de marzo de 2018)

—No. Todavía no. Todavía no —dice.

Juan José Saer, NADIE, NADA, NUNCA

Los lunes corro de la mañana a la noche, de un trabajo a otro, fuera de casa.

Tal vez una caminata o unas vueltas corriendo por ahí, ahora ya sin metáfora. La música y la adrenalina calman la locura y la luna dibuja la inicial de mi nombre haciéndome un guiño.

Los lunes no pienso en vos.

Los martes llegan con violencia, cargados de malas noticias y dolores, el trabajo me enajena, y la tarde se llena de nuevos planes y lecturas, alumnos y colegas me ponen a pensar y alguien pinta el cielo de Ringuet como si hubiera leído a Oscar Wilde y su tesis de la naturaleza imitando al arte.

Los miércoles y jueves no puedo respirar, me hablan y me hablan, me escriben y contesto, soy como un robot eficaz pero siempre una canción o un poema, o una conversación con un amigo me devuelve al ritmo de quien camina a la orilla del río sin otro plan que evocar a un viejo amor o pintar con paletas de óleos imaginarios.

Pienso en vos y me llegan imágenes que son suaves como un kimono de seda sobre mi piel, de la que el sol ya se ha retirado.

Me sirvo una copa de vino y consulto el *I Ching* mientras cocino para los míos.

Pienso en vos y te veo montado sobre una partitura, cabalgando las notas como un muchacho salvaje de una novela de aventuras del siglo XIX, o como un hombre maduro que cuenta la historia a sus hijos, a la luz de un fogón que un antiguo cacique mapuche o un viejo esquimal le enseñó a encender en otra vida.

Cabalgando como el bayo de Saer en *Nadie, nada, nunca*.

Cabalgándome...

Los sábados empiezan temprano cargados de demandas y promesas, y esa especie exótica de perfumes que anuncian el final del verano con tormentas y otros finales.

Por la noche salgo por ahí a escuchar a alguna banda y te busco en la ciudad donde nunca estás cuando te pienso intensamente.

Y bebo con amigos, y río y hasta soy feliz y me pondría a bailar, y lo hago, y nunca lo verás ni serán tuyos los brazos que sostengan mi giro.

El domingo es siempre como el final de una novela corta no demasiado entretenida, pero a la que aun así me aferro.

Yo sé que esto es más domingo que sábado y que todavía quedan algunas semanas con bellos atardeceres soleados en los que no voy a encontrarte y en los que no me pensás.

Y justo me llama mi amiga M., y ya estamos pensando libros, diálogos, invitados, nuevos afanes para nuevos proyectos y se va haciendo de noche y nadie se acuerda de lo que ayer era todo y es ahora nada, nunca.

Todavía no.

Todavía no, nunca, nada.

¿Cuál es la palabra? (Marzo de 2018)

Haremos como esos animales que fingen estar muertos. Huir, congelarse o luchar, son las opciones para sobrevivir.

A vos te sale bien refugiarte en el silencio. Yo llevo flores y plegarias a tu tumba imaginaria y recuerdo cuando era primavera y sonreíamos solo de vernos.

Tu boca, mi boca, el mar quizá.

Ahora todo es lluvia otra vez.

Ahora ya casi no duele tu forma pétrea y silenciosa.

¿Habrá desfilado ante tu vista alguna imagen mía antes de que abandonararas la partida?

Un caballo saltando sobre la reina, desbocado. Yo siempre fui más bien del tipo plebeya, pero ese caballo y aquel vestido con el que te esperé en esa maldita fiesta a la que nunca llegaste me hacía sentir como un personaje de una novela de Tolstoi. Quería ser Ana, quería que fueras Vronsky y que nada más importara.

Después, crecí.

Nadie quiere pagar tan alto precio por unas sonrisas y unos abrazos magnificados en el recuerdo.

Nadie quiere llorar para siempre junto a las tumbas silenciosas de los amores cobardes.

Vi un par de fotos por ahí, estabas muy cambiado, habías envejecido, supongo que yo también, el tiempo a nadie perdona, solo los héroes mueren jóvenes y permanecen así en los recuerdos. Como esa Evita de la melena al viento que a ambos tanto nos gustaba.

No sé qué palabra podríamos habernos dicho para que no nos atrapara el silencio.

En cada amor que encuentro, reaparece. Ese silencio que lleno de imágenes y palabras estúpidas y crueles. Ya estoy curtida, ya no duele, ahora vamos al analista o escribimos lo que podemos (lectores buscan indicios y nombres o destinatarios a mis tontos textos, e interpretan lo que se les canta, y nada de eso cambia el hecho de que las palabras nunca llegan a tocar el corazón que deseo, hasta que lo hacen alguna vez y el pecho me baila) y le decimos: fue el muchacho que me besó en la playa, fue el de los poemas cantados, fue el hombre que me enseñó la montaña y a hacer fuego con leña húmeda; el que

escribía esos cuentos de oro y esnifaba hasta provocarme arcadas de rechazo; fue el que siempre me estaba dejando pero volvía, el que me amó hasta enloquecernos de gozo, el que murió en la lejanía, el que nunca pudo decirlo a tiempo e imploró cuando era tarde, el que es guerrero y campesino a la vez, y tan de piedra como los muertos, y tan de fuego como los vivos.

Todos esos.

Pero aún sigo sin saber cuál es la palabra.

13. No me dejes el invierno (10 de marzo de 2018)

Embriagada de vida en el verano, sabiendo que el otoño llegará aunque se demore y habrá un frío cruel además del odio y tendremos que esperar un año más, como la cigarra.

Pero vos igual te vas como si tuviéramos mucho verano todavía, o será que en otro planeta está tu primavera y yo no soy ni tu flor ni tu mariposa.

Te vas y a mí me distraen los papagayos, con sus plumas de colores y sus graznidos impetuosos.

Sus vuelos atrevidos hacia las montañas nevadas me entusiasman y se llevan el sonido de tu voz, con sus contrastes altisonantes: intensa cuando explicás el mundo, terciopelo cuando me hablás al oído, alegre y fuerte cuando cantás amores, selvas, revoluciones, soledades y alcoholes.

Te vas y yo me duermo en el arrullo de unos ruiseñores de ensueños.

Te vas y te llevás las mejores canciones.

Te vas y me dejás todo el silencio que precede a la caída de las hojas.

El ciruelo enrojece y yo observo sus colores como si alguna vez los hubiéramos visto juntos.

Acá siempre llueve cuando tengo miedo.

Acá nunca estás cuando florecen los jazmines y los colibríes visitan mi jardín.

Por favor, no me dejes el invierno.

Así te extraño (9 de marzo de 2018)

No sé si te dije que te extraño. Te extraño más cuando te veo que cuando no estás. Cuando te veo, extraño todo lo que soñé y no es.

Quando no estás te puedo dibujar como yo amo.

No sé si te dije que siempre hay un resto muy mío que escondo debajo de la almohada, como una ardilla que oculta su castaña predilecta.

No es mi castaña predilecta, pero es lo que queda de mi cuando el mundo se enfurece.

Es como irme sola al bosque, a la montaña o mejor aún, al mar, y hacer de cuenta que las ciudades no existen.

Ahí, en la orilla y en el viento, canto una balada y te extraño como nunca serás.

Música para el amor (30 de enero de 2018)

Camaleones. ¡Qué excepcionales criaturas! La manera en que cambian de color. Rojo. Amarillo. Lima. Rosa. Espliego. ¿Y sabía usted que les gusta mucho la música? —me contempla con sus bellos ojos negros—. ¿No me cree?

Truman Capote, MÚSICA PARA CAMALEONES

Podía recordar cada amor de su vida asociado a una música. A veces era todo un disco o una banda; otras, una canción.

A veces solo recordaba la música y no el amor.

Con el tiempo podía olvidar los detalles y sentimientos hacia la persona con la que había vivido una imperfecta historia de amor — de esas en las que el tiempo pone a prueba cada certeza e incluso

los recuerdos— o un enamoramiento perfecto con un final infeliz, o quizá solamente un pequeño romance otoñal o una aventura de sexo y buenas conversaciones.

O esos enredos en los que cuando nos damos cuenta de que hay que huir ya nos embarramos bastante.

Pero la música permanecía. Permanece. Es como si en la música, y en las canciones, hubiera alguna clase de belleza y conexiones que trascienden lo efímero y contingente, eso que hace eco de aquello que en verdad somos o estamos siendo con otro en un determinado momento. Y quizá era todo lo que necesitaba saber de la música, ella que no sabía nada de eso.

Cuando, por ejemplo, escuchaba en alguna parte la canción o el disco *Sin documentos*, su cuerpo recordaba deambulares por calles porteñas de la *city*, esos primeros deambulares de descubrimiento fascinante y hostil de la gran Babilonia rioplatense, intentando parecerse a la mujer que su amante le sugería que fuera, un amante de esos que a veces las chicas buscan para envilecerse, para purgar la culpa de haber dejado a alguien demasiado comprensivo y paciente: era para la ella de entonces un viejo decadente si lo piensa ahora, un tipo que olía a drogas del mal típicas del reviente ochentoso y a violencia apenas contenida por el disfraz de un intelecto manipulador y algo perverso. Sin documentos, ni identidad, apenas una adolescente saliendo al mundo con menos kilos que problemas, y Calamaro clamando, y sus tangos rockeados se mezclaron luego con caminatas por la orilla del mar y melancolías de otros amores.

Antes de aquel, varios eclipses y choques de planetas antes, había tenido un amor noble y romántico: un chico hermoso para ella que era una chica hermosa, y era un amor con tintes punkies y The Cure y Sumo, y algunas canciones de Roberto Carlos coladas por ahí que duraron en su recuerdo más que esas primeras lágrimas causadas por las primeras traiciones que muchos discos y años después la vida se encargaría de transmutarles el sentido, como si todas sus músicas fueran también sonatas de Vinteuil en un siglo de otros géneros y melodías.

Y hubo un amor que era con Chico Buarque, Os paralamas y Caetano Veloso, y con Charly y con Spinetta y Fito pero también Los Abuelos, y con intervalos de Los redondos, y a veces con Silvio Rodríguez, pero sobre todo sonaban Tribalistas y algunos discos que ya eran viejos y que su padre había o habría escuchado, de King Crimson y cosas por el estilo, y también con mucha fiestas en las que se bailaba desde Queen a Dire Straits. Fue un amor largo, de esos que prometen durar toda una vida y se van extinguiendo como el fuego abandonado por descuido o por distracción.

Y Soda.

Todos sus amores tuvieron algo de Soda, incluso los que nunca se enteraron, porque hay músicas que le pertenecen a varios amores, o amores que toman prestadas melodías de otros. No hay amor sin música ligera... Soda era pura sensualidad. Era el goce del bailar y del amor, era la noche de verano que no se apagaba hasta el amanecer y todo lo que esa voz de Cerati le causaba.

Y le causa.

Subir el médano, bajar la montaña, abrazarse en medio de la ola, hundirse en lago helado y sacudir la cabeza abrazados como criaturas que pisan la tierra por primera vez.

Tuvo un amor adulto que era Kilómetro 11 y un disco del Bebo y el Cigala y un poco de Mimi Maura, pero sobre todo Kilómetro 11, un amor que dolió y que trajo "tristeza y dolor" estando lejos de él...

Y ahora incluso no puede escuchar esa canción sin pensar en ese amor, no en él, en aquel hombre que ya no es, sino en ese amor que a veces la despertaba cantándole también "amanecí otra vez entre tus brazos". Porque como la música y los recuerdos, el amor puede vivir incluso más que aquellos que lo inspiran.

Babásonicos fue la banda de su #GranAmordeMiVida en varias etapas, aunque hubo también ahí un poco de R.E.M. y de Marley, un poco de Red Hot Chilli Peppers y mucho Virus, y hubo los Stones y hubo Charly, y aunque ella insistía con Beatles, no fue su banda para las tardes de largas siestas con el sol todavía oliéndoles en la piel, con

las ganas intactas de los cuerpos que lograban sortear una y otra vez las objeciones de la mente y hacer música en la cama o en el sillón o en la ducha.

Beatles fue otro amor, que fue Beatles y sobre todo Harrison, y Bill Evans y Bowie y muchas bandas inglesas que no podemos mencionar sin despertar montañas de suspicacias y sospechas y todas esas cosas que nada pero nada tienen que ver con el amor ni con la imaginación que trama historias de música para camaleones.

Y ella insiste, como su amada N.G., en que nada sabe de música y jamás la entenderá, pero la cuerda que mueve la voz de un tenor que trae recuerdos de padre, el escalofrío que produce el rasguído de la guitarra y la mirada que le canta con nuevas y viejas melodías, desmienten todo.

Por eso escucha las canciones que son de un nuevo viejo amor hasta llorar y hasta reír, con el cuerpo bailándole los recuerdos de sus besos hasta que sean la música que la acompaña cuando los camaleones se disponen a vivir una nueva mutación.

Adiós querida Emma B. (13 de diciembre de 2018)

*Emma trataba de saber lo que significaban justamente
en la vida las palabras
felicidad, pasión, embriaguez,
que tan hermosas le habían parecido en los libros.*

Gustave Flaubert, MADAME BOVARY

Si tuviera que decir en pocas palabras para qué me sirvió el psicoanálisis en este momento, yo diría, por caso, para dejar de encandilarme con el #SíndromeEmmaBovary, fascinada con personajes de ficción, dispuesta a renunciar a la vida por esa virtualidad encantadora de lo imposible, y volcarme más al #SíndromeMerylStreep, en un texto pegadizo tipo hit de autoayuda que circulaba por ahí en las redes y se le

atribuye a ella —aunque creo que no lo es— referido al haber llegado al límite de su paciencia para ciertas manipulaciones y careteadas en los vínculos.

Así, dejo que caiga el telón a los montajes y puestas en escenas de personajes que invento mejor cuando se encarnan en personas que actúan de lo que no son, esconden sus oscuridades bajo mantos de oropeles fantásticos y buscan seducir todo el tiempo al público, para sonreír a quien quiere sonreírme, y abrazarme, y abrasarme (brazos, brasas; vasos y besos) a lo real.

Dejemos la ficción en su mejor lugar, en la escritura, en la lectura, y como cantaba aquella banda-adolescencia-platense-flamígera: a la vida hay que hacerle el amor.

Me quedo con la Emma reivindicada por el feminismo, la Emma que, como Ana, rechaza el modelo burgués de familia y de mujer que le imponen, la Emma que no se adapta. Pero no con la Emma padeciente que no puede gozar del presente porque añora, melancólica y desesperadamente, lo que no fue ni será, quizá porque añora el amor de la madre perdida prematuramente, la comprensión del padre lejano, la empatía de un hombre que sabe amar y cuidar de un modo doméstico y amable, pero que nada sabe de literatura, ni de los mundos imposibles de los que se alimenta la llama de su esposa, ni de sus sueños de altos vuelos y conquistas de horizontes lejanos, quemada en el fuego de amantes clandestinos que llegan y se van como los barcos de los aventureros.

Emma, como Ana, corriendo y corriendo, al lado de la vía, por el prado, corriendo hacia un amor que se escapa y se escapa, que hace vacío en su vientre, que late en su vagina, que humedece primero pero luego todo seca, hasta las lágrimas, hasta la vida, y que nada da.

Emma, haciendo de sí misma un sacrificio, haciendo de su cuerpo (ropa-cuerpo, adornos cuerpo, joyas cuerpo) el objeto de deseo de aquellos que ella desea, sin amar, haciéndose deuda, quiebra, haciendo dolor a su hija, haciendo injuria a ese hombre que nada entiende, que encarna lo más agónico del ideal burgués. Emma, que al final

hace de sí tragedia, para ser poesía, o mejor, para ser prosa poética, para perderse entre subordinadas, comas, conjunciones copulativas, Emma, escrita por la mirada de un hombre que sabe ver, que juzga mucho menos que sus contemporáneos, que podría haberse enamorado de alguien como ella, pero no.

Emma y la moral que la señala y la hunde.

Emma y el capitalismo, que la condena y la culpa.

Emma, rodeada de pusilánimes que no se la juegan.

Emma y los Leones que se asustan al primer viento, que huyen, que olvidan.

Emma, manipulada por los Rodolphe que ven en las mujeres cosas, que usan, que abandonan, que nada pueden dar.

Emma, como Ana, que nos da esos arquetipos, que hacen de esos amantes significantes que nos marcan, como los Vronsky de los que una y otra vez nos enamoramos, sabiendo de antemano que nos romperán el corazón y nos dejarán tiradas en la vía, mientras parten ya en el Transiberiano, cansados de nosotras y en busca de otra vida.

Pero nos dejan también, como puños cerrados y en alto, como pañuelos verdes y borceguíes curtidos de muchos andares, su maestra jugada hacia el amor libertad, contra la moral burguesa y patriarcal.

Emma, querida Emma, siempre habrá algo tuyo en mí, siempre seré, como vos, contradicción, habrá algo, pero solo algo.

Para decir amor, acá en Coroico (8 de enero de 2018)

Y para decir amor damos rodeos. Como si este vivir dominados por los mercenarios del odio y la destrucción nos hubiera conquistado el corazón y las palabras. Porque tenemos miedo, tanto miedo. Más miedo que la pequeña mariposa amarilla que toma el néctar de la Vaina de San José aun sabiendo que al día siguiente morirá. Acá, en la yunga.

Acá, en Coroico.

Más miedo que la montaña envuelta en la nube eternamente que aun así añora el calor del sol que nunca la besará.

Más miedo que el barro que baja por las cascadas buscando al canto rodado que perdió en la estación seca. Acá en la yunga. Acá en Coroico.

Tenemos tanto miedo de perder, tanta melancolía de lo que alguna vez amamos, tantas estúpidas verdades atrapadas en las palmas de nuestras manos, cerradas como puños, que abrirlas a nuevas caricias nos hace temblar.

Temblar como a la orquídea que ahora sacude el viento de la tarde, acá en Coroico. Temblar y congelarse como a las cumbres, allá a cuatro mil metros de altura.

Acá, en Coroico.

Acá, en nuestros corazones.

De las formas del amor (24 de diciembre de 2017)

*Con ligeras alas de amor franquéé estos muros,
pues no hay cerca de piedra capaz de atajar el amor;
y lo que el amor puede hacer, aquello el amor se atreve a intentar.*

William Shakespeare, ROMEO Y JULIETA

*Si no tengo amor, de nada me sirve hablar todos los idiomas del mundo,
y hasta el idioma de los ángeles.
Si no tengo amor, soy como un pedazo de metal ruidoso;
¡soy como una campana desafinada!*

CORINTIOS, 13

Hay muchas formas de soledad, como hay muchas formas de amor y de desamor, de indiferencia (que es lo contrario de amor). Hay soledades creativas, deseadas, deseables, que permiten el encuentro de uno mismo con su silencio y su intimidad, sus oscuridades, sus pérdidas, sus anhelos.

Hay otras soledades que son insoportables. La soledad de la familia que acaba de perder a uno de los suyos, la familia de Santiago o de Nahuel, por ejemplo, en un día como hoy. La soledad de esa madre cuyas manos cocinan para quien ya no volverá, la soledad de ese padre cuyo cuerpo es una llaga que supura como si el estigma del resucitado tuviera que repetirse una y otra vez en la historia humana.

Entre las cosas que pasaron este año, o más bien, entre las cosas que fueron destruidas desde que los hijos de Herodes y de Cresos regresaron a sus mansiones y mandaron a sus mastines a cazar esclavos y rebeldes, una que mencionamos poco quizá, abrumados en medio de tantas batallas, es la ruptura de muchas parejas.

La realidad está tan virtualizada en los imaginarios de las redes, donde todos y todas exhibimos nuestra felicidad, nuestros éxitos y nuestra belleza, que esto podría pasar desapercibido.

Entre los mandatos más dominantes del poder actual, desde ya uno de los primeros es el de ser felices al modo narcisista de la subjetividad que se nos impone, es decir, solo se goza si se puede mostrar. El mandato de ganar dinero (y ya no mostrarlo tan obscenamente como en los noventa, pero sí ritualizado en nuevos trucos, consumos, prácticas), el de ser “exitosos” en nuestras carreras y trabajos, el de tener los hijos más inteligentes, mejores estudiantes, más comprometidos, más bellos, como si eso nos permitiera ganar puntos y ascensos en la fabulosa empresa del amo que nos compele a trepar y trepar y correr y correr y mostrar y mostrar. Además, sobre todo las mujeres pero también los varones, tenemos que ser y parecer delgadas, musculosas, jóvenes, sonrientes, inteligentes, graciosas, y también, por qué no, un poquito cínicas de paso.

En lugar de una invocación a amar a nuestros prójimos, lo cual puede ser laborioso y peligroso, porque el prójimo por lo general (el próximo, pero también el otro) puede oler mal, puede hablar de un modo que nos choque, puede no tener un nivel educativo que nos los vuelva amable, puede ser feo y faltarle algunos dientes, puede creer

en otros dioses que los nuestros, puede ser pobre, o peor, puede no importarle nada el dinero o el éxito, en fin...

En lugar de pedirnos eso, que es un esfuerzo enorme, que supone apartarnos de nuestro narcisismo y brindarnos a otros y al mundo, nos exigen que seamos felices y alegres, que cojamos mucho y con muchos (y si no lo logran por sí mismos, para eso tenemos cientos de aplicaciones con su *like* y sus estándares de emparejamientos para rápidos y ascéticos apareamientos)... ¡pero no cometamos la idiotez de enamorarnos! La gente que se enamora es doblemente peligrosa, se distrae, no produce, no razona, tiene prioridades distintas a las que el sistema requiere, puede ser capaz de amar tanto como para poner en juego su propia vida e intereses, y luego puede sentir que ese enamoramiento se convierte en otra clase de amor y se expande, y que algo parecido le ocurre no solo con su amado/a, sino con otros: primero los más prójimos (próximos), los hijos, las hermanas, los amigos, los compañeros de estudio, de trabajo, del barrio... y luego... ¡Y luego! ¡Puede llegar a sentirse hermanado con la especie humana, solidario, puede querer disponer de su tiempo y sus conocimientos y virtudes para compartir su pan, para ayudar a otro, para celebrar en comunidad de iguales.

El amor libera del sí mismo, de esa chatura infernal de lo igual a nosotros, el amor no es ciego, al contrario, pone un microscopio que amplía las diferencias, incluso los defectos del otro y propios, y aun así, lo acepta, lo desea y lo ama justamente porque ve lo que no se puede ver de otra forma que amando.

Nos han convencido de que el amor no es una fuerza poderosa que transforma el mundo propio y ajeno, sino que es una especie de nuevo opio de los pueblos, algo que nos debilita, que nos entenece y nos vuelve blandos para tomar las decisiones que el deber ser del monstruo hedonista requiere. Alguien que ama no puede disparar balas sobre un viejo sin ver ahí a su padre o su madre, no puede matar a un pibe sin sentir que puede ser su hijo, no puede echar del traba-

jo en vísperas de Navidad a un laburante honrado sin ninguna causa más que ganar más y más y más y más dinero.

Muchas parejas se han roto y eso no aparece en las redes. Sabemos de personas que queremos, nosotros mismos a veces andamos por ahí con el corazón partido por el hachazo del desamor o el final de una relación que fue casi todo para nosotros, y subimos y miramos esas fotos donde seguimos todos felices, dale que va, mostrándonos como si la tristeza, como si detenernos en esos duelos fuera el verdadero tabú. ¿Acaso alguien podría faltar a su trabajo y decir una verdad tal como: estoy triste, mi amor se ha ido, mi pareja se ha roto, no dormo bien?

Se puede contar en las redes cómo y cuánto y con quién se coge, de hecho, la pornografía ha reemplazado el discurso erótico/amoroso.

Nadie se escandaliza a esta altura, y posiblemente tampoco se conmueva, al ver todas esas exhibiciones de nuestro narcisismo exacerbado, no podemos evitarlo, apenas algunos muy fóbicos con otra clase de síntomas neuróticos, el resto, de un modo u otro, caemos en las redes de la subjetividad de las redes, así, al cuadrado.

La virtualidad nos come el coco, cuesta resistir esas nuevas formas de educarnos, comunicarnos y amarnos.

¿Quién se atrevería a escribir en una red social que está solo, que tiene el corazón roto por un amor que terminó, sin hacer rápidamente una broma, algo que nos rescate del escarnio de la transgresión, del tabú de la alegría superficial y feliz?

Somos sujetos del rendimiento, dice Byung-Chul Han, somos clavos de nosotros mismos, presos de nuestra subjetividad explotadora para un amo que se regocija sin tener que hacer demasiados esfuerzos.

Solos y solas, nos lamemos las heridas en casa, urdimos toda clase de planes de evasión, si somos afortunados, amamos a nuestros hijos,

amigos, compañeros, familias. Pero no ese otro/a y nada compensa la depresión que implica la ausencia de Eros en nuestras vidas.

Por más pastillas que nos tomemos, drogas que consumamos, nada puede ser igual al paraíso que supone salir del “infierno de lo igual”, que es sin duda la “llegada del otro atópico”, que causa una suerte de apocalipsis y nos libera de la melancolía.

El asunto del erotismo es tan profundamente político, si entendemos que la política es lo que tiene que ver con el poder, que no reflexionar sobre estas cuestiones puede ser suicida, Tánatos bailando sobre la pila de cadáveres que deambulamos por ahí produciendo y consumiendo sin distraernos por el golpe al corazón que una mirada, de repente, un verano, pueda causarnos.

El amor, constitutivo de nuestra psiquis, de nuestra subjetividad, del modo en que nos vinculamos con otros y con el mundo, es también un tema tan intrínsecamente educativo y de comunicación, me atrevo a creer, que nos urge pensar cómo hablar de esto, cómo empezar a discutir estas cuestiones en las aulas, en los espacios de militancia, en los cafés; cómo vencer el miedo y al amo que nos quiere imponer la idea de que el discurso amoroso (y el amor) ha muerto, que lo que va es la alegría canchera y egoísta del que nada da y solo cuida de sí mismo y goza haciendo sufrir al otro; o usando al otro como si fuera una cosa, para luego desecharlo; que solo somos mercancías, narcisos que buscamos satisfacernos a nosotros mismos, restos de la humanidad que fuimos.

Suele haber una canción (cada cual tiene la suya en cada momento, ¿o no?) que expresa eso que no pude ser contado más que con la poesía o la música, eso que anhela el amor de los enamorados cuando se encuentran, y de la tristeza que nos produce dejar de amar y ser amados, porque sabemos que nada, absolutamente nada de lo demás vale la pena cuando nos falta el amor.

“Y mis manos a tus manos aferradas/y las ganas de mañanas a tu lado [...]”

(“Corazones”)

<https://open.spotify.com/track/3Clf6Q0snlrlG4fvsRXsvx>

Como Ana K. pero al otro lado del río (4 de septiembre de 2017)

*Y Vronsky procuraba recordarla tal como era
cuando la encontró por primera vez,
también en la estación, misteriosa, espléndida, enamorada,
buscando y procurando felicidad,
no ferozmente vengativa como la recordaba en el último momento.*

León Tolstoi, ANA KARENINA

Si yo fuera una poeta escribiría una letra para una canción. Y le pediría a los músicos que en alguna parte sonaran dos guitarras a la vez, una voz masculina, una voz femenina, algunos intervalos breves solo instrumentales.

Siempre, en algún momento, un pianito. Tal vez un saxo o un violín, no es imprescindible, pero sí lo es un solo de batería, algo que levante.

Porque mi letra tendría ese peso de las telas aterciopeladas, azules, verdes, que se tornasolan según les de la luz.

Y diría algo así, como que cómo es posible que seas el mismo día la luz de una mañana de primavera, de esas donde por la ventana entra un perfume de gardenias, o de jazmines, o de lavandas. O el olor del pasto mojado y los colores de un arbusto de hortensias.

Y la noche del invierno lluvioso y húmedo, que es como la niebla que se posa en la copa de los árboles en los bosques, en las plazas y en las montañas en las madrugadas. Y abro mi boca como si fuera a besarte pero solo sale el humo que el contraste de temperaturas crea entre nosotros: nubes de humo que se esfuma, y desdibuja lo que no

fuimos, y me doy vuelta y abrazo al que está al lado para calentar la cama, y mis pies cansados.

Mi letra lograría hablar en tres versos cortos de cómo te extraño cuando te vas de viaje a Marte y me quedo acá, cuidando mi pequeña y hermosa huerta; leyendo ensayos sobre los locos y los artistas que transforman el mundo, o comiendo, bebiendo y riendo con mis amigos, amando estos atardeceres en la ciudad de los jacarandás y los trenes que van y no vienen y enamorándome de los extraños en las estaciones de subtes en la ciudad de los más ricos y los más malos.

Y que te olvido cuando te montás a esos satélites que se fugan hacia los agujeros negros, tal vez peleando batallas ancestrales, tal vez escapando de una pena de amor o de un fantasma que te acecha desde la infancia, o tal vez buscando la aventura de los marineros, los astronautas o los naturalistas.

Te pongo nombres, te dibujo arrugas y barbas, te invento oficios, te observo las manos, te afeito. Te saco los lentes, te veo como si tuvieras quince años y se me llena el alma de ternura, y de compasión, y de sentimientos que bordean al amor, pero un amor que podría ser llamado de otra forma, un amor que no anhela, sino que cuida y cura.

Pero cuando no sos luminoso, cuando no te parecés al conde Vronsky ni un poquito, o te parecés tanto que podría terminar peor que Ana, me aferro como loca a la vida, a todo lo que de ella me emociona y me atrapa, y te recorto como si fueras una foto en una revista, te saco de la escena, de mi escena, te arrugo como al papel, te tiro al tacho de basura...

Pero... tu insistencia en retornar me está cansando.

Ni que fueras *love of my life* o algo parecido. Te querés hacer pasar por un amor más largo, o un amor más sensual, a un amor amante de lengua poderosa y melodías que hacen bailar toda la noche con los pies descalzos.

No creas que no sé perfectamente que sos uno de los que hacen que pasemos de un territorio a otro, ahí estás, en la frontera entre el ayer y el mañana. Debo sortear los obstáculos, el desierto, el río, los

animales salvajes que acechan, la luna llena que convoca a mis deseos más primitivos.

Lo haré, lloraré unas lágrimas sinceras por lo que pude quererte y lo que no me quisiste, pero lo haré, dejo de molestarte, te dejo atrás para cruzar al otro lado del río, y desde ahí poder nadar hacia mar abierto.

Lo haré, la canción no lo dirá pero voy a dejarte tranquilo y haré este duelo en un dos por uno, este y aquel otro y todos los duelos que hay que duelar cuando se ha vivido ya un tiempo, aunque tenga que acostarme con dos o tres extraños que escuchan *rock&roll* para no pensar más.

Remar, nadar, cantar en la canoa, la mano se desliza por el agua marrón.

Y entonces del otro lado, quizá, haya otras canciones y otros encuentros con menos noche y un viento que infla ya mis velas.

Dale, okey (30 de noviembre de 2017)

Dale, okey. Vamos a vernos, corazón.

Dejemos los peros y los superyós en algún cajón.

Las gramáticas de él, ella, ellos. Los de antes, los de ahora. Hagamos un recreo en la gran urbe, Babilonia también alberga algunos refugios, solo es cuestión de buscarlos y tomar posesión unos momentos.

Seamos unas horas nosotros. Hagamos nuevas canciones y nuevos recuerdos para las horas negras y los duelos. Como ese del jardín, o aquel de la cocina, el que vos quieras.

Para calentar los pies en el invierno.

Hagámoslo.

No necesitamos mentiras ni promesas, ya nos sabemos. Ya sabemos en lo que somos felices un instante de tregua.

Una vez por década, por lo menos, riamos como niños o, mejor, como esquimales.

Como ella quiere, y no sabiendo (21 de noviembre de 2017)

*El saber no sabiendo es de tan alto poder,
que los sabios arguyendo jamás le pueden vencer;
que no llega su saber a no entender entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.*

Sor Juana De la Cruz

*Es la ley de Lol.
Una demanda que hace que ella reclame ser besada sin pedirlo.
Hold lo dice: ella quiere estar con él, pero como ella quiere.*

Mónica Torres, LA SOLUCIÓN DURAS

Leo del ser de a tres de Duras, según Lacan, según Miller⁶, leyendo ambos, a Lol V. Stein, y su arrebato de amor, del que ya he escrito aquí. Puede que no entienda casi nada, pero si leo a Duras soy allí, como Lol o como un personaje de Silvina Ocampo que ama desesperadamente porque imagina, y cuanto más imagina más cela, y cuanto más cela, más desea.

Y es por eso que nos resistimos al amor. Porque nos resistimos al dolor, y es imposible una cosa sin la otra, el precio a pagar con una libra de carne de nuestro corazón.

Son tiempos de retaceo y negociación, regateamos como si vendiéramos mercancías en una feria de un pueblo costero, un toma y daca que nos deja a todos más pobres, más solos, pero (otra falsa premisa) más seguros.

Y encima, en las redes, todo lo imaginario se amplifica: los pequeños comercios de afectos expuestos, puestos en escenas, escauceos y despliegues de plumajes propios y ajenos, cortejos semipúblicos, mascaradas para encubrir los verdaderos romances, persecuciones torturantes, indiferencias extenuantes, espionaje detrás de cortina-

⁶ Ver más en: <http://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/002/template.php?file=arts/variaciones/torres.html>

dos y trampillas virtuales donde —por más que nadie roce a nadie, todos vemos y miramos—, e igual van a parar allí los cadáveres, los gusanos, los prejuicios, los deshechos y las entrañas heridas de muerte de los que se atreven a salir de libreto.

Un poco de comedia que hace llorar, un paso de tragedia que hace reír. Una pieza dentro de otra pieza, como si fuera una comedia de enredos de Lubitsch, Bogdanovich o Darío Vittori.

Pero a la vez no soy ellas, ni Lol ni los personajes de Silvina (ni mucho menos ninguna Ofelia, aunque a veces pueda acudir en tu ayuda), que a veces recogen —y gozan de hacerlo aunque lo padezcan— las migajas que sus amantes les destinan luego de amar en otras.

Incluso, si sus amados (también, o más) aman a otras, estas Silvinas que nos habitan, arden más hasta consumarse y consumirse.

De amar sé menos cada vez, pero quiero hacerlo a mi manera, quizá sea toda la sabiduría amorosa (si es que tal cosa existe) que una mujer pueda encontrar.

Pero, acaso, amar, gozar, desear, ¿es posible vivir algo de esto como si no existiera toda la literatura y el arte que nos construyen (a nosotras, a nuestro deseo, al prisma a través del cual comprendemos y sentimos la experiencia?).

La otra, la escena temida, el ser de a tres, no sé qué es para los señores genios del lenguaje y del inconsciente deseante.

Apenas sé (yo) que en ese espejo puedo perderme, puedo pasar a un mundo más fantasioso que el de Alicia, puedo amarte incluso solo a condición de que sigas siendo de ella, pero, ¡ay de mí, ay de nosotras! Me he cansado.

No quiero saber más de ella, mi fantasma, tu goce, mi tortura.

¿Me atrevo?

Quiero estar en la escena, quiero ser yo sin esa otra.

¿Será posible?

Nada sé.

Pero, por favor, haceme reír esta primavera, con eso bastará.

Caprichito cariñito (9 de septiembre de 2017)

Nada.

Eso queda.

Un vacío, un estertor.

Un pequeño nudo en la garganta, pero también
un anticipo de otra primavera.

Hubo quizá miles de cientos de partículas y moléculas que hicieron
entre nosotros miradas.

Miel en bocanadas.

Agua en el desierto.

Todo lo que quisimos que hubiera, todo lo inventamos, todo lo que
deseamos y lo que no deseamos, ¡ay! también...

Se pueden vivir mil vidas en dos días y mil muertes en un instante.

Mírame.

Quereme.

Cantame.

Cógeme.

Nombrame.

Y después, sigamos adelante.

II

Infancia entre las plantas, trepamos a los árboles como si no hubiera
un final, la tierra en nuestras manos, caracoles, perros, inmensos cielos
y frisos de castillos medievales poblaron nuestras imaginaciones de
futuros dispersos.

Es como ser muchos contados por esta voz, es como ser otros y ser
nosotros, los que fuimos, los que no pudimos o no quisimos ser, los
que olvidamos.

Hermanados en nuestra desdicha y en nuestra esperanza, sucumbiendo a aquel cariño que crea filtros y engaños.

Puentes y abismos.

Creemos que los demás siempre viven en paraísos, que son amados y que el infierno es nuestro país cuando algo nos duele. Así lo siente la infancia, así se marca en esos pequeños corazones que tiemblan.

Tu casa se desmorona, tu padre te abandona, la muerte te visita, sequestran a los jóvenes.

Habitamos el planeta de lo oscuro y ominoso, tortura y cacería, bombas y milicos genocidas, exilios, viajes, silencios, secretos, desapariciones.

Pero nuestras manos dibujan animales de colores, y nuestras miradas brillan puras y expectantes. Corremos en los jardines robados. Teníamos el arenero y la infancia clandestina, la amada niña sin madre, el pibe Huckleberry Finn, la que tenía televisión en color, el que se murió demasiado pronto, la bella rubiecita, "las más grandes".

Ese calor nos habita todavía.

El caballo de los G.S. La tortuga mordedora. Los gusanos de seda. Seda: tu mano acariciando mi estío. #Nuestrapiel.

III

(Ya la olvido, a vos, y a tu mano, a la caricia, pero no al deseo. Lo escribió el gran poeta florentino: "que en mujer muy poco el fuego dura como el tacto y la vista no lo enciendan", o algo sí, lo cito de memoria, no lo *googleo*)

Me vuelvo estatua de mármol, tus labios no me besan pero tampoco los anhelo. Nada sobrevive cuando nadie lo cuida.

IV

Sabíamos las capitales del mundo, paralelos y meridianos y cuentos que eran como viajes intergalácticos. Y a Poe, y al romancero español. Y *El país de las sombras largas*.

Quise reír junto a vos, pero tu risa se escapa al inframundo.

No sé de qué sustancia además estamos hechos.

¿Vos te pusiste oscuro ni bien se te apagó la infancia o fue después?
Mucho tiempo pasó.

No me di por enterada, no sucumbí a tu encantamiento.

Teníamos sueños revolucionarios y mochilas livianas para irnos de viaje, y no para aplastar a otros con palabras venenosas y silencios cobardes. Entonces, aunque ahora inventemos otra historia, me dejabas fría como la piedra, e indiferente. Sí, claro, hay un poco de cariño, corazón, por los tiempos pasados. Por esa, tu arrogancia adolescente que podía tener cierto atractivo para algunas chicas que no eran yo.

A mí, la nada misma.

Tal vez ahí intuía un dolor que me causaba empatía, una desesperación, un borde hacia alguna clase de abismo. Todos éramos un poco parias, todos un tanto desesperados, solo que todavía no lo sabíamos. Después por suerte tuvimos bastante rock y militancia para entender y desentender y olvidar lo que sabíamos.

Vos podrías creés que estás acá, en mis palabras que no leerás, pero yo escribo para inventarte. Tu ego te mutila.

V

Si no hay amor, que haya, al menos, palabras. Haremos un poquito de literatura tal vez, en otra vida. Las canciones son armas de doble filo: a veces enamoran, a veces desencantan.

Los hombres casi nunca entienden el deseo femenino.

El arrebato.

La complacencia.

De pronto el éxtasis nos hace sucumbir: un tono, una palabra en el oído en el momento del amor, un olor que nos causa un escalofrío en la médula. La nuca, territorio sensible.

Nada de lo que ustedes creen. Todo distinto. Y de pronto, ese gesto que todo lo destroza, cae el ángel, se vuelve un pequeño demonio de la legión de los turbios, mientras tanto yo escribo para poder quererte un poco.

Te dibujo con palabras que te hacen mejor y peor de lo que sos.

Más importante (casi verdadero) de lo que nunca serás.

Caprichito.

Cariñito.

Te sentirás tan poderoso, así retratado pero nadie es acá, somos palabras imaginadas. Te invento así para poder quererte y después odiarte. Y rápidamente olvidarte. El maltrato no seduce a las personas, solo las envilece. Pero está tan de moda que dan ganas de zambullirse en el mar hasta que un tornado se lleve toda esta mala leche.

El amor a veces es como dos islas (26 de octubre de 2017)⁷

Encontré la cartera azul

y también un chat donde una vez más nos regalamos promesas como convites

porque ahí, a nuestro modo, nos comprendemos,
erotizando el teclado.

La imaginación coopera con recuerdos de vidas pasadas donde éramos bellos, y jóvenes alados que todo lo podíamos, incluso amarnos tanto como para subir a un bondi y dar cien mil vueltas para llegar a Plaza Italia, en Palermo o en La Plata.

Siempre hay una Plaza Italia para los jóvenes enamorados.

Vos, asegurando que algún día me vas a escribir la melodía y la canción, el hitazo tantas veces reclamado entre sábanas y risas.

Yo, que te obsequiaría con eso que tanto conmigo te gusta.

Mientras tanto la vida sigue.

⁷ Texto elegido para la presentación del proyecto de "Arte y Psicoanálisis" llevado adelante por María del Pedro y la Escuela de Orientación Lacaniana (EOL) de La Plata *Vos tenés el arte*, cuarta edición, Edulp, La Plata, 23 de noviembre de 2018.

Encontré el pañuelo nuevo y las sandalias que me hizo L. y me puse todo, con la esperanza de mejorarle al día su abrumadora catarata de palizas.

Fui la mujer herida y la indiferente, la que te deja sin haberte jamás tenido, la que se sonrío escuchando la música que nunca le pertenece, pero es de ella.

Encontré algunas de las fotos que resistieron al diluvio. Había bosques, fogatas, lagos, piedras y *old boyfriends*.

Yo te dibujo con palabras y podrías creer que sos vos o que es otro y, en realidad, nada de eso tiene importancia.

Me preguntás si ya me quiere alguien nuevo.

Y cómo saberlo, nunca sé esas cosas, una vez me dijiste que me hubieras elegido como madre de los hijos que nunca tuvimos.

Y no tenías idea de cuánto lo había deseado, pero como un millón de milenios antes de que lo dijeras.

Aprendí hace poco que hay ambientes insulares donde la evolución sigue su propio ritmo.

El amor a veces es como dos islas: tan lejanas como para que no haya especies comunes, pero tan cercanas como para que esa ajenezad duela.

Yo te evoco en esas, tus mil caras, como si recordara las vidas pasadas por otras que no son yo, como si fueras ese que no sos vos.

Y nunca serás, ni seremos, tal vez fuimos.

Tal vez se trató solamente de una música que sonaba una mañana de sol. Hay uno que sueña con ovejas eléctricas y eso lo humaniza hasta que una lágrima rueda por su mejilla robótica. Hay quien sueña con anguilas congeladas.

Yo sueño despierta algunas veces en primavera.

Cae una noche enllovizada de estrellas oriónicas.

Me escaparía con vos al campo

Me escaparía sola al fin del mundo.

Con un libro, junto al mar, sería yegua, caballo, tormenta de verano.

Encontré la cartera azul.

El mundo está estallando.

Un ejército de flores ponzoñosas ha invadido los corazones de los capitanes y la soldadesca, los conventos y las escuelas, la noche, el día, las casas de los gauchos insufribles y de los poetas rabiosos.

Las palabras se han cargado de veneno, la tele, la caricia que ayer te hizo gozar es pura hiel hoy.

Hemos destruido todo,
asesinaron a un pibe y lo escondieron 77 días.

Nos queda un poco de amor en el último cajón del placard.

Nos queda un refugio para el amor, allá, horneado en la infancia.

Los amigos nos cobijan y nos dan de beber en este desierto infinito de iniquidades.

Te haría el amor bajo las estrellas hasta quedarnos dormidos.

Y están los hijos,
que son como tsunamis de amor y de dolor por lo que viene.

Vi tu sonrisa detrás del Basquiat (6 de junio de 2015)

Habías sido mi amor. Un amor quizá no del todo realizado, no consumado, inconcluso antes de empezar, como una pequeña historia de melodrama ruso pero en La Plata, o en alguna ciudad costera, o en un avión, o un colectivo: pasajero como los pasajeros de ese viaje.

Un amor que era como ir mirando por la ventanilla y tener cinco o seis años y desear llegar al hotel para poder ponerse a jugar con las muñecas nuevas, mientras el paisaje corría como una cinta, como si no nos moviéramos, y el tiempo se detuviera casi, lento, solo para contradecir nuestro deseo. Vos eras como un perro rabioso, como un negro o un latino pobre dando vueltas drogado por las calles de una ciudad rica, como Nueva York o Londres o Barcelona. Pero en el fondo yo intuía tu dulzura, tu mirada se quedaba posada en mí, y en ese más allá de mí donde eras como un héroe antiheroico.

Un perro rabioso echado a su suerte, laborioso con las manos, inteligente en el dibujo y en la imagen, habilidoso para construir obra de la nada. Un perro rabioso al que nadie había querido darle calor y alimento y entonces andabas por ahí ladrando, en medio de una manada de perritos bobos⁸, hijos de #mamáypapá, #hippiesconOsde, que ladraban como caniches malcriados.

Un John Snow, un bastardo.

Tu mirada era una mirada envolvente que acariciaba, penetrante, pero a la vez una mirada perdida, que añoraba Todo, que pedía tomarlo todo y yo, como siempre: quería escapar, ser libre (?), no entregar todo, guardarme algo.

Corrí a encerrarme en un baño y te dejé ahí, rodeado de esas chicas tan *cool*, que se podían coger a un perro rabioso como vos, pero con los años se casarían con un Golden o un Labrador, que las pudiera llevar de vacaciones y regalarles perfumes importados y pulseras de oro para los aniversarios, y pagarles el colegio de los chicos y, quizá, tener un par de perros rabiosos bohemios entre sus amigos, y un amigo gay con glamour, para adornar la mesa de tanto en tanto, en celebraciones especiales.

Como si fueran señores que viven en un Saint Germain posmoderno.

Escapé de tu mirada.

Mezquina, ponele, o quizá necesitaba reservarme esa parte de mí para mi pequeño, para mis libros, para estar sola, para enredarme en mil historias de ficción, jugando a las muñecas como hacemos cuando somos grandes: con palabras, con historias imaginadas.

8 *Bourgeois bohemian* (burgueses bohemios), término inglés tomado de Carrère, Emmanuel, en *Limónov* (2013), Barcelona: Anagrama, pág. 25. Son liberales en lo económico pero le gustan los valores contraculturales.

Quizá necesitaba ser, y tu amor me parecía que podía mutar en una cárcel, en un ahogo, que acabara con nosotros al acabar nosotros.

Me dejé llevar por mi faceta Alfonsina o Romaine Brooks o Coco Chanel, quién sabe.

Y bueno, estaba el otro asunto, las almas bellas. Crecían a nuestro alrededor como hongos. Nos despreciaban, nos deseaban nos intuían. ¡Y siempre sabían lo que había que hacer!

Almas bellas que... ¡ay! Sabían, más que nosotros, de nuestra historia de amor anidada en las miradas, no dispuesta a la desilusión que suponen las consumaciones.

Nos enredaron, nos dijeron lo que era correcto o incorrecto y mi histeria y tu borrachera claudicaron.

El baile nos arrastró afuera de la pista, y caímos.

Vi tu sonrisa detrás del Basquiat.

Por un segundo fui Lol V. Stein.

Vi que me mirabas, terciopelo en mi piel, promesa con sonoridades urbanas de Babasónicos.

Eros a punto de ganar la batalla.

Y después, todo fue silencio y olvido.

Origamis (17 de abril de 2014)

A él le pasaba eso
se le moría el perro
se le mojaban las alfombras del pasillo
se le atrasaba el cobro de un trabajo
y el mundo se le desmoronaba, frágil mundo donde
las cosas parecían origamis.

Mis cosas no son leves
a veces son pesadas como adoquines atados a cuellos de personas
que se hunden en el medio del océano
otras veces son como mariposas: leves pero vivas.

O sea, condenadas a muerte,
mis cosas no están hechas de origamis y por eso cuando vuelo
aprovecho para hacerme pasar por Ícaro
aunque conozca el precio de la audacia.
(basta con mirar las líneas que me lleva decirte de mis cosas y com-
parar con las tuyas)
vos y tus grullas
mis adoquines y yo
y en el medio sombras.

En el muelle (23 de octubre de 2013)

Me siento en el muellecito, el río marrón corre debajo de mis pies, de pronto tengo veinte, diez, cinco años. Estamos esperando que se desocupe alguna canoa, unas aves cruzan volando hacia la isla, veo el puente de los suicidas, un viento que parece de chiste me hace cosquillas en la cara, solo me importan dos cosas: que la canoa no se desocupe antes de que pueda terminar de contar para mí cuántas veces lo vi al chico del balneario, y que el anillito de plástico que me dio, que salió del paquete de una golosina, no se me pierda nunca.

“Quereme entonces”, un amor para toda la vida (9 de julio de 2013)

Un amor para toda la vida, nuestro Kittredge, ese muchacho del cual se enamoran todos sus compañeros y compañeras en *Personas como yo*, de John Irving.

Un amor que nos sostenga hasta la muerte, que nos permita decir jamás: “Ahora magia no me queda”⁹.

⁹ Próspero en Shakespeare, W., *La tempestad*, Epílogo.

Un amor que nos acune en la agonía y en la enfermedad, que no esté hecho del trabajo de los días de la pareja, de la familia, sino de esa sustancia dulce de los sueños, los recuerdos y las fantasías, e incluso las tristezas por lo que pudo haber sido.

Un amor en el cual mirarnos cuando estemos por partir, por aquello de que “Los espejos son las puertas por las que va y viene la Muerte”, que dijo Jean Cocteau.

Nuestro conde Vronsky, por el cual lo hubiéramos arriesgado todo. Nuestro Kittredge, por cuyo amor nos hicimos adultos (sufriendo el rechazo, el anhelo, la postergación el desplazamiento del deseo).

O por el que nos entregamos al sexo y al tormento de los celos todo junto, como le pasa a Irene con Leandro en *La Promesa*, de Silvina Ocampo: —¿Qué preferís: que te quieran o querer? —interrumpió Leandro [...]—Querer —respondía Irene —Y querer, en esas condiciones, es sufrir.

Porque

Hay personas que olvidan a quienes desearon, hay personas que nos olvidan.

Hay personas que recuerdan con precisiones y detalles increíbles un beso que nos dieron debajo de un jacarandá en un verano de los ochenta.

Recuerdan cada detalle, cada dolor, de una conversación que tuvimos al volver de un recital de Spinetta, mientras el tren partía de la gran ciudad en la que todo pasa, y nombramos a otro.

Hay personas que recuerdan una mamada como si estuvieran viendo una porno: sienten mientras evocan cómo se reflejaba el sol en el pelo de ella, cómo se escabullía la tarde detrás de la medianera mientras los labios habilidosos, mientras el gato caminaba por el borde la pileta en la que se habían bañado. Y él acababa en la boca. De ella. Recuerdan eso y pasan veinte años, como en las novelas de Irving, igualito, y se encuentran y se miran y sonríen. Como en las películas de amor y de guerra, en las cuales los amantes se separan aún deseantes, desesperados, anhelantes, sin haberse arrimado siquiera

al desencanto del otro y del mismo amor. En las películas en las que recordamos siempre y para siempre la belleza, como si hubiéramos sido personajes de Visconti.

Como si hubiéramos amado cual jóvenes Marceles, como si todos nuestros amantes hubieran sido fugitivos, evasivos, imposibles de olvidar. Aviadores prematuramente muertos simulados en Albertinas, Albertinas en fuga, qué más da, si todos nos enamoramos y sufrimos alguna vez.

Y aunque sepamos que “todo todo se olvida”, no podemos por eso resignar esa fe, esa locura que nos dice, nos late en los poemas, las canciones, las óperas, los tangos y los fados, la voz de una Sinead O’connor o de un hermoso músico al que imaginamos cantándonos con ese terciopelo de melodías en el oído (ese que ni nos sabe, nos ignora y nos desconoce), mientras conversamos y lo escuchamos en una velada de empanadas, estufa, y vinos con amigas entrañables, con llantos y con Felicidad.

Despedidas (viendo *Anochecer de verano*, de E. Hopper) (20 de septiembre de 2012)

Quizás el momento de la despedida es el momento más intenso en la relación entre dos personas. Cuando uno se despide de alguien, uno está más con esa persona que si uno la ve vulgarmente. Al mismo tiempo, uno sabe que esa es la última vez. Quiero decir que en la despedida se dan a la vez la máxima presencia y la máxima ausencia, ¿no?

J.L. Borges entrevistado por Liliana Heker, DIÁLOGOS DE VIDA Y DE MUERTE

Y tal vez podamos decir lo mismo de la relación íntima que cada uno de nosotros tiene con alguna parte de sí, con lo que fuimos y ya no seremos (pero nos cuesta dejar atrás). En particular, cuando debemos despedirnos de aquello que no fue y, al fin comprendemos con dolor, ya nunca será.

(Pero todo esto lo entendemos a destiempo, mientras tanto, como personajes de cuentos de Alice Munro, o de retratos de Hopper, nos quedamos como paralizados, perplejos, viendo pasar y alejarse frente a nosotros, todas las variantes y formas con las que la ilusión del amor nos atrapa).

***Iki affaire* (1 de julio de 2012)**

Esta es la razón por la que 'la gente tosca' (yabo) se convierte en iki luego de ser vapuleada por la vida¹⁰.

Kuki Shûzô, LA ESTRUCTURA DEL IKI.
REFLEXIONES SOBRE EL GUSTO JAPONÉS

Era raro porque miraba las fotos y le parecía difícil admitir que esa boca (que en la pantalla de la computadora sonreía a quien quisiera verla, como seduciendo a la vez a todas las mujeres del mundo) era la misma que la tarde anterior le había proporcionado a ella, (exclusivamente, en la más completa intimidad) tantos placeres que incluían: el canto, con texturas de tenores y terciopelos, acompañado por los rasgueos de una guitarra acústica de afinación perfecta; después (en una enumeración que no implicaba juicios de valor) los besos secos, suaves, breves, sobre la curva de su nuca (¿conocía de memoria sus debilidades o adivinaba? Ella no lo sabía, se dejaba llevar hasta).

Y luego, los besos húmedos, en el interior de sus antebrazos, de sus muslos, de su sexo, la lengua jugueteando en su boca; la sonrisa mientras preparaba el (¿tercero, cuarto?) café, ella que trataba de marcharse y no podía porque él, con esa elegancia despojada que ella para sí había catalogado de "iki", le preguntaba algo que despertaba su interés, algo en lo que se mezclaban el cine, la política, los amores del pasado, las madres de ambos y el sabor intenso de (esta vez y para variar) un té que

¹⁰ En <http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-197369-2012-06-28.html>

alguno de los dos introducía en la conversación y ella se incorporaba de la butaca y sentía un irrefrenable deseo de abrazarlo mientras le oía la piel recién bañada, aromas de vapor y jabón; lo tomaba desde atrás, y él manipulaba los utensilios: las tazas (como en una canción de Melero o Cerati pero sin mantel y en un cuento que ella una vez había escrito); la pava caliente, la humedad de los cuerpos y de la cocina.

Tengo que irme, dice ella y lo abraza de nuevo y él que se da vuelta y la abraza no como si la quisiera (ese amor que es posesión, destrucción y celos también) pero sí como si la deseara, como una serpiente marina de Gustav Klimt, o como en un sueño que se olvida al correr las horas del día. Y ella otra vez se dice (o se dirá luego, cuando lea ese artículo): esto es iki.

Y lo besa, y se ríen. Como los esquimales y los adultos que han aprendido que al final solo nos queda eso: unos momentos, unos instantes de valentía y de resignación y luego lo denso, lo vulgar (¿lo real? ¿lo verdadero?), pero también lo que da nuevos sentidos a nuestra vida, antes de volver al mundo creado por responsabilidades y grandes pasiones, los amores que echan raíces 4 ever, y deseos de trascender por medio de nuestro linaje, o de nuestras obras. Y de poseer.

Allí, en la cocina, es como el cine, como un cuento, como un *affaire* iki.

Enumeración de amores (8 de mayo de 2011)

La gente se enamora por las razones más estúpidas que se nos puedan ocurrir. O más bien estas surgen cuando alguien intenta explicar el ahogo, el agite, la excitación, la atracción irresistible que otro le provoca. Y hablo de amores triviales, fugaces, o eternos, lo mismo da.

Hay enamoramientos tan pequeños que podrían carecer de importancia y desvanecerse en el recuerdo apenas ocurridos, de no ser rescatados por una palabra que llega cuando sentimos que la sangre bulle por nuestro cuerpo como si fuéramos tan jóvenes y capaces de

asombrarnos como *Alicia en el país de las maravillas*. Y sentimos que “hay fiesta en el prado verde, —pífano y tambor—”.

Una enumeración tan caprichosa como cualquier otra dice que:

Me he enamorado de un par de dedos regordetes que portaban anillos de plata enormes y sacudían una cajetilla de cigarrillos 43/70 que pertenecían a una profesora que hablaba de Platón, Santo Tomás y Heidegger.

Me enamoré de un culo musculoso que pasó fugaz a mi lado en una playa muy concurrida, alejándose dentro de una malla blanca, rumbo a otra playa.

Me enamoré una tarde de un profesor al que no le gustan las mujeres, que cebaba mates fríos y pronunciaba, como si hubiera nacido para el alemán, el nombre de un escritor austríaco.

De un batero que sacudía los palillos como si fuera el joven manos de tijera, calentando mi sangre adolescente, mientras el Flaco Spinetta y el resto de los músicos desangraba en el escenario *rock 'n' roll*.

Del conde Vronsky me enamoré para siempre de todo, de cada detalle, de él por completo y en cada una de sus partes.

Y de Herzog. Del Léxico familiar de Natalia Ginzburg, y de la misma Natalia y, por extensión, de su hijo, de su marido muerto y de cada palabra que ella escribió.

De Dolores Solá con Acho Estol y viceversa. Y de Rita Lee. Y de George y Paul en la tapa de *Help* que sonaba en el tocadiscos, mientras bailábamos como posesas con mi hermana, en anocheceres de la calle 3.

De Yuri Gagarin, perdido en el espacio y de Ronnie Peterson, siempre ardiendo como un cometa en el autódromo de Monza.

De Alejandro Magno, conduciendo a la utopía, la gloria, la muerte y el más allá a un ejército de viejos, de jóvenes y de niños.

Y de ese viejo amigo que finge no habernos olvidado y nos alegra una jornada aburrida con mensajes procaces y comparaciones enaltecedoras que cualquier mujer tiene derecho a escuchar cuando cae la tarde.

Y de Vasili Zaitsev, concentrado como un cazador en la mira de su fusil, vengando a los asesinos de los niños y camaradas de Stalingrado.

De la Primavera de Botticelli, que sigue abriendo para mí cada vez las puertas de diversos paraísos.

De la heroica defensa de Gerónimo Costa y sus hombres frente a la flota más poderosa del planeta, y de su destino trágico de héroe olvidado.

Y, por supuesto, de Marlon Brando, con esa remera blanca que intenta ponerle límites a su deseo desbordante que se escapa en unos labios que a nadie pueden pasar inadvertidos.

Vivir el momento. *Remember* (10 de septiembre de 2007)

Un poco de sexo telefónico. Un recreo. Un descanso. Como es todo entre nosotros. Una suspensión del tiempo real. Una introducción en un *tempus* lírico, una tergiversación en la percepción de lo cotidiano. Un *interruptus* de lo habitual para un coito continuado en un plano exclusivamente sensorial. Para vos, quizá una melodía. Para mí, una historia de Truman Capote, pero también una canción de los ochenta (un buen tema de Virus). Algo que se asocia tanto a la lectura del *Ching*, al bouquet de un malbec de tierras cuyanas, al contraste entre el vértigo de manejar en una avenida nocturna en el corazón de Buenos Aires y, al cerrar la puerta, cerrarla a: obligaciones, presiones, deudas del *cuore* o del bolsillo, escenas con repartos conocidos.

Siempre es el momento y el momento es siempre.

El momento es todo: intenso, real, concreto. Entra por un oído, por una boca, por una piel (entra todo: música, sobre todo, palabras, té, vino, tal vez humo de tabaco, entrás vos, un pedazo de vos, un interesante pedazo de tu anatomía que puede suscitar el ingreso de un interesante pedazo de tu ser) y se instala en un presente que luego de transfigura en un recuerdo. En ese particular y maravilloso mundo de la memoria

(que no está hecha de recuerdos sino de imaginaciones. De la particular forma que en un momento le damos a otro momento especial).

También está el devenir. También es real. Las melodías, los ruidos, los silencios, los gritos, insultos, imprecaciones, ruegos, risas. Las escandalosas ruindades y cobardías nuestras y ajenas. La mezquindad de nuestra alma. La falta de fe. El materialismo de una heladera vacía. La cola del banco. El tachero de mal humor. Un hermano dando batalla.

Vos o yo. Y lo que el otro nos hace descubrir de nosotros.

El mundo. Cómo se enriquece. Cómo puede ser cada día más bello, aunque parezca que solo hay caos y hostilidad.

El momento de abrazar a mi hijo.

El momento de ser abrazados.

Y el momento de no pensar ya más.

Y el momento de reírnos. (Los esquimales no dicen que tal “hizo el amor con tal”, o que “se fifó a tal” o que se “garchó a tal”. Dicen que se río con tal...)

Lindo. Muy lindo. Este particular momento de reírnos por teléfono.

Belleza. Libertad. Y una buena dosis de adrenalina.

No hace falta ninguna sustancia. Todo está en la química de la naturaleza. Alguien con el don de embellecer el mundo. Construir acordes, fabricar melodías. Un artesano, un creador (“artista” es una palabra muy bastardeada). Una buena época. Poros abiertos. Oídos sensibles. Una buena dosis de chabacanería, para matizar tanto esnobismo urbano.

Y el deseo circulando por la epidermis a la dermis, el laberinto del alma, la boca, los ojos, la carne. Un músico de rock que compone para un cuarteto de cuerdas y toca justo la cuerda de mi, apropiada en el momento preciso. Te veo en imágenes fugaces. Como el dibujo de Leonardo, del hombre en perfecta armonía con las proporciones del Cosmos. Todo es perfecto. Gracias a vos el mundo se embellece. Escucho lo que no escuchaba. Disfruto de sonidos y silencio. Te veo blanco, desnudo, con tus venas azules, tu cuerpo hecho de líneas sutiles y esa tibieza. Todo está muy *cool*. Velas encendidas, té aromáticos, guita-

rras. Como un cuadro de El Greco. Siempre me conmovieron esas figuras. Ese grado de estilización, de sofisticación. Estilo, ¿por qué no? Y tu dicha me hace dichosa. Y es tan extraño. Tengo la sensación de que has podido convertir tus debilidades y dolores en fortaleza. Esa fortaleza, ese convencimiento, es tu mayor talento, la forma, la expresión sensorial de ese talento es la música. No importa cuántas adversidades y contrariedades se presenten, desde el punto de vista material.

Todas las grandes empresas (las epopeyas) requieren de cierto grado de heroísmo, de estar dispuesto a atravesar las pruebas necesarias para elevarse. Aunque en ello te vaya la vida.

Cada uno de nosotros puede, a su manera, disponerse a ser el héroe de su propia epopeya.

¡Me encanta que hayas salido victorioso! Me entusiasma tu entusiasmo. (¡A veces sos tan melancólico!). No permitas que nada enturbie este momento de alegría. Ni aun el dolor, que siempre agazapado nos acecha. Es necesario, para que podamos disfrutar de lo bueno. ¿Quién dijo que en un Universo donde solo existiera el blanco no podríamos apreciar el negro?

Que todo sea música y poesía (20 de septiembre de 2017)

Had we but world enough, and time...

Andrew Marvell, A SU ESQUIVA AMADA¹¹

Cuando te pienso, sos tan real que mi piel lo sabe antes que yo.

Sabe de qué estamos hechos, sabe del dolor que nos constituye, sabe de lo irremediadamente perdido que añoramos a veces, de los duelos que hemos hecho por lo que pudo haber sido.

Y del galope de los caballos salvajes.

¹¹ Alrededor de 1650: "Si tuviéramos tiempo y mundo suficientes"

Pero también sabe que estamos hechos, según dijo el poeta perro latinoamericano (y yo misma tergiverso), de sangre, carne, semen, flujo, risas y lágrimas.

Cuando te pienso, mis ojos saben antes que yo de qué estás hecho.

Se sosiega un poco el caos, hablamos, entonces pasamos de ese estar en medio de una pelea injusta y brutal de todos contra todos, para solaz de los amos, a un cierto orden de los cuerpos. No se trata de un orden controlado, es más bien una sustancia organizada por el deseo. Una pequeña tregua, un mínimo acto de arrojo.

Cuando nos abrazamos el mundo parece un poco más alegre, o menos triste, que es casi lo mismo pero distinto.

Cuando estás cerca hay más libertad. Hay más belleza en estos movimientos, la sangre fluye, nos desplazamos hacia alguna parte que puede ser externa a nuestro abrazo pero habita a la vez en nuestro sistema nervioso.

Ninguna ciencia sabe cómo explicar esto que estamos siendo nosotros y el mundo.

Nosotros somos también los nuestros y los que fuimos antes de encontrarnos. Y lo que imaginamos, incluso, todo eso que nada tiene que ver con este *hic et nunc*, que existe como posibilidad de un mañana que no podemos saber si llegará.

Somos todos los hombres y las mujeres de nuestros linajes, pero somos únicos.

Tu olor es como una propuesta que acaricia.

Suena The Zombies.

No quiero saber más nada de los demonios por un tiempo.

Quiero irme al mar, al bosque, a la montaña, al río sin orillas.

Me hundo en el agua de un lago en la cordillera y el frío golpea mi pecho.

Eso fue en otro tiempo pero también es ahora, porque la palabra puede hacer esa magia.

(Inventarnos también a fuerza de decir: vos, yo, nosotros.

Necesitamos pronunciar nombres, enunciar una gramática que nos de forma y sustancia para escapar al vacío y a la nada que apenas sospechamos).

Pero aun así, esto es la vida: zambullirse, emerger de un salto y llenar el pecho de ese aire que todavía conserva la memoria de sus remotos orígenes.

No quiero leer los diarios ni los portales ni mucho menos ver tele. Apenas las redes. Algo de radio.

Quiero que todo sea música.

Bailar hasta que me duelan las piernas.

Correr hasta que el cuerpo lo quiera.

Quiero leer poesía. Quiero escuchar las canciones que me envuelven cuando te pienso, te invento, te imagino, te encuentro, te detesto, te olvido.

Quiero una tregua que calme todo este asunto del vivir encarnados y ensartados por esta brutal manga de seres desalmados y enfermedades inventadas por la codicia.

Siento, como Paula Becker o la desesperada Camille Claudel y tantas antes que yo, que es preferible tomar riesgos a tener la vaca atada.

Es preferible escribir tonterías y deambular por ahí como las artistas "locas" de principios de siglo que encadenarse a la muerte del desencanto y el desamor entre sábanas de seda y comodidades que enmascaran agonías.

No es romanticismo, lo juro, es supervivencia, es mi corazón que se niega a dormirse antes de tiempo.

Quienes están seguros y confortables quizá me miren con desdén o compasión. Nada saben del gozo (efímero, claro que lo sé), que muta a abismos profundos cuando el frío invierno llega; y aun así elijo cada vez.

Caer.

Prefiero caer, caer y perder, perder una vez más.

Sospecho que hay más calor en la caída que en esas casas calefaccionadas rodeadas de alambres de púas y juguetitos TEC para sentirse menos solos y menos angustiados.

Más calor en un abrazo de dos cuerpos que mienten lo menos posible, que se animan a quitarse las máscaras que usamos para no ir tan desarmados en medio de la jungla de predadores.

Respiro.

La libertad de llegar a ser quienes somos al menos un instante mientras el río sigue corriendo y el mundo escupe sus cadáveres.

Te miro. Sonreís. Sonrío.

Y eso a veces es suficiente para seguir: el movimiento de la vida en movimiento hacia todo eso que nunca sabemos.

“Esa cosa Ava Gardner”, el animal más bello del mundo (23 de febrero de 2013)

No dormir en toda la noche de puro gozo es algo que se otorga a pocos pero, al fin, a mí.

R. Graves, sobre A.G

Una cosa fue llevando a otra y terminamos conversando sobre Ava Gardner, la misma a la que, según decía el mito familiar, se parecía la hermana de Micha, la abuela de M.

Convengamos que en la familia de M. hay toda una estirpe de mujeres hermosas, con mirares cautivantes, hasta llegar a las pequeñas, C., con sus ojazos azules curiosos abiertos siempre a nuevas admiraciones y sorpresas, y T., más lánguida en su mirar de niña salida de un retrato de Renoir. Las dos tienen en común ese mirar que te traspasa, nadie puede verlas sin conmoverse y sin recordarlas y allí radica quizá esa “cosa Ava Gardner” que tienen y en la que no me había puesto a pensar hasta anoche.

Yo trataba de acordarme de *Mogambo*, pero estaba en blanco mi memoria y en cambio nos distrajimos mencionando el romance que tuvo Ava con Howard Hughes después de que él terminara con Katherine Hepburn, y M. siente pena por la bella Katherine (que olvidó decirle que siempre me recuerda a Micha, esa chispa en su mirada) por su rol de “la otra” en su larga historia de amor con Spencer Tracy. Y terminamos hablando, mientras el vinito nos va envalentonando con planes artísticos y proyectos juveniles, de cómo, estamos convencidas, chocaban los planetas cuando Frank Sinatra y la indomable Ava se encontraban y lo hacían “a su manera”.

Ella era una mujer capaz de responderle a un periodista que le preguntó una vez “¿Cómo una mujer como usted pudo casarse con alguien que solo pesa 50 kilos?”, con la siguiente frase: “Sí, hay un Frank que pesa 50 kilos, pero tiene 43 kilos de pene”. Y capaz de afirmar “No hay que buscar explicación a una aventura amorosa. En aquellos tiempos yo estaba constantemente cerca de algunas de las figuras más apuestas del cine y no me impresionaron lo más mínimo. No es que no adorase a los hombres, sí me gustaban. Admiraba su fuerza, sus cuerpos, sus risas, su vulnerabilidad, ¡y los adoraba en la cama! Pero nunca fui mujer de un solo hombre, tampoco quería una sarta de amantes, pero tenía que gustarme muy endiabladamente un hombre para que le dejase interrumpir mi sueño”. O sintetizar que “todo lo que saqué de mis matrimonios fueron dos años de psicoanálisis, pagados por Artie Shaw”¹².

Ava era libre, invento yo, o imagino. M. jura que me cree. No quería pertenecerle a nadie, concluyo. Y eso se paga.

¹² <http://sanchezdetoro.webcindario.com/ava.html> y <http://www.elmundo.es/magazine/num148/textos/estre2.html>

Capítulo 3

Amigxs

Un amigo que no sabe estar solo (15 de agosto de 2008)

Es de clase de hombres a los que, tarde o temprano, las mujeres dejan. No quiero decir con eso que no lo amen o que no puedan enamorarse locamente, es que, sencillamente, al final, lo dejan.

Yo creo que eso se debe un poco a su manera de actuar en las relaciones amorosas y otro poco al tipo de mujeres que le gustan.

Cuando una mujer le gusta, ya está escribiendo el último capítulo, porque se muestra rendido a los pies de ella e incondicional. La llena de halagos, piropos y regalos y se pasa el día haciendo planes para estar con ella y para lucirla frente a sus amigos y conocidos, porque con cada mujer que está, cree estar con el tesoro más codiciado para cualquier hombre. No es que no descubra los defectos de ella o que no le importen. Por el contrario, frente a estos se muestra intolerante, irritado y protestón. Pero basta una caidita de ojos de nada, un buen perfume en el escote, unas caricias oportunas en la nuca y ya está él rendido, entregado por completo.

Después, aunque se aburra y se enoje con facilidad y haya descubierta ya todos los secretos de ella, los que le gustan y los que le repelen, está enredado y es fiel, para él el amor es un estado natural. En seguida quiere vivir con ella, cenar juntos a la noche y desayunar por las mañanas, no estar solo en la casa y planificar viajes y visitas. No

sabe estar solo con alegría y prefiere el aburrimiento o el estado de beligerancia, incluso la sospecha y el desamor, a la soledad.

Y aunque cualquier otro se la ha visto venir, y quizá sienta alivio cuando la cosa se torna oscura y morbosa, él, en cambio, cuando lo dejan, se muestra desconcertado, abatido y triste. Y también furioso.

Solo languidece. Odia, planea venganzas y lucha por recuperarla con bravuconadas y humillaciones tardías.

Se recupera pronto, porque su naturaleza lo impulsa a la pareja como a otros los impulsa a las pasiones, los melodramas, la nostalgia o el rencor. Y, a vuelta de esquina, encuentra una nueva mujer frente a la cual caer rendido y suplicante, que tarde o temprano, lo dejará.

Entrar por las ventanas (17 de agosto de 2018)

Eran como los viejos nuevos pasillos de un planeta que había visitado en el pasado.

Era como si en la ventana del edificio nuevo, la escultura y el pañuelo, los sanitarios componiendo una parodia de Duchamps, la transportaran a sus años de estudiante en el edificio viejo.

Y en otros.

Era el sol, que avanzaba dándole zarpazos al invierno, que peleaba su retirada.

Ponele.

Las visitas del Norte.

La batalla perdida de los pañuelos verdes y los patricios patriarcales.

Pero, a la vez, los pañuelos blancos señalando el camino.

Y un golpeteo (sin metáforas) en el corazón, porque esto realmente nos está rompiendo el corazón. O revelando que ya no lo tenemos, que ya somos definitivamente zombis.

Después sentí que estaba completamente viva de nuevo.

Las flores de un jazmín entusiasmado, al mediodía, esperanzando primaveras. Que son amores. Era la conversación —su café, mi té, los

libros, la tarde del cumple de C.— con ese amigo, tan inteligente, sofisticado, sensible, cuyos piropos eran como flores exóticas de alguna selva donde desearías que otros vayan alguna vez a buscar el ramillete único, para vos, una tarde de estas. Era como conversar con J., con M., espíritus librianos que gozan de esa delicia de las palabras y los cuerpos conectados en las tramas de universos gramaticales donde hay esa dicha del juego, del chiste, de los mil mundos posibles. Y que permite reencontrarse (incluso con J., que ya no está) en los ecos de los sonidos palabras sonrisas ceños fruncidos, abrazos, disputadas, danzas vocabulares.

Eso había sido lindo espejismo con B. también, pero a él le iba mejor desaparecer en el silencio, y entonces el eco de su voz se iba perdiendo, y su nombre se iba desdibujando en el mutismo. De ese variado repertorio ya no quedaba ninguna canción que diera calor. Una pena esa de tanto por tan poco.

Era como poder contenerse ante tanta muerte, tanta provocación, tanto cinismo. Era elegir: ¿amar siempre una nueva versión del chico *loser* (en formatos más o menos adultos), del emigrado, del exiliado, del huérfano, del conurbanero marginal, del pibe que se tiene que ir de un día para el otro y te deja la más dulce carta de amor (con promesas de eternidad que solo se pueden formular a los quince o dieciséis o diecisiete), del artista sensible que compone las mejores melodías o dibuja tus mejores retratos?

O.

O.

¡Oh!

Escuchar a F., que te dice (sus ojos despiden llamas pero son llamas de quien ha tenido que atravesar muchos dolores para saber lo que sabe) que vos, que ahora, que basta de tonterías, que un hombre. Que te siga el hilo, digamos. Que te haga levantar los pies del piso y respete tu vuelo, pero que a la vez tenga su vuelo propio.

Ah, bueno.

Nada más.

Eso y muy buen sexo.

¿No querés que además sea astronauta?

Y... no estaría mal.

Un Yuri Gagarin, supernovas de amor con intensidad soviética. Un hombre, unas manos, una barba, una pronunciación impecable del inglés, y no sé por qué vos lo imaginás bailando o cantando como a un Jamie Stewart rioplatense.

Volver a amar.

Que sea primavera.

Que sea ley.

Que sea posible.

Pero sobre todo.

Miras a los pibitxs, te miran como para que lxs tranquilices. Y vos querés. Quisieras. Quedarte en el aula. Escuchando a Aretha. Viendo las pelis. Sintiendo que el sol entra por las ventanas porque la revolución también puede entrar por las ventanas.

Conversaciones perdidas (24 de julio de 2018)

*Contamos historias porque finalmente
las vidas humanas necesitan y merecen ser contadas.*

Paul Ricoeur, TEMPS ET RÉCIT

Creo que estoy llegando a una de esas edades en las que valoramos cada día más poder tener buenas conversaciones. Y con buenas no me refiero a apacibles, ni armónicas: pueden ser intensas, incluso con algún que otro grito si la cosa se pone #altaPasión, pueden ser sobre cosas muy banales o sobre el bien y el mal y la existencia de Dios.

Pueden estar interrumpidas por risas, por llantos, ocurrir en un viaje, en una caminata, en un vestuario, en la cocina de una casa, en la cama, hasta en un chat, aunque la materialidad de los cuerpos ennoblecce las conversaciones, que se competan en la gestualidad, el con-

tacto, el olor, el cruce de miradas, los “comentarios faciales”. Pueden ser conversaciones en un bar de cerveza, un café, un té en una casa.

Pueden ser con amigxs, con compañerxs, con alumnxs, con hijxs, con familiares, con amantes.

Creo que estoy llegando a una de esas edades en las que extraño mucho las conversaciones que tenía con personas que amé y que ya no están. Pueden ser con amigxs, con compañerxs, con alumnxs, con hijxs, con familiares, con amantes. Creo que estoy llegando a una de esas edades en las que extraño mucho las conversaciones que tenía con personas que amé y que ya no están.

A veces una sigue conversando en su interior con los muertos (con “sus” muertos), cuando mira ciertos árboles de copas rojizas, cuando come mandarinas, cuando lee un artículo de psicoanálisis, cuando en una novela pasa tal o cual cosa, cuando tu hijo toca tal melodía en el piano, cuando vemos una película donde pasa tal otra cosa. Cuando toma un tren rumbo a Plaza de Mayo a una movilización, cuando ha pasado una noche hermosa con alguien que acaba de conocer y quisiera contárselo a esa persona, que ya no está. Irremediamente.

Estoy en una de esas edades en las que descubrimos que tenía razón Proust: “en la vida no hay más que conversación”; y que las oportunidades de compartir buenas conversaciones no hay que dejarlas escapar sin intentarlo, porque la vida es mucho más breve de lo que quisiéramos.

Hablo con R., me cuenta de un hombre que la saluda de una manera determinada o que le pregunta qué significa esto o aquello, y entiendo que ella me diga que no hay más remedio que huir de una conversación semejante. ¿Cómo puede erotizarte alguien que no dice una sola palabra que refiera a algo que haga eco en alguna cavidad de tu cuerpo, que te interese, que te conmueva que despierte tu curiosidad, tu risa?

Y a veces lo que más extrañamos de un hombre que nos gustó o que quisimos, o ambas cosas, no es tanto el arrebató erótico, por placentero que haya ido, ya que pudo haberse adormecido e incluso,

haber muerto, sino las conversaciones inteligentes, la revelación de mundos nuevos, la coincidencia en un libro y hasta la larga serie de malos entendidos que suponen las conversaciones de los amantes (sobre todo cuando olvidamos lo mal que eso nos hacía).

Esa noche me acuesto pensando en ese en el que ya no estaba pensando y con el que me gustaba conversar, y solo quisiera atreverme a decirle: contame una historia, mientras me voy durmiendo, una de esas historias tuyas, una de esas aventuras románticas de otro tiempo pasado y futuro. Contame una historia que no me aburra, una historia donde sigas siendo el que antes me encendía, donde siga siendo una mujer que te gusta, donde haya otras galaxias, animales exóticos, compasión; donde haya héroes y heroínas épicas, tal vez esquimales y sombras largas, colmillos blancos, naves espaciales, gauchos cuchilleros; donde haya familias extraordinarias atravesadas por grandes amores, y donde haya viajes, y más vida que muerte, y donde haya mares del sur, sangre, revoluciones, semen y esperanza; aunque sepa que para mí él solo tiene un honesto y frío silencio.

El frío de adentro (20 de agosto de 2018)

El peor sufrimiento es el que no se puede compartir.

Emmanuel Carrère, DE VIDAS AJENAS

Miramos el fuego. Hechizadas, como todos los seres humanos desde el principio del tiempo ante el poder de las llamas.

Trato de no pensar en eso. En eso que ella es ahora, en las palabras que nadie quiere decir pero pesan como anclas antiguas en el fondo del océano en todas las conversaciones.

Miro sus suecos en el piso, junto al hogar, sus medias de lana de vicuña de colores, sus manos descansando juntas sobre su regazo, su extrema delgadez. Le cebo otro mate y lo toma sin ganas, como para

darme el gusto, como para quedarse unos días más de este lado, del lado de la vida, la conversación, el fuego, los mates con amigas.

Unos días más.

En ese momento no lo sé aún, y creo que ella tampoco. Es decir, lo sabemos, pero de un modo que se activa y desactiva con una perilla de *On/off*. Preferimos *Off*, y me habla de sus padres, de su análisis, de Murakami y de H. Müller, que estamos leyendo juntas por esos días. También me dice una de las cosas más importantes que me han dicho sobre mi novela *Stalingrado*. Me dice que ella se reconoce en la descripción de la enfermedad, del sufrimiento en el cuerpo, de la soledad de no poder compartir eso. Me dice que le hizo muy bien leerla. Nos apretamos las manos. Me contengo.

L. le lee, yo le leo. Ella ya no tiene fuerzas para eso, sostener el libro, la vista, la atención.

Se duerme de a ratos mientras leemos, la conforta escuchar nuestra voz mientras el sueño la conquista.

Va y viene del sueño.

Reconozco su miedo. Su miedo a no despertar.

Da brazadas de nadadora para volver cada vez.

La veo como nunca la vi. Es un poco horrible decirlo, pero su decadencia es a la vez su plenitud.

Es ella, cada célula y cada milímetro del cuerpo sano y enfermo son ella.

Hace frío, mucho frío.

El frío tal vez sea lo peor, por más leña, por más mantas, por más abrazos.

Es ese frío que le viene de adentro, y nos va separando.

Puro desierto (6 de mayo de 2018)

J. está componiendo. Se escuchan fragmentos de su música que me envuelve y me transporta.

¿Cuándo fue que empezó a enseñarme cosas? Desde antes de nacer.
Yo pienso en los espacios reales e imaginarios.
El desierto es donde no hay vida y no hay amor.
Cada tanto una flor y un espejismo.
La calle es una posibilidad de huida y de regreso, de encuentro y de escape.
Es lo contrario a la libertad y, a la vez, lo que me recuerda su existencia.
J. escucha a una cantante que también escucho y escuchan mis amigas Z. y M.
Recuerdo la música de A., sus ensoñaciones. Es como si lo viera en la playa, con los auriculares y los anteojos de sol, tan ensimismado, tan hermoso y tan lejano.
La boca hinchada por el sol, el cigarrillo, la certeza de su amor.
Un viento vino y arrasó con todo nuestro mundo.
El desierto esconde la vida.
Y yo quería escuchar tu música y tus canciones, pero no hay un lugar.
Hay puro desierto.
Donde no hay nadie, no estás vos, no estoy yo, no hay canciones, no nos encontramos.

Viajando con libros y amigas (17 de febrero de 2018)

Con mi amiga M. nos vemos muy poco. Ella es bastante errante, y además sus lugares de vivir y hacer mundo quedan lejos del mío.

Sin embargo, llevamos dos décadas por lo menos haciéndonos lugar para los encuentros cara a cara, donde retomamos cada vez una larga y diversa conversación que vamos teniendo en distintos medios a medida que la tecnología y nuestros modos de comunicarnos cambian. En un tiempo “hablábamos” por mail, luego fue por chat, más

adelante Facebook, ahora también Instagram y WhatsApp, o más bien *guásap*, como dice ella, en su particular léxico que mezcla el formoseño con el catalán, el catalán con el platense, el platense con el porteño hasta lograr una lengua propia y exclusiva. Además del *guásap*, me pegó el castizo (¿o catalán?) *wifi* (pronunciado así: *vuiñi*). Cada vez que lo digo así hablando con otras personas que no son M., es como si ella estuviera un poco ahí en el significante, aunque mis interlocutores crean que lo digo “mal” o no comprendan el sentido de mis *guásap* y mis *vuiñi*, y hasta es posible que me haya apropiado de estos vocablos de su léxico y los haya cambiado un poco yo misma.

Con mi amiga M. tenemos en común el signo zodiacal. No entiendo casi nada de ese asunto, pero me consta que a ambas nos encanta comunicarnos y charlotear. ¿De qué hablamos? De todo. De los léxicos familiares y de la amistad, de libros, de los hijos y las hijas, de las parejas, del amor, de psicoanálisis, de política, de viajes, de las redes, de educación, de culturas y lecturas... La pregunta correcta sería: de qué no hablamos.

Nos gusta también hacernos saber una a otra cuando hay esa empatía que se vuelve serendipia, y sacamos a pasear al mismo tiempo aunque en espacios lejanos el mismo libro. Ella lo va leyendo en la costa del Uruguay o en un “bus” que se demora en su regreso a Formosa, y yo lo voy leyendo por segunda vez en un micro que se demora en La Plata.

Y nos mandamos fotos del libro, porque es un libro sobre esas amistades femeninas que nos ayudan a sobrellevar los males de este mundo, entre otras cosas.

Porque como cuenta Margarete Buber-Neumann en su libro homenaje a su amiga Milena Jesenská, Milena escribió “si se tienen dos o tres personas, qué digo, si se tiene una única persona ante la cual se pueda ser débil, pobre de espíritu o estar triste sin que ello nos haga daño, entonces somos ricos. La tolerancia solo se puede exigir a los que nos aman, nunca a otras personas y sobre todo jamás a uno mismo”.

Y así, en el campo de concentración de Ravensbrück, estas amigas (que ya son también amigas nuestras, de M. y mías) resisten a la muerte que acecha y la opresión que pretende convertirlas en fieras deshumanizadas mediante su amistad, mediante la palabra. Y en sus conversaciones robadas a la vigilancia de los guardias SS, aparecen los hijos, los libros, la política, los hombres que amaron y aman, las formas de resistir al fascismo, Kafka, los amigos que murieron, los padres y las madres neuróticos, la patria que añora cada una, la lengua materna, la ropa, la moda, su amistad.

El Negro Muiña, una parte de la ciudad, una parte de nosotros (27 de julio de 2017)

Se murió el Negro Muiña, y estos recuerdos vinieron a mí.

Andaba yo por los veintidós o veintitrés años, a punto de recibirme, trabajaba en la por entonces Subsecretaría de Cultura provincial y tenía un jefe entrañable y que estaba lo suficientemente loco como para confiar grandes responsabilidades a pibes y pibas que apenas estábamos floreciendo.

Claro, por entonces no lo sabíamos, algunos de nosotros ya habíamos pasado por la fe absoluta en la revolución colectiva, la conversión desde un progresismo izquierdista al peronismo, la militancia política barrial, los talleres, el nihilismo y el existencialismo; y mientras el menemismo sacudía los cimientos de nuestros sueños, hacíamos arte, leíamos poesía y escribíamos artículos, cuentos y novelas impublicables.

Bancábamos a las Madres y las Abuelas, al principio, eso nos hacía sentir raros y algo aislados de las mayorías. Después fue diferente.

La política nos daba cachetazos, pero el rock nos acogía y, aunque no teníamos un céntimo y había que patearla todo el día o combinar el tren y la bicicleta, aunque se podía vivir una semana entera con arroz, yerba y cigarrillos armados o Achalay, mis amigos pintaban, grababan, esculpían, tocaban la guitarra, dibujaban.

Íbamos a recitales de Spinetta, de Charly, de Pat Metheny, de los Redondos, de Fito Paéz, de Virus.

Teníamos mucho sexo, teníamos amor y, por lo general, teníamos las dos cosas.

Al igual que mi hermana y otras amigas, a los veinte ya tenía un recorrido laboral. El primer empleo: de moza (no se decía *camarera* entonces) a una edad prematura, todavía en secundaria. Como iba a un colegio de las élites de la clase media profesional universitaria platense, era poco lo que allí trascendía del barro en el que a veces se hundían las más bellas y prometedoras familias.

A los dieciséis servía ginebra y cerveza a las “estrellas” de rock locales y a muchos que luego lo serían, y mis amigos y mis amigas me hacían el aguante, y cada tanto caía algún novio, o exnovio o futuro novio, a sorprender la noche platense del triángulo de bares.

De todo ese material estaba hecho mi círculo social y afectivo y tal vez por eso cuando mi jefe L. me tiró el desafío de convertir el *hall* central de la casa donde funcionaba Cultura en una sala de exposiciones para que los artistas jóvenes hicieran su primera muestra, lo tomé con la naturalidad con la podemos tomarnos las cosas a los veinte, creyendo que lo podemos todo.

Y algo pudimos. Hicimos Espacio Joven, ganamos muchos amigos —y algunos poderosos enemigos de los cuales no teníamos ni la menor conciencia. Luego la tuvimos, claro. (Cuando alguien con poder se decide a humillar a alguien más débil y más joven, se aprende rápido. Esas cosas son inevitables, como las decepciones)—.

Empezó así, con una muestra de unos amigos y siguió, con la ayuda inestimable de H., y muy pocos más, pero de los que valen la pena, y se convirtieron en cinco años y más de noventa muestras de artes plásticas de jóvenes desconocidos, en la capital provincial y en un organismo público de cultura.

Todavía no estaba terminado el Teatro Argentino, había muy pocas salas, casi no existían espacios culturales, estábamos construyendo algo que no existía y no nos dábamos cuenta.

A la mañana, hacía mi trabajo de oficina, vestida o disfrazada de más grande, porque a veces me iba a dar clases luego, a gente que en su mayoría me llevaba varios años y era mi *performance* para sentirme segura.

La jornada se hacía larga porque cuando llegaba H., nos convertíamos en un equipo de montaje, dejaba los taco aguja y lo ayudaba, él la tenía clara: nos subíamos a las escaleras a dos metros, colgábamos los cuadros, acomodábamos las obras, muchas veces con participación de sus autores y familiares.

Mis compañeros de trabajo formaban distintos agrupamientos: los que se escandalizaban de semejante uso del *hall* de la Subsecretaría (de cultura), en especial cuando las muestras eran extremadamente vanguardistas para la época (los noventa); los entusiastas y curiosos; y los indiferentes. Curiosamente, pese a trabajar en un ámbito cultural, la mayoría estaba lleno de prejuicios respecto a la plástica. Un grupo minoritario se sumaba, colaboraba, quería ser parte. Eso siempre ayudaba, porque me hacía sentir respaldada y acompañada. Animarse a ciertas cosas siempre paga un precio, lo sabemos. Pero entonces todavía no lo entendíamos.

Nacieron nuevas amistades, posiblemente con otras personas que estaban dispuestas a pagar el precio de su deseo, como el caso de V., y otros más.

Más tarde, en la época en que vivía cerca, iba hasta mi casa, me bañaba, me cambiaba en menos de una hora y regresaba, porque a la hora de la inauguración fungía de anfitriona y ayudaba a servir algún ágape o atender a la poca prensa que se acercaba: Lalo Paineira, por ejemplo, siempre.

Mi jornada había empezado a las siete, había atravesado distintos roles, y llegaba a la noche. En el medio, casi todos los días de inauguración (tres por mes), me hacía una escapada hasta Capítulo, a la vuelta, en calle 6, y charlaba con Perla o, sobre todo a esa hora, con el Negro.

Todo eso ocurrió —si mi memoria, siempre caprichosa, no me juega alguna trampa— antes de que mis amigos se hicieran a su vez ami-

gos de él, antes de que se cruzaran relaciones familiares, sociedades comerciales, crisis, problemas de negocios y de enfermedades.

Todo eso fue como en la prehistoria. A él lo conocía todo el mundo en la ciudad. En mi caso, desde niña, porque mis padres compraban libros en Capítulo y mi madre tenía amistad con Perla. Eran tiempos de cero cadenas y pocas, y muy buenas, librerías.

El Negro era curioso, sonreidor y seductor, le encantaba conversar de libros, pero también de arte, de política, de chismes platenses. Y por entonces compraba la milésima parte de los libros que deseaba y, en general, los compraba en librerías de usados o los leía prestados, así que no era una buena clienta, ni posiblemente nunca lo fui, porque en los años siguientes, cuando tuve un poco más de ingresos, compré muchos libros en Buenos Aires, en calle Corrientes y, cuando realmente mi situación fue más holgada (¡pesada herencia!) y pude comprar libros, las cosas ya habían cambiado mucho en la librería.

Y en nuestras vidas, claro.

Quienes conocen mi trama familiar y social podrán preguntarse por qué elegí este recuerdo tan lejano para evocar al Negro. Quizá porque como aprendimos de Proust, la personas con las cuales mantenemos vínculos de amistad o sociales durante tantos años se nos van revelando en sus —y nuestras— diferentes facetas y miradas, y es muy difícil recuperar esas primeras sensaciones, esos recuerdos despojados de todos los claroscuros de los que están hechos los vínculos humanos sostenidos en el tiempo.

Lo que sé es que en el entramado cultural de La Plata, el Negro Muiña y la librería Capítulo —con P., por supuesto, también con mi querido amigo E., con C., con todos quienes dejaron allí sus marcas— tuvieron una centralidad maravillosa y allí varias generaciones de lectores, estudiantes, docentes, descubrieron nuevos mundos y aventuras.

Y hoy, cuando vi en el muro de mi amigo M. la noticia de la muerte de Jorge, el Negro Muiña, me acordé de una tarde, nublada como la de hoy, a punto de inaugurar quizá la tercera o cuarta muestra, ya un poco más segura, yendo a dejarle unos volantes a la librería, para di-

fundir (en tiempos donde no había Internet), y me acordé del Negro, sonriente, que no paraba de preguntarme cosas de la muestra, de los artistas, de la vida, mientras me recomendaba tal vez *La conjura de los necios*, o alguna otra novela.

Se va una parte de nuestra amada ciudad de La Plata.

Para B., que el sol ilumine este vuelo (22 de noviembre de 2016)

Para Bettina García Laval

*Saber y no decir.
Es así como se olvida.
Lo que se expresa se fortalece.
Lo que no se expresa tiende a la inexistencia.*

Czeslaw Milosz

Escribo intentando asumir la responsabilidad que supone imaginar quienes pueden leer estas palabras.

Personas que quiero y conozco, personas que no conozco, pero quiero a través de otras y que están con sus corazones desgarrados, en carne viva.

No hay ninguna palabra que ofrezca consuelo ahora posiblemente, ni es la intención, pero sí el homenaje y el acompañar como se pueda. Honrarla a ella.

No era mi amiga íntima, ni de las más cercanas, pero siempre creí que llegaríamos a serlo con el tiempo, porque nos caíamos muy bien, nos gustaba conversar, chateábamos seguido, y, sobre todo, por todo lo que teníamos en común.

Sobre todo, afectos y pasiones. Ideología y política. Ciertos gustos estéticos, pertenencias culturales, la ciudad, "Perio", incluso este año, la coincidencia de cursadas de maestría y doctorado, que nos privilegió el encuentro en el bufé del edificio "Néstor Kirchner" los sábados. Un rato

de chismes y charla política, y abrazos, y sobre todo de tu parte, como siempre, tu sonrisa: amplia, generosa, contagiosa, animadora.

Nuestro vínculo se fue armando como se arman muchos vínculos en esta ciudad-pueblo y en espacios de militancia educativa. Casi sin conocerte, Betti, ya me caías bien, ya había confianza, un poco por Jorge, otro poco por Débora, desde ya por Pancho, también por Sandra, y luego, ya por nosotras mismas.

Hicimos un trabajito juntas, para que D. pudiera estar presente en aquel maravilloso homenaje a J. que organizaste con tus compañeros y compañeras de la Escuela de Sanidad. Me acuerdo que lo charlamos fluidamente en un acto en Perio, un auténtico día peronista, en medio de una multitud de compañeros/as que agitaban banderas y cantaban, y nosotras ahí, los más jóvenes nos habían conseguido unas sillas, y mientras seguíamos atentamente las palabras de los y las oradores (Florencia, el "Coqui"...), nos íbamos poniendo al tanto de cómo estaba nuestra común amiga, su salud, que nos la arrebatava, como antes nos arrebató a J. y como ahora —¡mierda!— te arrebatava a vos de nosotros, pero a la vez, te deja en nuestros corazones, íntegra, sonriente, plena.

A veces en este blog en las redes, nos cruzábamos. Confieso que cuando supe que te encontrabas en mis palabras, comencé a hacerte de tanto en tanto algunos guiños, vos rápidamente acusabas recibo, y como las amistades también están hechas de conversaciones, aprovechamos esos puentes.

¡Hace unos días apenas hicimos locos planes para cuando se pudiera. Salir a andar en bici, tomar unos mates, hacernos las pendejas!

No fui capaz de darme cuenta que te estabas despidiendo, así, a tu modo: otorgándonos el tesoro de aliviarnos, inventando con tus palabras una especie de liviandad de tu dolor, como para que nos doliera menos a nosotros. Como para que no nos pesara tanto, luminosa, como leo que escriben tus amigas de toda la vida en las redes, como dicen todos.

Intento honrar de esa manera tu modo.

Como si les restaras desconsuelo al desconsuelo.
Y así nos das, tan generosa, un poquito de tu eternidad.

Igual que la calandria (14 de agosto de 2015)

*Borges describió las palabras como
"símbolos de recuerdos compartidos".*

Dra. Iona Heath, AYUDAR A MORIR¹³

(Se recomienda leer luego de observar el cuadro de Oskar Kokoschka
Isla distante, de 1917)

Desde el punto de vista del amor, afortunada de mí. Claro, todo se paga de uno u otro modo y ahí aparece el dolor.

No dolor romantizado ni dolor paralizante. No.

Dolor que busca palabras, como dice S. Beckett: "no quería escribir, pero acabé por resignarme. Con el fin de saber dónde estoy, dónde está. Al principio no escribía, solo hablaba. Después olvidaba lo que había dicho. Un mínimo de memoria indispensable para vivir de verdad"¹⁴.

Palabras que me unieron en amistades entrañables.

Una no quiere nombrar una ausencia con otra, no quiere restarle protagonismo, no quiere pincelar con tonos ajenos la unicidad de cada ser. Eso que tienen de únicos y eso que tienen de únicos para nosotros, en el diálogo que hemos establecido y compartido, con palabras dichas, silencios, con miradas, con lazo amoroso, con discusiones, con intensos momentos donde hubo esa otra cosa indecible de las relaciones. Escuchar música juntos. Compartir, en el caso de Del, infancia además y volver a elegirnos, cada vez, después de larga ausencia...

¹³ Heath. Iona, *Ayudar a morir. Con un prefacio y doce tesis de John Berger*, Katz, Buenos Ares, 2008.

¹⁴ *Ibidem*

“De nuevo estoy de vuelta, después de larga ausencia... igual que la calandria”, que también canta en otro canto, al prisionero, y esto es código de conversaciones donde ya somos menos...

Me duermo intentando una comunicación con ella y su ausencia me rodea y su nombre aparece en todas las cosas: de pronto, el mundo, los programas de radio, las revistas, las personas, mencionan a Delfinas. Los muros de las redes sociales, tus hermanos, amigos, todos... te nombramos en voz alta. Después, será el repique en cada pecho, en cada interior donde hace eco el recuerdo como ausencia de tu presencia.

Me consuelo pensando que pudimos, quisimos, decidimos ser amigas y eso ya es mucho. En un tiempo en el que las relaciones son complejas, en las que la mayoría de las personas tiene miedo, desconfianza, ocupa posiciones evitativas, se enmascara, nosotras, y las otras y otros que son nosotras (porque estas amistades están hechas de nuestro vínculo y del vínculo que forman otros lazos, las otras amigas y amigos, las relaciones familiares, infancias, adulteces, incluso los ex, los amores tuyos, los de ellas, los de ellos, los míos, etcétera).

Los libros que leímos ambas. Los que leímos juntas. Los que ya no leerás y yo diré, al leerlos: mirá, escuchá, cómo te gustaría esta historia...

Todo eso que ahora surge, eso que no sabía de vos, eso que me cuenta esa otra persona que compartió otra parte, otra faceta de tu vida.

Imágenes, recuerdos captados para la eternidad de nuestro mirar, único y, a la vez, mudable, legable. Nuestras caras (rostros), breves como fotos, dice por ahí Berger.

Tenemos tan pocos recursos.

Vivimos sin Dios, sin fe, y hacemos del misterio y la esperanza de formaciones.

Los depredadores y los chantas, los estafadores aprovechan.

Y el discurso médico que no sabe dar tregua ni consuelo, impone condiciones a veces inaceptables;

y el discurso del amo consagran rituales de los que se sirven otros, pero no nosotros.

No podemos.

Ni siquiera confiamos en nuestra propia percepción del cuerpo.

No sabemos acompañar a los moribundos, porque somos soberbios, negamos los finales, nos defendemos, vivimos en un páramo de desamparos incrédulos, y todo lo demás.

Te toco.

Te abrazo en el umbral, ya no para retenerte, sino para acompañarte.

Así nos comunicamos cuando las palabras son un esfuerzo demasiado grande.

Te hablo, con esas palabras que no me pertenecen, que salen de mi boca, de la entraña, pero son como un coro de la humanidad que hay en mí, pero también en vos, y en todos/as los que amamos y dolemos.

Conservo el recuerdo cálido de tu voz, de tu mirada, sonrisas y llantos. Espantos, alegrías.

Tu miedo, querida, lo cargo en mi espalda. Me pesa, no voy a negarlo, pero lo elijo, porque somos amigas, somos libres.

Aprendí un poco quizá.

Vos, ninguna de ustedes, es su enfermedad, es su final.

La muerte no fija la foto, la eternidad quizá sea eso, esos instantes en los cuales conectamos, la conciencia de haber vivido. La película.

Quizás.

No sabemos.

Tu isla distante, tal vez se hayan encontrado allí las dos.

Los tres.

Los miles.

Incertidumbre es vida.

Ahora el viento dispara esa pequeña verdad, y podremos volver a recordarnos, recuérdame, te recordaré, como fuimos, cuando la vida era nuestro territorio común.

Para Delfina, para que sigamos mirando árboles mientras nadás mar adentro (10 de agosto de 2015)

1. Delfi

Tu nombre es raza de mujer luchadora y valiente, la guerrera que acompaña al Pancho Ramírez, nuestra doncella guerrera de Sevilla.

Esta bella mujer, Delfina, me honró con su amistad entrañable durante 42 de mis 44 años. Nuestra patria de la infancia estuvo hecha de amor, de juegos, de naturaleza, fútbol, caballos viejos, tortugas locas, poesía, de algunas desmesuras, y de una desafiante vocación política clandestina, que solo pudo terminar cuando ya en la adolescencia la democracia lo hizo posible. Nadie que haya militado en La Plata en los años de la primavera alfonsinista puede haber desconocido a la chica más bella de la U.E.S., con tu larga melena dorada, de la que todos se enamoraban irremediablemente.

Aventurera, libre, deportista, lectora, cinéfila, viajera, inquieta, movediza...

Aunque sus viajes la llevaron por la Patria Grande y se mudó a Buenos Aires; aunque el neoliberalismo nos pinchó las ganas de militar durante años... volvimos a encontrarlos como siempre, en las plazas de Néstor y Cristina; en los cuentos, los poemas, las canciones, las comidas, los vinitos, tus recetas macrobióticas y tus amables consejos de yoga para una bruta como yo; en nuestras apasionadas charlas de política, nuestro peronismo tantas veces incomprendido, en el personaje de mi novela que, me dijiste, te hizo sentir menos sola en el dolor (y ya con eso todo lo escrito valió la pena).

Extraño ya esos papelones de sentarnos en un bar careta de Belgrano R, y sacar de las mochilas galletitas con jengibre para cuidar tu salud, *tupper* con frutas mezclados con estudios médicos, mientras con Lucía nos reímos y lloramos, todo al mismo tiempo.

Te encuentro, te siento, escuchando estos romances tristes, como dice Elena, pero no podemos dejar de cantar; en la sirenita que alegra mi baño, que me regalaste para un cumple ...en los árboles que obser-

vamos en el jardín de Estela, todavía sorprendidas ante el misterio de la vida... y de los finales. Te encuentro, mucho, intensamente, en Lucía Castelli, tu amiga-hermana; en Faustina Gil Soria, tu hermana-amiga; en tus otros hermanos; tus bellos sobrinos. En cada uno de "los pedagógicos" y tus hermosas amigas de la adultez: Julia, Maribel, Mariana, Jimena, las del Centro Cultural Conti; en algunos de los hombres que tuvieron el privilegio de compartir una parte de tu vida y de tu amor...

La muerte pone fin al dolor querida Del, pero el amor es infinito. Y acá estás, en esta foto que tomó Faus, hace apenas dos meses, en Plaza de Mayo, después de esa merienda tan linda que compartimos. Te amamos. Por siempre. Nos vemos *au claire de la Lune*.

2. Nosotros y la sudestada

Por eso, mientras damos manotazos para consolarnos con #palabras-melodíasabrazos; mientras tu madre distribuye dibujos que ha hecho estos tiempos, quizá para introducir vida en su taller, vida que acunara tu partida; mientras miramos con Lú, con Faus, el arbolito rojo, me llevás hasta él, confundís con nieve las imágenes que la enfermedad y la medicación han instalado en tus retinas, o en tu alma; o quizá algo más misterioso, quizá algo que te conecta con la infancia, tal vez con Tomás, con Juanita, o la escolita, nuestros queridos "pedamongos", nuestros amigos de siempre, con los que armamos estos rituales de consuelo que saltean las fronteras de nuestras diferencias y siempre logran conectarse en ese amor despojado de máscaras que nos permitió saber desde siempre quienes somos los unos para los otros, y llamarnos después de diez años por nuestros nombres infantiles, y ayudarnos a dejarte partir sin egoísmo; mientras te acuna la voz de madre, o de Lú, o la mía, leyendo a Herta Müller, o a Murakami, o a Ana Cecilia Prenz, o a Alice Munro, qué más da... es igual, son las voces, nuestras manos acariciando tu adiós...

Los perros dan vueltas por la casa. Una sudestada impuso sus condiciones a tu partida: como vos, rebelde, desordenadora de lo pautado, despeinadora, intensa.

Miro a tus padres y quisiera salir corriendo, poder propiciarles algún consuelo, quién podría... Ahí están, junto a vos, tus hermanos, Daniela, todos acariciando el misterio del final con rasguídos de guitarra criolla y acordes de hojitas rojas en árboles cercanos que el viento mueve, como aquel sauce... Titina con las flores que alegran el cuarto; Julia con su amistad casi siamesa; Jimena más allá del océano, Marian; las de los rulos; y las lacias, Maribel, Lola, Elena, Chuje, Irupé, la cubana, Sofía... Nuestro amor se agranda, se hace puente, intenta animarse a soltarte, para que puedas ir, dejar este dolor que nos abrumba.

Cantemos, mi querida, cantemos. Y entonces, encuentro este poema, lo pongo a tus pies, mi nadadora, que se aleja, mar adentro.

3. Poema

"Miro un árbol.

Tú miras lejos cualquier cosa.

Pero yo sé que si no mirara este árbol

tú lo mirarías por mí

y tú sabes que si no miraras lo que miras

yo lo miraría por ti.

Ya nos basta

mirar cada uno con el otro.

Hemos logrado

que si uno de los dos falta,

el otro mire

lo que uno tendría que mirar.

Solo necesitamos ahora

fundar una mirada que mire por los dos

lo que ambos deberíamos mirar

cuando no estemos ya en ninguna parte".

(R. Juarroz, "Sexta poesía vertical")

A los que ya no responden (16 de julio de 2015)

*Al escribir la biografía de un amigo,
hay que hacerlo como si estuvieras vengándole.*

Flaubert, CARTA A ERNEST FEYDEAU, 1872¹⁵

Me gusta la fuerza de esa afirmación, sostenida a su vez por la fuerza de la escritura de alguien que hizo de esta una vida, una pasión, una causa.

Así los recuerdo.

Me gusta y me hace pensar, en las biografías que vamos escribiendo de a poco, esas de los amigos y amigas que se fueron antes que nosotros, esos y esas a los que les rendimos humilde homenaje, hablando de ellos, escribiendo de ellos, organizándoles los rituales que nos permiten seguir calentando nuestra vida con sus latidos y potencias, esos que nos dejan con las ganas de innumerables momentos, sobre todo, conversaciones, preguntas, luminosas sonrisas.

Esos con los que nuestras diferencias no necesitaban esconderse, incluso, esas de perros y gatos, o gatas y perras.

Porque siempre, de un modo u otro, llegaba el momento del encuentro, el que permite desandar las heridas, los enojos, y relajarnos como si durmiéramos una siesta al sol, sabiendo que podemos darles la espalda con absoluta confianza (como Maga y Loba lo hacen en la foto).

Esos amigos que extrañamos y con los cuales los simulacros que la vida vincular a veces impone, parecían obligarnos a formatos de relaciones como si en vez de humanos fuéramos alienígenas, de tan ajenas. Y resistimos, y siempre pudimos recuperar humanidad, con sus oscuridades, pero, sobre todo, con sus luces.

Es cierto que la muerte no termina con las relaciones, la charla sigue, la alegría retorna incluso, en medio de la desesperada frialdad de la ausencia.

Es cierto que los que se van saben y ven cosas que nosotros ignoramos, y tal vez siguen la tertulia desde allá, mientras circula la pala-

¹⁵ Citado por Barnes, Julian en *El loro de Flaubert*, Anagrama 1994.

bra de esa novela que nos conecta a ellos dos, por caso, con nosotros hoy, esta tarde, en una biblioteca, en una ciudad misteriosa que supimos andar juntos.

Y, en eso, haciendo cuentas de cosas incalculables, que no pueden mensurarse pero aun así, enumero, me doy por hecha.

Es cierto que duele el dolor de no tenerlos, pero qué dicha haber sido parte de su vida, que lo hayan sido de la mía, abrigos en invierno, frescor en el verano, preguntas clavadas en las certezas, como puñales que duelen, pero obligan a pensar... Libros de John Berger, de Rancière, de Baricco, poemas de Nicanor Parra, también teologías del absurdo ateo y filosofías materialistas del creyente obstinado (y claro que será una obviedad, también de Foucault, de Lacan, pero no salgamos del código, la señal de identidad y pertenencia, de mirarnos sin necesidad de decir más nada).

También como brisa suave, nos pasan cerca otras pérdidas. Nacidas de cobardes traiciones, tramadas en las sombras de quienes prefieren las cuevas húmedas y oscuras, esconder la mierda debajo de la mierda y escapar cuando el olor los delata.

Brisa que se va y nos deja, pasados el llanto y la desilusión, livianas. Ahí, al fin somos libres.

Cayeron las caretas, vimos el abismo, caímos en la madriguera, y le dimos la espalda.

Se nos gastó el calzado, es cierto, de tanto andar cuesta arriba, a pura tracción a sangre, como a Harold Fry en su insólito peregrinaje (que me quedé sin pasarles, que al final no leyeron y no pudimos comentar, ¡puta madre!)¹⁶.

Libres y decididos, para recordar a nuestros amigos y amigas muertos, amados por siempre.

Libres para olvidar a los que aún vivos, eligieron para nosotros la muerte.

¹⁶ Joyce, Rachel, *El insólito peregrinaje de Harold Fry*, Salamandra, 2012.

Y hay la enfermedad y el dolor, el dolor y la muerte, el ciclo del eterno retorno...

Y el goce autocomplaciente del doler que duele por un dolor que no existe, y que no se conmueve ante el dolor genuino, sino que lo usa y lo aplasta, y lo aprovecha, como si nunca se fuera a descubrir el engaño.

Hasta que eso sucede.

Y está la vida que llama, siempre llama, siempre late, incluso, cuando late solo en quienes nombramos a los que ya no responden.

Y así seguimos, tracción a sangre.

Sé que no es pálido tu fuego, es vuelo eterno de mariposa D. (6 de abril de 2015)

“La ninfa se desgarrar como se había desgarrado la oruga, en la gloria de una última mutación, y la mariposa se escabulle hacia el exterior y se queda suspendida de la ramita para secarse. Al principio, toda húmeda y arrugada, no es muy linda que digamos. Pero esos accesorios flácidos que liberó pronto empiezan a secarse, a crecer, sus vénulas se ramifican y endurecen, y en no más de veinte minutos la mariposa está lista para volar”(Vladmir Nabokov)¹⁷.

Dice tu nombre hebreo que sos como la abeja trabajadora, incansable, , הַרְוֵךְ . Y también heroína valiente que libera a los suyos, con los dones especiales de la sabiduría y la profecía, qué duda cabe.

Hacías de las flores néctar de miel, circuito de la vida que empieza pero nunca finaliza.

Polen, vuelo, flor, panal, celda, jalea, alimento. Dulce alimento, fruto del esfuerzo pero también del amor, nacido del deseo.

¹⁷ Fuente: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-1948.html>

¡Ay! Lo dulce, ya sabemos... Todo eso del azúcar y la glucosa, y la miel...

Hay lo libre (¡Ay!), qué miedo da, qué difícil aceptarlo, qué manera de enseñarnos, amiga.

Elegancia azul, elegancia sofisticada, que dice del cuidado de las formas como tributo a la belleza de la vida, vos.

#Deboraabeja, deboadoradoras, nosotras.

Dicen que las metamorfosis son renaceres, resurrecciones en formas más perfectas, aladas, libres. Adiós capullo de seda, bienvenido viento del otoño que te lleva a volar, libre ya de los pesares.

Dicen que hubo un eclipse de Luna para honrar tu partida. Un fenómeno extraordinario y poco frecuente. No nos sorprende, es algo a tu medida.

Nosotras, insectos terrestres, ponele, no sabemos mucho de eso. Casi nada.

Pero dicen que N. sintió el aleteo el sábado a la madrugada, que a L. le llegaste como reflujo en tu despedida, que M. inmediatamente acusó recibo del significante mariposa y acá estamos, todas de nuevo, intentando llenar el vacío con palabras, continuar con vos esta charla.

Talia y Pedro empapelaron el cielo de las redes sociales con fotos de tu sonrisa, vibrante y contagiosa.

Todas tus amigas acá y allá, enviándote mensajes para acompañar tu vuelo, mensajes de orugas, algo tontos, algunos mudos, otros de palabras, lo que podemos.

Te extrañamos tanto, mariposa.

Te dije la otra vez que eras como Mashenka, el personaje de la novela de Nabokov del mismo nombre, tan amada e inolvidable como son los amores de nuestra primera juventud. Demasiado breves, pero los más intensos, los que viven por siempre.

Y M. dice ayer lo de las mariposa, lo de la Dra. Elisabeth Kübler-Ross, que enseña que “morir es trasladarse a una casa más bella, ‘se trata sencillamente de abandonar el cuerpo físico como una mariposa abandona su capullo de seda”.

Yo de mariposas no sé nada, casi, pero esto tampoco puede ser casual. Yo no sé casi nada de nada...

Aunque sí sé un par de cosas:

sé que no es pálido tu fuego.

Sé que vive en Pedro, en todos los que te amamos.

Y luego, sigo leyendo, como si estuviéramos conversando de esto en tu casa, mate por medio, y en cualquier momento estuvieran por sumarse a la charla R. o tus padres, que andan también por ahí y tuviéramos que disimular un poco nuestras verborragias, para que no confirmen que estamos medio locas, y saltamos de un tema a otro con Whatsapp incluido y charlas transocénicas, también atravesando (vos valiente, nosotras, yo, temblando) esas conversaciones que hubiéramos preferido no tener nunca.

Y vimos la película y nos dijiste lo que tenías que decirnos.

Sigo leyendo y nos dice Nabokov, borgianamente: “Había un filósofo chino que toda su vida se preguntó si era un filósofo chino que soñaba que era una mariposa o una mariposa que soñaba que era un filósofo”*...

Había unas amigas que soñaron que eran orugas y, al despertar, descubrieron que una de ellas se había convertido en mariposa.

Soñemos, queridas.

El amor que se abre al infinito (31 de marzo de 2015)

(Cosas que apunto para charlar con D.)

“Cabría preguntarse —dice Ivonne Bordelois en un libro que tiene sus años, *Etimología de las pasiones* (Libros del zorzal, Buenos Aires, 2006)— por qué nosotros, los modernos, carecemos de verbos que señalen este amor de ternura y miramientos [el amor de padres a hijos]”. La distinción entre el amor pasional, *erao*, el amor amistad, *phileo*, y el amor familiar, *stergo*, nos es desconocida lexicalmente, es decir, no tenemos diferentes vocablos para señalarla.

Y luego habla de cómo los griegos hicieron estas distinciones, tal vez porque eran la tierra y la cultura de Edipo y su tragedia...

Nosotros usamos amor para designar todas esas pasiones, cuya raíz, *am*, “designa vorazmente” —según Bordelois— al seno materno.

Así que el amor de madre es el origen de todos los amores en nuestra lengua.

De ahí se derivan para esta autora algunas cuestiones, como la insatisfacción permanente a la que nos condena un amor que tiene ese origen (ese primer deseo por la madre). Y sigue reflexionando, recordando a Sabina Spielrein y a Freud.

Me viene a la memoria un libro que leí de joven, *Los cuatro amores*, de C.S. Lewis.

Pienso que es cierto que no tenemos verbos para transmitir las nociones como sentir afecto o cariño o amistad.

Yo podría decirles a mis amigas:

yo te afecto,
tú me cariñas,
ella me amisteas

Pero le decimos te amo a nuestros hijos, a nuestros padres, a nuestros amantes, a nuestras amigas... Y así se arman algunos embrollos...

“En nuestros amantes seguimos buscando a nuestros padres, así como en nuestros hijos a nuestros amantes. Pero eso no impide que muchos de nosotros pensemos, sin embargo, como Rilke, que el amor es en el niño un aprendizaje que luego se abre al infinito” (Bordelois, 2006: 106).

Me pregunto si no habrá una relación entre este léxico amoroso del cual disponemos los que hablamos lenguas derivadas del latín, romances, como el español, o francés, ese paradigma edípico trágico que configura nuestros vínculos, y nuestra particular relación con el psicoanálisis.

El amor de madre, dice Siri Husdvedt por ahí, es el origen de todos nosotros y su poder es abrumador.

Siempre estarás (2 de marzo de 2015)

Estabas y no estabas
te estabas despidiendo y al rato volvías,
con el pelo iluminado por el sol de la tarde y ese cuello y esa cabeza
Modigliani.
Cuando volvías era lo mismo que cuando te ibas,
estabas.
Siempre estabas.
Siempre estás.
Nosotras nos preguntamos.
Nosotras creemos que sabemos, pero creemos que no sabemos.
Nada.
Queremos ayudarte.
Queremos cargar un poco de tu carga.
Aunque no entendamos.

Estás.
Estarás.

Leyendo a Alice Munro, *Secretos a voces* (1 de abril de 2011)

Estoy leyendo cuentos de Alice Munro.

Los leo un poco así, con la misma cadencia que esos textos proponen. En medio del caos de la vida. En un rato en que viajo en el colectivo. Mientras hago la cola en la obra social o espero en el auto a mi hijo.

No los leo como suelo leer otras obras literarias, llena de ansiedad e indiferente a todo lo que me rodea, sino que más bien la voz de Alice y sus personajes se van mezclando con el entorno, con la cara del muchacho que viaja a mi lado conectado a su I Phone, con el paisaje móvil de la avenida 9 de Julio atestada de autos, con las nucas de los viejos que esperan sentados delante mío.

Así son un poco los personajes de Munro. Gente común, de esa que podemos ver en cualquier pueblo o ciudad, a la que no le pasa nada en apariencia interesante y sin embargo...

Alice dedica su libro *Secretos a voces* "a las amigas fieles". Hago mía la dedicatoria en este *post*. Las mujeres de sus cuentos son un poco como mis amigas, pueden parecer convencionales a primera vista, pero llegado el momento demuestran que están dispuestas a todo con tal de seguir sus deseos y entusiasmos. Incluso al desprestigio, una dosis no menor de desequilibrio emocional, la pérdida de cierto confort burgués, una generosidad desmesurada.

Las mujeres de Munro, de un modo u otro, siempre parecen dispuestas a escapar de un destino preconfigurado por la familia, el entorno y la sociedad que las rodea. Suelen enamorarse de hombres inconvenientes, pasarla mal, vivir aventuras increíbles sin moverse del pequeño pueblo de Carstairs, en Ontario (Canadá), tener amigas locas

de remate y conversar con ellas, perderse por un determinado escritor y a veces hacer el amor con un desconocido que va de paso.

Pueden escribir cartas durante años, encerradas en una biblioteca de pueblo, como la Louisa del cuento "Entusiasmo", o convertirse en vírgenes albanesas y vivir de la caza y la limosna en una tribu perdida en Albania, como la Lottar de "La virgen albanesa". Pueden cometer espantosos errores y ser frías y egoístas.

Las mujeres de Munro a veces ni siquiera son vistas por los otros, se desloman en casas y cocinas, y trabajos, sin que nadie aprecie sus labores o intuya las pasiones que ocultan debajo de rostros comunes, quizá prematuramente avejentados y ni siquiera demasiado bonitos. En ocasiones son sometidas por maridos poderosos, brutos y desagradables en la intimidad, sin atreverse o sin fuerza para rebelarse. Otras veces, son muchachas que desaparecen sin que nadie sepa más de ellas. Algunas de repente resplandecen, abandonan sus aburridos vestuarios, se maquillan, se ponen tacos y salen a comerse el mundo. Sufren pero también gozan, mantienen un humor que puede ser ácido o *naive*. Son sabias, aun sin pergaminos ni buenos salarios. A veces se ahogan o se enferman.

Alice Munro hace lo que quiere con el tiempo en sus relatos, va y viene, cambia de voces, no se deja atrapar por las convenciones.

Los personajes de Alice Munro pueden acompañarnos gratamente en los viajes y los tiempos de espera, en medio del vértigo de nuestras vidas de madres, amantes, esposas y laburantes, porque son profundamente humanos, llenos de contradicciones y como dice la autora en una entrevista: "... sé que una idea solo me interesa si tiene alguna complejidad moral, si tiene varias aristas. No es que me guste crear personajes que estén reflexionando sobre problemas morales, pero sí marcar cómo de las decisiones que uno toma, de las rutas que se elige, uno se puede arrepentir tiempo después. Al mismo tiempo pienso que hay momentos en la vida en los que hay que ser egoísta en un grado tal que, luego, de mayor, uno pueda condenarlo. De eso trata ser humano."

Amigas y joyas (20 de marzo de 2011)

Mis amigas son como diamantes pulidos. Con ellas a veces me hago un collar y salgo a lucir la joya con el *cuore* lleno de alegría. Otras veces guardo los diamantes mucho tiempo en un alhajero. No olvido que están allí, pero me distraigo en mis ocupaciones.

Mis amigas son como diamantes de muy diversas formas. Todas son únicas, todas piedras preciosas, pero cada una lo es a su manera.

A veces nos combinamos con más armonía que otras. Formamos joyas que pueden permanecer ocultas durante años bajo capas de tierra inculta. Un día salen a la luz y te encandilan. Las joyas de la infancia pueden encontrarse perfectamente a gusto con las de la madurez.

También ellas cada tanto me guardan o me dejan olvidada un tiempo en un cajón. Eso no tiene tanta importancia ahora.

Yo sé que tarde o temprano volveremos a encontrarnos y a brillar juntas.

(La palabra diamante dicen que viene del griego y quiere decir invencible. Me gusta esa etimología).

Estabas ahí (*In memoriam*, J.H.) (4 de junio de 2014)

*La memoria de los muertos, existente en la infinitud,
puede pensarse como una forma de la imaginación relativa a lo posible.
Esta imaginación es cercana a (reside en) Dios; pero no sé cómo.*

John Berger, "DOCE TESIS SOBRE LA ECONOMÍA DE LOS MUERTOS", EN
CON LA ESPERANZA ENTRE LOS DIENTES.

Estabas ahí,
al menos a nosotros nos pareció
que te reías un poco o te habías mimetizado con el sol calentito que
iluminaba la tarde
para que no nos pusiéramos tan tristes.

Y luego quise llamarte y contarte como había sido que estabas sin estar
como era esta extraña coordenada del tiempo que te puso en otro espacio
te sustrajo a nuestras bromas
y sobre entendidos.
Me pareció que si no te podíamos ver era porque estabas ocupado,
haciendo algo mucho más importante
(cosas que solo saben los muertos)
observándonos quizá desde alguna montaña, caminando con el puchito en la boca a la vera de algún arroyo neuquino,
conversando con los dioses que todavía habitan, aunque se escondan, en las geografías de nuestra pre cordillera.
Ponele.
Que no te habías vuelto del todo tango
ni río que corre.
Como si te quedaran algunas conversaciones pendientes, de libros,
de política, de psicoanálisis, sobre todo
de los amigos.
No sé si al final leíste *El que tiene sed o Israfel*, si lo llevaste de viaje en ese último viaje.
Me dio un poco de rabia que me hicieras trabajar tanto en soledad
sin poder discutir
sin explicarte mejor que en aquel mail que tanto te alegró por qué me parecía que habías logrado el estilo que volvía tu escritura canción para pensar
o para construir.
Nos faltó tiempo.
Tendríamos que haber festejado todos juntos.
Me pareció.
Que te alegrabas por aquello que te dije un día al respecto del estilo de este libro
impostabas la voz,

hacías al presentarnos chistes tontos
te mezclabas entre el público
me pareció que tenía razón el poeta, (lo que dice JB),
que estabas entre los vivos, antes y después
en nuestro futuro,
que anotabas en una libretita algunas discrepancias para después
completarlas
que criticabas o corregías algo de lo dicho
que tomábamos un vino
que comíamos salamines y quesos con los chicos,
(Laika ligaba unas sobras como *delikatessen*)
el jueves próximo
mañana, ayer, que es lo mismo
sí no podemos encontrarnos.

Tres veces al amanecer y el río soy yo **(10 de mayo de 2014)**

El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río [...]

Jorge Luis Borges, NUEVA REFUTACIÓN DEL TIEMPO¹⁸

La filosofía política está preocupada por el tema del espacio.

Desde Arendt a nuestros días o, más bien, si se quiere, desde los griegos a nosotros, la reflexión acerca del uso político del espacio, o del espacio como condición de las relaciones, y de las relaciones políticas en particular, son tópicos habituales.

El arte es impensable sin la dimensión espacial. Las artes plásticas, hijas según muchos de la arquitectura, de lo tectónico, son en el espacio. Y bueno, sabido es que en la música y en las artes escénicas,

¹⁸ Borges, J. "Nueva refutación del tiempo", en *Otras Inquisiciones*, 1952.

además, desde el círculo mágico de las primeras representaciones “teatrales”, la dimensión del tiempo se agrega significativamente.

El tiempo es la otra gran coordenada humana.

Y no solo para que Borges y los físicos bromeen.

La finitud, la vida y la muerte, la memoria, la percepción del pasado y del futuro, capacidades exclusivamente humanas (anticipar lo que no existe, imaginarlo, evocar lo que ha sido pero ya no es) son algo increíble con lo que nos acostumbramos a vivir y acerca de lo cual han reflexionado científicos, artistas, religiosos, locos, y hombres y mujeres comunes.

Nada nuevo.

Pero aun así, no podemos evitar seguir escribiendo, pensando, discutiendo acerca del espacio y el tiempo, que es algo así como discutir acerca de las relaciones (incluyendo el amor y el odio) y la vida y la muerte. Y es también hablar de la enfermedad, que siempre reduce de algún modo los espacios posibles de habitar, y fija límites al tiempo, a nuestro tiempo.

Como lo hace Alessandro Baricco en esta breve y atractiva novela. Porque, ¿qué pasaría si nos encontráramos, dos individuos, únicos, especiales, irrepetibles, tres veces al amanecer, pero en distintos tiempos? ¿Qué pasaría si vos, hoy un adulto, hombre, lector, te encontraras con ella, niña, asustada, huérfana, huyendo? Y luego se volvieran a encontrar nuevamente, sin la apariencia de paridad de edades o situaciones o contextos que favorecen, al menos en principio, la afinidad y la conexión?

¿Somos siempre los mismos, cambiamos realmente a lo largo de la vida, nos modifican en lo esencial las experiencias?

Tres veces al amanecer es una novela corta de Alejandro Baricco que nace de otra: producto de una ficción, de pronto cobra forma de libro, ya que en una de las páginas de Mr. Gwyn se hablaba de esta obra atribuida a un apócrifo autor angloindio, Akash Narayan.

“Dos desconocidos, un hombre y una mujer, se encuentran tres veces en el vestíbulo de un hotel, poco antes del amanecer. Cada encuentro es único, y primero, y último: aunque se trate de los mismos personajes, sus destinos se cruzan en tres momentos distintos de sus vidas. Son dos adultos, primero; luego, un anciano portero de noche y una adolescente; finalmente, un chico y una policía ya madura, según una lógica temporal que no es la que se manifiesta en nuestra rígida realidad, sino que solo resulta viable en la privilegiada mecánica de la ficción. Cada encuentro exigirá de ellos una elección cuyas repercusiones conformarán el resto de sus vidas”, sostiene la reseña oficial de su editorial, Anagrama.

Alguien acaba de escribirme (un mensaje) para pedirme que escriba un artículo sobre un amigo que ha muerto. Ese amigo era además, un maestro, un jefe, un compañero, un lector y un lector de este blog, incluso.

En mi último cumpleaños, además de hacerme una gran broma como era su costumbre con un regalo absurdo, me regaló una novela de Pamuk que, por razones que no logro explicarme, o más bien sí, no puedo leer todavía. Pero me dijo: estaba entre esta y una de Baricco, que me encanta. A mí también, le digo. Puso cara de consternado, ¿hubieras preferido la de Baricco? Me preguntó. No, me apresuré a medias mentirle. No porque no me guste Pamuk, sino porque andaba en un momento “bariccoso”. Así fue.

Leo ahora esta novela de Baricco, hace unos meses que J., mi amigo, ya no está, y me preguntaba si de algún modo no tuvimos, él y yo, una relación de esa naturaleza, a lo largo de casi tres décadas, en donde nos encontramos siendo nosotros en distintas variantes, afectándonos profundamente casi sin notarlos.

Y también me pregunto si nos quedará pendiente otro encuentro, en otro amanecer, en que él me cuente que leyó “eso sobre la novela de Baricco que escribiste un día, cuando yo estaba muerto...”, por ejemplo.

Supernovas, amigas, enanas blancas, *old boy friends* y cachorros que se van (16 de junio 2013)

[Se recomienda leer luego de observar el cuadro *Niña con regadera*, de Renoir, 1876]

No sé si se le agradece a Dios o a la vida, o al destino o a la suerte, pero a quien le corresponda, qué dicha inmensa, qué intensidad de pasiones, solidaridades, celos, ensoñaciones, alegrías, las amistades femeninas.

D., por ejemplo, aplicando —en nuestras charlas de chat transoceánicas colectivas— esa síntesis del rigor de la palabra analizante, la bruta cachetada (*just in time!*) que en algún momento todas necesitamos recibir de una amiga, genial, con toda la acidez de una inteligencia que sabe, sobre todo, amar.

M., que baila y baila y baila, como si su pollera estuviera girando al viento Céfito y tuviéramos *again*, ¿cuántos? quince, veinte, treinta, cuarenta, lo mismo da. Ella bailando, hermosa, madura, nosotras sin entender nunca del todo el lenguaje pero disfrutando igual (dejando que ante nuestra vista dancen los colores, la música, el goce de los vestuarios); la noches, los vinos, los relatos de viajes, de niños, los zapatos glamorosos de nuestra habilidosa artesana; el lamento porque no vino nuestra *dogilness* (pongámosle este apodo neológico); la charla sobre mellizos que aún usan pañales, de la primera de las “nenas”, que nos da este tremendo susto del choque (¡¡¡si lo agarro al hdp que osó ponerla en peligro!!!), si yo la estoy viendo todavía tomando la teta de su jovencísima mamá en el departamento de la calle 16... Las princesitas de Renoir del barrio Hipódromo; los hermanitos de City Bell; los de Bretaña; los de Tolosa; las españolas; el muchachito, guapo, medio nene todavía pero que ya se encierra, como el mío, en el cuarto con la pibita y ¡ay! nosotras cada vez más afuera, más lejos. Pero siempre amándolos (más y más).

Incluso sabiendo que los varones hablan en otras lenguas que nos están vedadas, aunque sean los cachorros que nosotras hemos parido.

Y aparecen en el relato, la animada charla que salta como un sapo de un tema a otro y varios a la vez —cosa que a los hombres los trastorna, los marea, no comprenden— los *old boy friends* como salidos de “One from de Heart” y Tom Waits parece estar cantando en la mesa de al lado, esos que quedaron guardados en los cajones, entre pañuelitos perfumados con ramilletes secos de lavandas, con sensaciones de ternura y alegría, calentura adolescente, y esos otros que metimos en el prontuario de lo desechable, olvidable, los imbéciles, mamerotos, egoístas, narcisistas. Y todos los idiotas que nos confesaron su amor tardíamente. O los arrepentidos de habernos: dejado/traicionado/desvalorizado/celado/perseguido/presionado/no haber sido del todo claro/ocultarte sus verdaderos sentimientos, etc etc,etc. Están, en nuestra vida, los que tienen que estar. La familia que elegimos/pudimos conservar, la que construimos; los hombres, los amigos que tienen que ser.

Otra amiga festeja el cumple en El Mondongo, es del grupo con las que hacemos planes y proyectos colectivos culturales que se cruzan con estas otras y aquellas, porque los mundos femeninos son como galaxias en expansión en el infinito universo de las posibilidades, supernovas que estallan, enanas que mueren, pero dejan esa cola brillante de polvo estelar que alumbra lo que no existía; hay chateo con el grupo LV; viene documentalista Sofía Coppola de Ringuelé; esta la que tiene hijitos pequeños y esa noche festeja el cumpleaños del más chiquitín de la prole de esta antigua tribu con tantas ramificaciones.

Las culturosas, las de los libros, las de la primaria, las de colegio, las del laburo, las de la vida, las de facu, las veinteañeras, las setentonas, todas, las que se enteran de golpe que han hecho algo bueno con sus hijos porque no les temen, porque pueden contarles que cambiaron de carrera, que son gays o lesbianas, que militan en un espacio político opuesto al de ellas, que se van de viaje, que les gustaría estudiar

algo que los hará cagar de hambre o poner en peligro y nos lo bancamos, los bancamos, nos bancamos.

[ver alguna imagen de *Las vírgenes suicidas*, de S. Coppola, 1999]

Porque todavía hay una adolescente alocada, enamoradiza, dispuesta a tomar riesgos, a transgredir un poco, con las hormonas (una vez más) revueltas, empezando otra etapa, lo que fuera, que tal vez tenga fecha de vencimiento y dolor y enfermedad pero igual estaremos, están y estarán (echando luz sobre algunos misterios, como las estrellas que estallan al morir) porque parecería que no hay nada más mudable, y a la vez más permanente, que nuestra condición de mujeres.

No me dejen amigas. Siempre seremos las muchachas en flor.

Capítulo 4

Escribir, lecturas y escritores

Seda, Gesell y la nostalgia (14 de febrero de 2013)

Morir de nostalgia por algo que no vivirás jamás.

Alejandro Baricco, SEDA

A la tarde en la playa leo *Seda*¹⁹, la novela de Alejandro Baricco.

Esto sucede en Gesell, mi segundo lugar en el mundo.

Como el protagonista de la novela (que no es novela, según su autor, sino una historia),

Hervé Joncour, siento nostalgia de lo que no fue. La historia ocurre en el siglo XIX, Hervé Joncour, ciudadano francés, realiza varios viajes a Japón. Japón es casi el fin del mundo, una isla que permanecía aislada precisamente y no mantenía relaciones comerciales ni siquiera con China o Siberia. Ciudadano responsable de Lavilledieu, pueblo que vive de la industria de la seda, Hervé Joncour viaja para adquirir huevos de gusanos de seda a fin de surtir a la industria de su pueblo. Deja, cada vez que viaja, a su esposa Héléne, quien tiene una voz hermosísima.

En el Japón conocerá a una mujer misteriosa cuya voz permanece encerrada en el silencio, como los pájaros en la pajarera que su amo, Hara Kei, ha construido para ella, como los anillos de flores azules de madame Blanche en el burdel de Nimes.

¹⁹ Baricco, Alejandro, *Seda*, Anagrama, Buenos Aires, 2009.

También en mi infancia hubo años de gusanos de seda, de morenas, pero sin industria ni cálculo, solo por el placer y la curiosidad.

Y el mar, la playa, el pinar más allá, la curva de la capilla, la esquina de la alameda, los sitios de mi vida descalza, la infancia.

Papá. (Yendo con él a recolectar hojas de mora en el bosque platanense, juntando almejas en la orilla del mar gesellino (había almejas, berberechos, entonces, y se podían comer, además).

Como Hervé Joncour, siento dolor y deseo, nostalgia de los amores que no ocurrieron nunca, de la escena que evoco y no sucedió, de la caricia sutil de la seda que es como el roce de la nada pero nos marca para siempre.

Otros amores del mar.

Todas las vidas posibles y los caminos que no tomamos.

Los viajes que no hicimos a Japón.

Como los lobos (25 de noviembre de 2018)

Creo que podría guionarlo.

Y, en él, a otros.

Había comprendido que amaba así, si es que eso era amor: quizá empujado por ese vacío que era como el fuego de la acidez que nada calma, saltando de cuerpo en cuerpo, buscándose.

Amaba así, descuidado, irresponsable como un niño tiranizando a una madre demasiado madre y a un padre siempre en fuga.

Quizás. Desesperado. Meando el territorio, vagando por el bosque, siempre hambriento.

Repetía diálogos y estrategias, tal vez se daba cuenta, tal vez no. Usaba las mismas palabras, las mismas miradas, las mismas canciones, los mismos poemas, los mismos llantos, las mismas bromas para distintas mujeres.

Llevaba una vida mordiéndose la cola.

Perro bravo, perro loco, perro malo.

La rabia juvenil se le había hecho pasión por los espejos, buscaba su reflejo incluso en lagos congelados.

Había días en los que sentía un lobo capaz de conducir, cuidar y alimentar a su manada en medio de los bosques más hostiles, y se sentía satisfecho, como un hombre después de acabar, pero más.

Salía entonces con espuma en la boca a la caza de nuevas presas, sin medir más que la necesidad de la hora, sin demorarse. Como si estuviera hecho de instinto animal y no de palabras que nos dieron los dioses.

Otras veces era apenas un cachorro abandonado que, en ese cuerpo ya cansado, buscaba la protección de sus ancestros.

Cuando se volvía de esta especie, me había hecho presentir que nos parecíamos un poco y que podíamos hablar una misma lengua, pero no era cierto. Apenas un espejismo en el desierto. En verdad, no hay en él oasis, solo hay desierto. Vivía el instante y se aburría rápido, se sacudía el pelaje y ya no quedaban rastros de tu paso por su vida.

Era capaz de lastimar con sus zarpazos, mordía y arrancaba pedazos de carne por deporte, para mantener afilados los colmillos, las uñas, lo salvaje.

Tal vez lo hacía por desesperación.

Como sea.

Traía arrastrando en las mandíbulas las pruebas de un nuevo triunfo, te tiraba ahí a la vista la confirmación de su potencia viril. Era como si te pegara una piña, justo cuando vos ya habías terminado la pelea y te habías aliviado de tus enojos, y te habías ido a navegar.

Lo había querido querer así, tal como lo percibía, pero cuando te relajabas llegaba la mordida brutal del animal tempranamente herido y desconfiado. No podía evitarlo.

Yo conocía otros lobos, monos de la selva, escorpiones, pavos reales. Yo era un poco también a veces de esa estirpe salvaje que lucha por sobrevivir y ser amada, cada vez que una mirada me adivinaba el deseo.

Y entonces, escribir.

Escribir, me preguntan sobre escribir. Si escribir lo íntimo, si hacerlo acerca de esto le dará carnadura, si el peso de la palabra escrita hace más pesada la mochila. Si el miedo de morir nos apremia a escribir. Si escribimos para vengarnos o para hacer justicia. Si escribimos para que nos amen, o para que nos comprendan.

Si perdonamos las injurias porque estamos hechos un poco de materia divina y no solo de barro y diablos, o si sencillamente lo hacemos para aliviar el equipaje y seguir andando.

***Home is were it hurts* (14 de octubre de 2019)**

"Home is were it hurts":

(cita indirecta de Amélie Nothom
en GOLPEATE EL CORAZÓN).

En medio de mareas verdes y días de intensidades emocionales muy fuertes, leo una novela que es como su propio título, *Golpéate el corazón*, de Amélie Nothom.

Golpeó mi corazón, como me había anticipado M., quien sufrió del mismo efecto al leerla.

Tengo como el golpe rebotando todavía, pegó justo cuando la oscuridad avanzaba en corazones muy queridos y cercanos.

Como cuando una niña dorada estira el puño y no terminas de saber si está en posición de lucha o está pidiendo ayuda, o las dos cosas al mismo tiempo.

A veces nos cuidan las personas a las que deberíamos cuidar, y a veces es al revés.

A veces lxs más pequeñxs deben cargar demasiadas cruces propias y ajenas.

El corazón traicionado de esa forma no puede sanar fácilmente. A veces hace falta hundirse en un abismo cada vez peor para poder

emerger y reconciliarse, al menos un poco, con ese territorio de la infancia que, si ha sido muy dolorosa, parece que no deja de sangrar jamás.

Y a veces, casi siempre, es el dolor el que engendra nuestras grandes fortalezas, vocaciones, compromisos.

Y aun así, a veces nos preguntamos ¿hace falta tanto dolor para las pibas?

El arrebato de lol V. Stein. Una lectura acalorada. 2 de febrero 2015.

*... solo pretendía amarla con toda su alma
lo más perfectamente posible, lo que hizo durante mucho tiempo
hasta que ella se percató.*

Margarita de Navarra,
"LA MUERTE DE UN CABALLERO ENAMORADO",
NARRACIÓN IX - EL HEPTAMERÓN, 1542

*El verdadero rayo, el que nos hace sucumbir,
es el encuentro con un hombre.*

Marguerite Duras, LA PASIÓN SUSPENDIDA.
ENTREVISTAS CON LEPOLDINA PALLOTA DELLA TORRE

Leo *El arrebato de Lol V. Stein* —publicada en 1964—, de Marguerite Duras.

He sabido de esta novela casi desde siempre. ¿He sabido? ¿Qué he sabido? El título, por ejemplo, opera como un significante que establece un código de pertenencia a la cultura contemporánea en estas latitudes que habito. Y en otras, claro.

He sabido de la novela por mi analista, por amigas analistas, un poco menos, quizá nada, por otra clase de lectores.

He escuchado de la novela también porque la locura es una posibilidad a la que muchos tememos, con la que hemos tenido contacto, es un arrebato, a veces sin retorno, del ser.

La locura, el abismo, es lo desconocido, allí donde vive (o no vive) Lol.

Entiendo que es un libro de culto en el campo psi, por la lectura que hace del texto Lacan en su homenaje a MD, y la devolución a esta que hace Marguerite Duras, una Marguerite de Lacan que es más Marguerite que otras.

Tal vez.

Pueda decir.

Por supuesto que no entiendo bien a Lacan, lo cual no me impide intentar una y otra vez leerlo, acercarme a sus textos no como mosca que va la miel, sino como un insecto atraído hacia la luz, pero consciente de sus limitaciones de comprensión. No sé si busco respuestas en sus escritos, sino preguntas... Algo capto, algo alumbra en mí, algo me interpela y creo entender, siempre hasta ahí, como caminando sin gravedad en un planeta un tanto extraño. Como cuando nos proponen un léxico nuevo, atractivo, que nos recuerda en sus ecos la lengua materna, pero con vocablos que de pronto irrumpen en el discurso y nos desconciertan, nos sumergen en una ignorancia curiosa, hambrienta.

Así que, todo lo que esta novela tiene para abrir, para decir, en ese campo, mejor.

Solo sé que Lol, ese "ser-de-tres", ese vacío, esa mirada que busca ser incluso sin cuerpo, esa nada, esa vacuidad que repite rituales del orden burgués, calculados, fríos, es como el reverso de su pasión arrebatada, ese fuego que en lugar de dejar cenizas, o memoria, o dolor, ha dejado en ella vacío. Una opacidad, por así decirlo, casi tan oscura como las luces de las arañas del salón de baile de T. Beach.

Esa locura de Lola Valerie Stein, de Lol, esa locura que es temida y observada por Tatiana Karl, por su amante, por el amable esposo Jean Bedford, me recuerda los bordes por los que transitan otras vacuidades.

No hay angustia en Lol (aunque les imponga a los otros esa ley), pero entonces... ¿qué hay en ella?

Al parecer no hay dolor en su no ser, hasta que la vida irrumpe, hasta que el deseo irrumpe y el deseo es para ella el pasaje a la locura. Ella dice: "Ya no estaba en mi lugar. Ellos se me llevaron".

("¡Ellos se me llevaron!" ¿Se puede escribir algo así, tan genial, tan preciso?)

Y luego está esa prosa de Duras, esa prosa que es como poesía novelada, casi perfecta, sonora, como si la materialidad de las palabras tuviera una presencia en uno, hiciera eco en nuestro pecho, marcara el ritmo de nuestra respiración...

Nos toca (pero de verdad nos toca).

Porque nosotros sí sentimos, no estamos vacíos, es imposible que la lectura de Lol (y de Marguerite) no nos afecte (estamos afectados), pero es una afectación de la palabra escrita, una afectación no solo de la metáfora, de la metonimia, es decir, del uso de las figuras retóricas; de la estructura, de la eficacia con que maneja el entramado MD; de cómo va enrareciendo los climas, de cómo escuchamos la música en el baile o los ensayos del esposo de Lol, con su violín (ausente él, presente en la música que a ella parece dejarla indiferente), de cómo vemos (y miramos) como ve (y mira) Jaques, el narrador (arrebatao)...

No es eso, no solamente eso.

Sospecho.

Es también su textura, el dibujo de las letras, de los sonidos (nos repetimos en voz baja o alta: Lol V. Stein, Lola Valerie Stein, Tatiana Karl, Jaques Hold...)

Porque Marguerite escribe historias de amor, como bien señala Lacan, al compararla con la Marguerite de Angulema del Heptamerón...

Escribe para saber...

Aunque "escribir es tratar de saber lo que uno escribiría si uno escribiera", sostiene M.D. una vez. Y parece que dice que no entendió nada, o casi nada, de lo que Lacan dice que ella sabe en su escritura, que ella escribió, aunque ese desde ya es otro tema. No sorprende.

[De ser posible, buscar en Internet la escultura de Bernini, Éxtasis de Santa Teresa]

Volvamos a Lol y su arrobamiento, su encantamiento, su secuestro, su hechizo, su *ravissement*. Miramos, no podemos escapar de ese mirar a Anne-Marie Stretter y a Michael Richardson (nosotros nos vamos también con ella, al mirar el baile, la elegancia de ella en su traje de noche, la esbeltez de su escote que no es el nuestro, que nuestro amor no mira). La vemos (yo la veo) como cuadros de Modigliani, como películas de Visconti, por ese alto grado de sofisticación, de elegancia, de belleza: como si fuera una escena de *La caída de los dioses* (1969), por ejemplo.

No podemos evitar mirar desde el campo de centeno a Jaques Hold y a Tatiana, desnuda bajo su melena oscura, gozando de sus cuerpos en la cama del Hotel de Bois.

Nosotras sí sufrimos.

Elegimos. ("Lol se casó sin haberlo deseado, sin pasar por el horror de la elección", es decir, sin la pérdida que implica una elección siempre, eso que produce horror por lo que dejamos, perdemos).

Amamos y sufrimos cuando nuestro amor nos abandona.

Sufrimos cuando sucumbe ante la presencia de otra que nos lo arrebató.

No perdemos cuando no nos mira, cuando no arde en su mirar el arrebató del deseo (de nosotras), y también cuando eso ocurre.

Entonces creemos en los gestos de Lol como si fueran los nuestros.

Como si fuéramos M.D. y creyéramos, como ella, que "el amor no existe más allá de unos instantes. Es la imposibilidad misma, real, de cambiar el curso de una vida"²⁰.

Creemos en las parodias, las imitaciones, de otras Lol que sin ser psicóticas se hacen pasar por locas, y encarnan brevemente en esta o aquella persona, les creemos su sufrimiento, sus arrebatos, sus abatimientos, como si fueran otra cosa de lo que son, imitaciones vacías, y muchas otras cosas más que no sabemos.

²⁰ Duras, Marguerite, *La pasión suspendida, entrevistas con Lepoldina Pallota della Torre*, Paidós, Buenos Aires, 2014, pág. 186.

Aclaración:

Pido perdón a los que saben, a mis amigas psi, a los críticos literarios, etc, es solo entusiasmo de compartir mi primera lectura, en esta preciosa edición de *El arrebato de Lol V. Stein* de Tusquets (2010), cuya portada está ilustrada por un autorretrato (*au bord de la mer*) de Romaine Brooks (1874-1970), que me recuerda a mi amiga N.N., desde ya, es más bella y femenina que Romaine pero tiene algo de su languidez, de su misterio, incluso en su corte de pelo y en los ojos redondos y brillantes, y en su elegancia).

Sinopsis

Lol V. Stein, con sus radiantes diecinueve años y a punto de casarse, asiste una noche a un baile en el Casino de la playa de T. Beach y presencia un flechazo entre su prometido, Michael Richardson y una mujer mayor y desconocida, Anne-Marie Stretter. Después de bailar toda la noche, ellos se van, lo que provoca una crisis en Lol, que incluye gritos, desmayo y un anudamiento con esta escena. La muchacha cae en un estado de locura y todos en su ciudad natal, S. Tahla, la compadecen por el sufrimiento de haber sido abandonada cuando estaba a punto de casarse. Quien narra este acontecimiento y la continuación de la vida de Lol (que se casa y forma una familia burguesa “normal”) es Jacques Hold, quien diez años después integrará un trío amoroso con Lol y su excompañera de colegio, Tatiana Karl, testigo de la escena del baile.

Milena Jesenská, “el brillo de sus ojos fulmina el dolor del mundo” (16 de diciembre de 2017)

Ella es fuego vivo, como yo jamás había visto [...]. Sin embargo es, al mismo tiempo, dulce, animosa, inteligente y volcada totalmente al sacrificio, o, si se prefiere, lo consigue todo a través de su sacrificio...

Franz Kafka, ACERCA DE MILENA²¹

(Sugerencia: se puede leer este posteo escuchando Pélleas und Melisande op. 5, de Arnold Schönberg, 1903)

Milena ama a Kafka, incluso lo ama por sus tormentos, sus extravagancias, sus oscuridades.

Lo ama como ama Milena: apasionada y exageradamente. Milena no especula ni despliega los artilugios habituales de la histeria. Esa forma de amar suele asustar a los hombres comunes, aunque claro, Kafka no es un hombre común, pero es un hombre. Ella lo reconoce como el genio que es, cuando nadie lo hace. “No sabes nada de alguien hasta que no lo amas”, le dice Milena a su amiga alemana Margarete.

Él, a su vez, valora en ella sus múltiples virtudes, a pesar de que sus inseguridades le impiden a ella darse valor. Le escribe: “Habría que tomar su rostro, Milena, entre las dos manos y mirarla fijamente a los ojos para que se reconociera a sí misma en los ojos del otro y a partir de entonces fuese ya incapaz de ni siquiera pensar las cosas que en ella ha escrito”. Y también: “el brillo de sus ojos fulmina el dolor del mundo” (3 de junio de 1920)²².

Se ven pocas veces en los dos años que dura su relación y, sin embargo, sostienen su amor con cartas. Las de él nos han llegado hasta el presente y se han publicado, las de ella, más dispersas.

²¹ Buber-Neumann, Margarete, *Milena*, Buenos Aires, Tusquets, 2017

²² Kafka, Franz, *Cartas a Milena*, disponible en <https://drive.google.com/open?id=1haSjlqww1-uclnZfujpKtnV-SWT5oirh>

Kafka era un genio y, sin duda, uno de los escritores más influyentes del siglo XX, de los indispensables, aunque él jamás llegó a enterarse. Milena también, pero la historia también está tomada por el discurso patriarcal, de modo que sabemos mucho menos de ella y por lo general se la conoce como “la amante de Kafka”.

Milena había nacido en 1896, en el seno de una familia burguesa mitad burguesa, mitad aristocrática y culta de Praga, y morirá en 1944 en el campo de concentración de Ravensbrück, Alemania. Allí no solo demostrará su enorme energía vital, su vocación periodística que la lleva a intentar conocer y escuchar a los demás, sus críticas a todos los totalitarismos, incluso y pagando por ello un alto costo, al Partido (Comunista, obviamente) en cuyas filas había militado en Praga y por lo cual se enfrentará con otras prisioneras políticas, como ella, mujeres rusas o alemanas que siguen fieles al partido soviético a pesar de las purgas estalinistas. Allí nacerá una profunda amistad con otra periodista y escritora, alemana ella, Margarete Buber-Neumann, que viene de sobrevivir a un campo de reclusión soviético y sobrevivirá también a los nazis. Y escribirá la historia de la amistad con Milena, para homenajearla y reivindicarla.

Ya desde muy joven Milena enfrenta al dolor y se sobrepone, con la temprana de su muerte de su madre tras una larga agonía que deja a la adolescente en el rol de enfermera que asiste a la decadencia, el sufrimiento y el ocaso de la persona a la que más ama. Su padre, autoritario, nacionalista y narcisista, exitoso médico que aspira a destacarse en la sociedad checa, no soporta la rebeldía de la joven estudiante, sus extravagancias, y le impone duros castigos. Sin embargo, ella resiste, elige una y otra vez el camino del amor, la amistad y el compromiso con artistas, bohemios, militantes políticos, feministas. Estudia en el exclusivo Instituto para Niñas Minerva, y muy joven aún, se enamora de Ernst Pollak, un escritor austriaco judío, lo que enfurece a su padre, que le retira todo su apoyo tras casarse con él, por lo que se irán a vivir pobremente en Viena.

En 1919, lee unos cuentos del checo de lengua alemana Franz Kafka, entonces Milena le escribe por primera vez para pedirle autorización para traducirlos al checo. Así se inicia un apasionado intercambio epistolar que durará dos años: de 1920 a 1922, que dará origen a su amor. Es un amor en el que sólo se ven dos veces: unos cuatro días en Viena y un día en Gmünd.

Es un amor plagado de malos entendidos, reproches, intensos y breves encuentros tormentosos y deseos que enloquecen a los amantes. Las *Cartas a Milena* de Kafka así lo muestran. Se escriben todo el tiempo, las cartas van y vienen, las respuestas se confunden, como sucede a veces hoy con los chat, aunque con mucho más arte, elegancia y estilo. Ella no se decide a dejar a su marido; él, me parece, se asusta de la intensidad del amor y el sacrificio de ella. No se entienden, ¿qué enamorados se entienden hablando?

“Pero, niñita (soy yo el que habla así a Medusa), tomas en serio todas mis estúpidas bromas (de žid y nechápu [44] y de «odio»), yo solo quería con ello hacerte reír un poco; el miedo crea malentendidos entre nosotros”²³, le escribe él 13 de junio de 1920, por ejemplo.

Como se sabe, enfermo y deprimido, Kafka muere en 1934. Ella escribirá sobre él para el diario *Narodní Listy* de Praga, que era: “tímido, retraído, suave y amable, visionario, demasiado sabio para vivir, demasiado débil para luchar, de los que se someten al vencedor y acaban por avergonzarse”.

Desde 1920 Milena se convierte en una referente del mundo cultural y comunicacional de su entorno y será reconocida como una periodista muy original, feminista y jugada. En Viena colabora con los periódicos checos *Tribuna* y *Národní Listy* y las revistas *Pestrý týden* y *Lidové Noviny*. Entre 1938 y 1939 edita *Presencia (Přítomnost)*, un importante semanario cultural y político (Praga). Una vez divorciada de Ernst Pollak, se radica nuevamente en Praga, la ciudad que ama (Margarete cuenta que en el campo de concentración ella se presentaba

²³ Ibídem

como "Milena, de Praga", sin mencionar su apellido, que le parecía menos relevante que su ciudad).

"A Dios gracias, no se puede matar el amor. Es más fuerte que todas las barbaries".

Se casará con el arquitecto checo Jaromír Krejcar y en 1928 nacerá su hija Jana, y ambos militan en el Partido Comunista Checo, pero al conocer los crímenes de Stalin, se volverán muy críticos. El matrimonio no dura, Milena comienza una etapa de intensa actividad profesional y a la vez, mucha tragedia, se hace adicta a la morfina, se desencanta del comunismo, apoya a los judíos que están siendo perseguidos por los nazis. Es decir, elige la libertad y el sacrificio.

Pagará un costo por sus posicionamientos públicos: la Gestapo la detiene en 1939 y la recluye hasta su muerte en el campo de concentración de Ravensbrück, donde se convierte en enfermera.

Solidaria, valiente siempre, preocupada por las demás prisioneras, no se aviene a perder su humanidad, a convertirse en un desecho, una cosa con la cual los carceleros opresores pueden hacer lo que quieran. A pesar del quebranto físico de la enfermedad y el hambre, organiza espacios para poder seguir conversando de arte, literatura y política con su amiga Margarete Buber-Neumann, para hacer de esos diálogos una especie de isla que las salve del estado de muertas vivas en el que están sumidas la mayoría de las prisioneras, quebradas.

"A Dios gracias, no se puede matar el amor. Es más fuerte que todas las barbaries", le dice Milena a su amiga, al contemplar las miradas de las prisioneras que aun degradadas a la condición de objetos, pueden brillar cuando se cruzan con el brillo de la mirada de otro prisionero de un barracón lejano, o un joven soldadito SS que se juega la vida por amor a una gitana.

Milena muere en el campo de concentración en 1944, debido a una infección renal.

La pasión de Duras (28 de abril de 2014)

“No es el sexo —el hecho de que la gente esté en una especie de decoloración sensual— lo que me interesa. Me interesa lo que se encuentra en el origen del erotismo, el deseo. Lo que no se puede, y quizá no se debe, apaciguar con el sexo. El deseo es una actividad latente y en eso se parece a la escritura: se desea como se escribe, siempre”, afirma Marguerite Duras (1914-1996) en *La pasión suspendida. Entrevistas con Leopoldina Pallota della Torre*. (Paidós, Buenos Aires, 2014). Habla allí también de sus clásicos temas: la madre, los amantes, los homosexuales, la política, la guerra, Indochina, la Resistencia, la escritura, el alcoholismo, la maternidad, el dolor, su hijo, el amor, las amistades femeninas, los viajes.

Sobre todo, yo diría, la escritura. Y lo que les ocurre a los escritores, atravesados por el exterior, siempre algo ausentes del estar donde se supone que están, siempre un poco en los márgenes.

Nada que ver con una visión romántica del arte, sino más bien la pasión del trabajo de escribir y sus circunstancias.

Es muy interesante su visión del dolor. Cree que somos las mujeres las más expertas en esto, debido a la maternidad, a la experiencia de ponerle el cuerpo a otro, aun a sabiendas que el parto dolerá (y todo lo demás que vendrá también). Dice: “Se puede mentir sobre muchas cosas, pero no sobre la sustancia misma del dolor”.

Criticona, alcohólica, mito viviente de la Francia de Mitterrand, admirada por Lacan, releída y reinterpretada por sus seguidores, parece que al conocer lo que Lacan había escrito sobre su trabajo, en su homenaje, ella dijo no haber entendido nada de lo que este había dicho²⁴.

²⁴ Lacan escribe sobre *El arrebato de Lol V. Stein*, novela de 1964. Y dice allí que “es precisamente lo que reconozco en el encantamiento de Lol. V. Stein, donde Marguerite se muestra sabiendo sin mí lo que yo enseño”. Lacan, Jaques, “Homenaje a Marguerite Duras”, traducción Hugo A. Savino, en <http://es.scribd.com/doc/23044056/Lacan-Jacques-Homenaje-a-Marguerite-Duras>.

Ella se da el lujo de escribir lo que quiere y decir lo que piensa, aunque sea políticamente incorrecto. Me gusta, por ejemplo, cuando provoca: "Si se piensa en alguien como Conrad, no se puede seguir hablando de Sartre como un verdadero escritor". Del mismo modo critica a los que escriben pensando en un premio y a los jurados de los concursos literarios incapaces de aceptar a escritores innovadores, y así. Contra el *establishment*, rebelde, iracunda, caprichosa. Marcada desde su infancia por el desamor de su madre, esa herida que nunca cesa, la soledad, el silencio, la palabra en la escritura, la sucesión de amantes, el dolor, la guerra, las contradicciones ideológicas, la participación en la Resistencia, la militancia en el comunismo (será expulsada) despertaron en los otros, por ella, pasiones: amada u odiada.

Marguerite habla de la pasión de la escritura, la pasión por el trabajo, (que incluye teatro, guiones, cine) el deseo de escribir y de cómo la escritura obliga a muchos distanciamientos, tal vez, para ver mejor, porque como ella misma termina por sostener:

"Yo soy una escritora, no vale la pena decir nada más" (*C'est tout*, de 1995, su último texto)

Siempre nos quedará París (30 de enero de 2019)

Todo amor es desesperación, ese es nuestro secreto.

Joyce Carol Oates, LA PLATAFORMA

*... para mí el amor va de la mano con la tristeza.
Nunca pude amar sin estar un poco triste,
pero esa ya es otra historia.*

Luciano Lutereau

Mi amiga V. me pregunta si sigo viendo a un fulano. La última vez que hablamos le conté que andaba en algo con ese hombre.

Nos vemos.

Salimos.

Andamos en algo.

Tenemos una historia.

Chongueamos.

Curtimos.

Mantenemos relaciones sexo-afectivas.

Cogemos.

Somos amigos con derechos.

Es un amigo solidario.

Y etcétera etcétera para nombrar formas del amor sexual y, a veces, del amor de pareja, así, nomás.

Porque en estos tiempos estamos siendo transformados y no decimos a la ligera algunas palabras que podrían suponer compromisos que ya no. Novio. Pareja. Compañero.

Me gusta la palabra *amantes*. Creo que sintetiza las distintas formas del amor erótico, los desencuentros y ocasionales encuentros, y puede tratarse de matrimonios, de ocasionales y clandestinos encuentros furtivos, de vínculos que se sostienen en el tiempo, de muchas variantes que implican el amar, que es en y con los cuerpos, el amar sexualmente y tanto más. O menos. Los que aman, ya lo sabemos, ya tan maravillosamente lo escribieron Bioy Casares y Silvina Ocampo, odian.

Hablar de amor es ya un riesgo y escribirlo mucho más. Incluso, porque abre la posibilidad a que algún amante lea estas palabras y no pueda evitar pensar que soy yo (la persona, no la narradora) y que es él (nombre, apellido, DNI) y no la materia de un escritura que es fantasía y ficción. Como todo amor.

En cambio, decir que alguien nos gusta en la era Facebook es fácil, aunque sea difícil que alguien nos guste.

Mucho más difícil es decir que *we fall in love*, expresión que —ya expliqué en varias ocasiones— es la más precisa para describir al menos mi forma de enamorarme.

Enamorarse es algo excepcional, bendición de estar vivos, maldición de penar.

No hay deseo sin herida, ya lo dijeron los grandes como Berger, Lacan, Barthes, Duras, Charly García.

No hay amor sin pasar por la herida del deseo.

Pero.

No, le respondo a V., ya no me veo con el Fulano ese. Ya ni me acuerdo, una no historia.

Y ahí la variable tiempo enloquece los almanaques.

Cuando veía a ese hombre solo intentaba dejar de penar por otro hombre que, a su vez, era la exacta representación de mi manera desesperada de enamorarme. Desesperada como esos personajes juveniles de Joyce Carol Oates, aferrados al amor que lacera y conmueve, que termina, pero no finaliza y vive de otra forma, pero siempre asociado a la tristeza de todas las promesas incumplidas.”

El enamoramiento miente, siempre.

Por eso aliena, y después desilusiona.

No le digo eso a V. todavía, pero le menciono que veo a alguien más.

No quiero entusiasmarlo con palabras.

No voy a decir más que estrellas, noche, campo, música, vino.

Tal vez un encuentro hedonista pueda disipar las heridas de las almas rusas que soñaron con mundos posibles, que eran en realidad imposibles. La vida es insistente. La noche en verano es como una droga que abraza y abrasa.

Que el amor cambia de forma y no se termina, vaya si lo sabemos después de sobrevivir a varias muertes.

(Pero primero hay que atravesar esas muertes que suceden a esas otras ansiadas *petites mortes*).

Lo sé cuando me escribe para compartir su ansiada felicidad conmigo, nombrar lo que impide nuestro encuentro, que ambos fantaseamos muchas veces, sin dejar de declararme una vez más lo mucho que piensa en mí y lo que le provoco. Yo lo leo y me río, y nos veo caminando una tarde de tormenta de verano en la orilla del mar, cuando éramos adolescentes y mi corazón temblaba cursivamente por un beso suyo que se demoraba. Y él, en cambio, ve una noche de invierno en

Buenos Aires, y en la alfombra de su departamento; un encuentro primaveral en la terraza de su piso del centro, y un atardecer en mi jardín platense, como si fueran escenas sucesivas de su Kama-sutra personal. ¿Cómo no quererlo si soy para él siempre eros y belleza aunque pasen los años? Y ambos sabemos que siempre nos quedará París.

En cambio, si en lugar de ir por el camino de Swann voy por el de mi Méséglise local, aunque ya no doy rodeos para evitar los lugares peligrosos, lo único que encuentro es la cripta de mármol, la frialdad de un silencio quizá culpable que se hace enojo porque no pudo amarme como yo, tal vez, hubiera podido, y en cambio de amor, se transformó en castigo y venganza.

Y yo, que ya casi empecé a perdonar (una forma del olvido), y dejo volar mi pelo suelto con la ventanilla baja por la ruta que lleva a otros viajes donde soy al parecer bien esperada, escucho nuevas canciones y acepto —con algo de dificultad— que sin esas, tus crueldades, yo no podría haber vuelto al amor.

***Cómo ser buenos, de Nick Hornby*²⁵ (o de cómo parece imposible dialogar en un matrimonio) (19 de enero de 2014)**

Si es por culpar a alguien, culparé a D., ya que fue por ella que conocí este libro y luego, anduve hace unos meses buscándolo por librerías de aquí y allí hasta encontrar un ejemplar en Buenos Aires que le llevé a D. (por darme el gusto de ver que le brillan los ojos y para poder hacer como que somos malas.)

Y no lo somos.

²⁵ Hornby, Nick, *Cómo ser buenos*, Barcelona, Anagrama, 2004.

También es por esta tristeza instalada bajo la piel, que cada dos por tres me lleva a pensar que no es posible que J. se haya muerto (lo escribo, lo digo, y me parece ficción).

O por este calor agobiante y el no haber tenido vacaciones. Y seguir todavía cargando la mochila de un 2013 que duró una década.

O por no tener un mango ni la menor idea de cómo afrontar estos próximos meses, la vida, las necesidades diarias. (Entonces me da por pensar que para los latinoamericanos, salvo los ricos, el futuro siempre conlleva la inquietud por la supervivencia y el aburrimiento de un mal matrimonio no alcanza a ser un tema “central”, pero tal vez me equivoque).

Como sea, igual me distraigo de las lecturas que tengo que hacer (por trabajo, porque están pendientes, porque me comprometí con alguien, para preparar las clases, etcétera) y las tareas de escritura (corregir mi novela, pongamos por caso, un artículo que debo) y me siento a leer *Como ser buenos*.

Y me río y me amargo, como si estuviéramos charlando en el living de D., con Z., con C., (con M.S. de manera virtual), como si no estuviera sola en el jardín.

Y leo.

Esta especie de tratado acerca de los desencantos del matrimonio satisfecho, confortable, burgués. En primera persona, irónica, inteligente, una mujer escrita tan bien por un varón. Sus monólogos, imaginaciones, la construcción de un pensamiento femenino que parece condenado a no comunicarse con él (marido/novio/amante).

De cómo cuenta Katie Carr, madre, médica, esposa y buena persona, sobrelleva el vivir con David, un hombre que siempre está ofendido, que tal vez de joven hizo del sarcasmo y del cinismo una pose —algo esnob, para seducir, o para hacer reír, o para ganarse la vida escribiendo artículos periodísticos medio malos—, pero terminó convirtiéndose en un cínico de verdad.

Un conservador en todo “menos en política”, de esos que abundan hoy por hoy, que destilan su veneno, su odio, su resentimiento bajo la

forma de indignarse con cuestiones que no conlleven una mala imagen de sí (no dirían, por ejemplo, que hay que matar a los pibes chorrros, o que hay que echar a los negros de Inglaterra —dicen inmigrantes “afro”, en todo caso—), pero es igual, porque aunque cambien el blanco de sus diatribas, su odio reaccionario está, y se dedican, como en este caso, a emponzoñar el clima de su hogar y de su familia, como si el mundo les hubiera negado el reconocimiento que merecen, no se sabe muy bien por qué. Y eso, a pesar de que tienen una vida muy comfortable.

Una novela que empieza: “Estoy en un aparcamiento de Leeds cuando le digo a mi marido que no quiero seguir casada con él. David ni siquiera está en el coche conmigo. Está en casa, cuidando de los niños, y solo le he llamado para recordarle que debe escribir una nota a la maestra de Molly. Lo otro... bueno, lo otro es como si se me escapara de los labios”.

Un marido ofendido

Pero entonces, después de que ella tiene ese acto tan impropio de serle infiel, justo cuando siente que ya no es la “buena persona” que siempre creyó ser (cuando se da cuenta de que, a fin de cuentas, no soporta más vivir así, que quiere un marido al cual gustarle, que no la agrede, que le preste atención y exprese de tanto en tanto cierta felicidad por estar juntos), David decide convertirse en Bueno —y no simplemente en “bueno”—: un modelo de virtudes, de tolerancia, de paciencia, un ofendido-con-ella-y-la-vida que no por eso deja de ocuparse de sus hijos, de encerrarse en su estudio a no ganar un peso, de reprocharle a ella (que es la que para la olla) por su trabajo, por no ser Buena madre, esposa, y todo lo demás.

Y cierro con este diálogo, de las primeras páginas, que ya anticipa esta imposibilidad de dialogar en el matrimonio:

—Lo siento.

—¿Te importa cómo estoy?

—Si te digo la verdad, David, no necesito preguntártelo. Oigo cómo estás. Lo bastante saludable como para cuidar de dos niños y al

mismo tiempo lanzarme unas pullas. Y muy, muy ofendido por motivos para mí, hasta ahora, oscuros. Aunque estoy segura de que vas a sacarme de tal oscuridad.

—¿Qué te hace pensar que estoy ofendido?

—¡Ja! Eres la viva estampa del ofendido. Permanentemente.

—Qué cojones...

—David, tu medio de vida es estar ofendido...

Puro fuego, confesiones de una banda de chicas, de J. C. Oates y un poco más (6 de septiembre de 2015)

*Somos incapaces de notar las cosas
que nos unen al nivel más profundo.*

A menos que nos las arrebaten.

Joyce Carol Oates, PURO FUEGO.

CONFESIONES DE UNA BANDA DE CHICAS

I. Corazones

Mientras me recupero de una intervención quirúrgica, paso unos días “desconectada” de esa suerte de chip interno que la sociedad de la comunicación ha conectado a nuestras vidas, para que toneladas de información acerca del afuera —y sobre todo, de trabajo— ingrese a diario a nuestros interiores, difuminando los límites espaciales y temporales; afectando nuestras subjetividades vaya a saber en cuánto modos, muchos lo analizan...

Conectada a mi cuerpo, a mi corazón.

Creo que hay supernovas estallando en nuestros corazones, creo incluso que esto es una metáfora, y también es apenas una descripción objetiva.

Leo *Puro fuego. Confesiones de una banda de chicas*, de Joyce Carol Oates. Ambientada en los cincuenta, en plena crisis de la sociedad patriarcal norteamericana de posguerra, en un pueblo de trabaja-

dores sindicalizados, Hammond, cuenta la historia de una banda de adolescentes empujadas por el abandono familiar y de los adultos a los márgenes de la delincuencia juvenil. La banda es liderada por "Legs", Margaret Sadovsky, creadora de la hermandad secreta Foxfire, y la historia es narrada por la cronista del grupo, Maddy. Además, hay personajes como sus amigas Lana, Rita, Goldie, Violette y muchas más. Es un mundo donde reina la violencia, la crueldad, la injusticia, y la infinita ambición de poder del poder. El mal que todo el tiempo confronta al ser humano con su versión más salvaje, más sádica... Los temas de esta escritora. Los temas de la sociedad contemporánea y del corazón del ser humano.

II. Tejidos y carne

Tenemos tejidos quemados en un nodo del corazón: los médicos hoy "arreglan" así las fallas en el sistema de conducción eléctrico que hace funcionar esa extraordinaria bomba que es el corazón, es algo que, si una lo piensa mucho, provoca vértigo, esta precisión, este saber, esta evolución al cuidado de la vida, que convive con sofisticados y tecnologizados métodos de violencia y guerra. Es imposible no hacerse ciertas preguntas, añorar esa idea de perfección presente en todas las formas de Dios que los humanos somos capaces de comprender, incluso, los que dudamos.

Somos preguntas —aunque algunos se empeñen en creer en que somos certezas— y somos carne. Encarnados.

Todo lo nuestro al final se expresa y se manifiesta con sangre, semen, excremento, orina, lágrimas, fluidos vaginales, saliva.

Moléculas que forman células que estallan, células cuyos ADN empiezan a comportarse de manera atípica y crecen y se alimentan a velocidades increíbles y muy superiores a las del resto de los órganos y tejidos... células colonizadoras, invasoras, agresivas. Crean tumores, los ramifican y acaban con nuestras amigas, que eran parte de nuestros corazones; acaban con sus vidas y todo el sentido de nuestro mundo se puede desmoronar de repente.

Ellas traspasan un umbral...

Nosotras seguimos intentando hablarles, verlas, tocarlas, pero ellas pasan a esa suerte de eternidad que es nuestra memoria y con las que solamente podemos hablar, si tenemos suerte, en nuestros sueños.

Quedamos ahí, como en una canción de Bob Dylan, "Knockin' on Heaven's Door".

III. Pandillas de la infancia

Y nos damos cuenta hasta qué nivel profundo estamos unidas a ellas, como "las hermanas de Firefox" de la novela de J.C. Oates; como a esa pandilla que armamos en la infancia o en la frontera de la adolescencia, con esa candidez que mencionaba L., que nos lleva a cometer todo tipo de errores, a exponernos por demás sí, pero también con esa fuerza del deseo, con ese hambre, con ese fuego de vivir y terminar con toda la maldad y la injusticia que nos rodeaba, y con la falta de amor.

Cuán profundamente unidas, nos damos cuenta ahora que nos las arrebatan.

Sus almas son llamas que arden tan intensamente.

Por eso entro a la novela de J.C. Oates como si entrara a mi casa, o a la casa una de mi amigas del alma: a la casa de E., la mamá de D., con L., con F.; entro del mismo modo que si hablara con L. de eso, o con P.; o con Z., o con A., que se recuesta al lado mío en mi cama de convaleciente y me cuenta el final de su perro, con ese amor que ella le pone, y ese compromiso que tiene ahí, que también arde.

Y me iría por ahí con todas, escuchando como las chicas de Firefox, a Rosemary Clooney en el auto...

Como entraba al cuarto de D., antes de abril, con un libro o una película en la mano, pero sobre todo, así, con la llama encendida y sin especulaciones, esas especulaciones que pertenecen a otra clase vínculos humanos, y que no tienen nada que hacer en genuinas amistades que son como las pandillas de adolescentes.

Unidas para enfrentar las injusticias y los dolores del mundo adulto: de las familias que se desmoronan; de las fábricas que echan trabajadores; de las escuelas que rechazan a los chicos y chicas “problemáticos”, aunque sean ellas mismas (las familias, las escuelas, la sociedad adulta) las que generan todos esos conflictos.

Ayer se los acusaba de delincuencia y prostitución, de ser pibes y pibas chorros, promiscuos... Hoy también a esos niños les endilgan todo tipo de sayos psiquiátricos, como manchas y estigmas: son chicos con déficit de atención, con trastornos de conducta, con ataques de pánico... Como si el sistema, como si la sociedad adulta, sus padres, sus maestros, sus médicos, solo pudieran diagnosticar, medicar y sentirse culpables...

IV. El fuego que fuimos

Ahora, vemos como chispas en el brillo de los ojos de otra amiga su fulgor, ese fuego que fuimos con ellas que ya no están, como las chicas de *Foxfire*, la novela de J.C. Oates, ardiendo.

Nos queda el lenguaje, las palabras. Aquello que nos sirve para mentir, para consolarnos, para conectarnos humanamente, para herir.

A veces los arrebatos los provoca la Muerte.

A veces, son otras formas de violencia.

Y están las traiciones, esas desilusiones que son como pequeñas muertes, esas defecciones que son como llamas que se apagan, y no iluminan más.

V. Mientras tanto el mundo escupe odio

Mientras Europa y “el mundo” “civilizado”, “democrático” (dispuesto a democratizar casi todo menos la riqueza, como dice J.P. Feinmann), humanista, occidental, se horroriza ante la foto de un niño asesinado por la codicia capitalista. Con todas las explicaciones y complejidades de medio, en el fondo, la razón es esa, todos lo saben, todos lo sabemos, sobre todo los ricos: la codicia. Es la codicia que inventa guerras

para vender armas, sobre todo, pero también para realizar toda clase de negocios.

Por eso nadie quiere a estos refugiados que incomodan: ni los gobiernos de sus supuestos hermanos en los países musulmanes, ni mucho menos Europa. Por más que disimulen Austria y Alemania dándoles asilo a los que rechaza Hungría. Mientras los ricos sigan vendiendo armas y creando pobres, habrá guerras y emigrantes, refugiados. Cristianos, musulmanes, judíos, agnósticos, budistas, hindúes, todos tienen algo en común: son los pobres, los oprimidos.

Y eso todos lo sabemos.

Lo saben las chicas de Foxfire, la novela, lo saben en los años cincuenta, en la sociedad norteamericana, lo saben en sus carnes humilladas y perseguidas de niñas y adolescentes, lo saben los niños y niñas de todo el mundo. No hay que ser, digamos, doctor en Harvard ni un sociólogo eminente para entenderlo.

Por eso el rechazo de las corporaciones económicas y sus representantes políticos a los

Gobiernos populistas latinoamericanos, que intentan ponerle algún límite a la codicia de estos capitales transnacionales desde los Estados. Los Estados que en los países ricos ya son en general apenas títeres de las corporaciones.

Vírgenes suicidas (1999)

Lo sabe, incluso tal vez antes que la política, el arte desde hace décadas, y también las religiones. Por eso el arte y las religiones son también reabsorbidos por el sistema, deglutidos, como si los engulleran esas madres pájaros que luego le regurgitan a sus pichones: una versión aceptable del alimento para que ellos consuman, sin encenderse, sin que el fuego de la resistencia y la lucha pueda arder en los corazones.

Corazones, electricidad, calor, fuego.

¿Será por eso la idea marxista de la lucha de clases ya no está casi presente en el discurso de los dirigentes de la supuestas izquierdas, que son como versiones de liberales culposos? Hombres y mujeres que se saben confortablemente entregados al orden burgués, que no tienen ninguna intención seria de subvertirlo, que solo quieren pertenecer a este orden, y gozar de sus privilegios, pero... desde ya, sienten un poco de remordimiento, espasmos moralizadores; se sienten mal cuando los niños sirios mueren ahogados en la orilla, cuando los hijos de sus empleadas domésticas, o de niñeras, o cocineras, o empleados de sus pequeñas empresas no pueden acceder a la salud o a la educación... ¿pero renunciarían de verdad a sus propiedades y beneficios cuando ni siquiera están muy dispuestos a pagar sus impuestos?

Apenas, dedos acusadores contra los Gobiernos populistas: que no son revolucionarios ("apenas transformadores", se quejan). ¿Puede el ser humano organizar una sociedad tan diferente a su praxis? ¿Acaso la política puede resolver algo real, algo que cambie la vida de las personas, si se la piensa como hecha solo de ideas y no de la materialidad del ser humano, que es contradictorio, y egoísta, miserable, y ambicioso, y está lleno de conflictos? Crudo realismo. Se quejan de que estos Gobiernos no cambian el modelo productivo, o que no atacan al corazón (otra vez el corazón) del sistema, como si el mundo y el ser humano fueran otros... Como si alguno/a de nosotros supiera cómo tomaríamos el poder y qué haríamos... con los millones de trabajadores que quedarían en la calle si cerráramos las fábricas que contaminan, las minas, si llegara en el mundo la hora de los pueblos, la revolución... qué haríamos... y qué clase de mundo vendrá cuando esos millones de sirios, de nigerianos, de bolivianos, de paraguayos, de mexicanos, de somalíes, de pobres; esos pueblos que luchan no solo en nombre de la igualdad o la justicia, sino en nombre de Dios, que luchan guerras santas; esos que creen en cosas tan diferentes a las que nosotros creemos; todos esos diversos ejércitos de pobres, de otros, esas bombas humanas que interpelan al sistema desde adentro, desde las fronteras, al totalitarismo que es la democracia occidental...

Cuando todo esto estalle...

VI. Y aún tenemos un hogar

[Sería muy largo de explicar, algo extraordinariamente bueno sucede acá, en esta América del Sur, en Argentina, algo que genera alguna clase de esperanza. Algo que el kirchnerismo, por ejemplo, ha hecho posible, como antes ya lo hizo el peronismo; algo que es que millones de desclasados hayan vuelto a ser trabajadores, a enviar a sus hijos a estudiar, a poder acceder a la secundaria y la universidad; a tener cloacas y agua potable; a poder ser asistidos en el sistema de salud pública, a ver espectáculos culturales buenos (de arte, fútbol, etc); a comprarse pilchas lindas, ser ciudadanos tener derechos, no estar toda una generación al margen del sistema o creyendo que la única ética posible es la de los negocios, la ética protestante al servicio del capital; una generación condenada a la delincuencia como forma de supervivencia; eso, crear y creer en un nosotros, como la banda de Foxfire, aunque falte mucho, muchísimo, es mucho más de lo que tiene la mayoría de la humanidad, gobernada por bestias]²⁶.

VII. "Como si el mismo Cielo fuera otra de sus propiedades"

Mientras millones de seres humanos son sometidos a diario a toda clase de humillaciones, de explotación, de torturas, de vejámenes, en especial los más débiles, es decir, los más pobres, y de entre los más pobres, las mujeres y los niños, y los más negros; mientras los ricos calman sus ansiedades y sus conciencias con la religión y sus sucedáneos actuales (porque hay que ver que los ricos, como dice un personaje de Joyce Carol Oates en *Puro Fuego*) no solo son los dueños de las

²⁶ "Lo que nuestra filosofía intenta restablecer al emplear el término armonía es, cabalmente, el sentido de plenitud de la existencia. Al principio hegeliano de realización del yo en el nosotros, apuntamos la necesidad de que ese "nosotros" se realice y perfeccione por el yo. Nuestra comunidad tenderá a ser de hombres y no de bestias" (Juan Domingo Perón, *La comunidad organizada*, 1949, en <http://www.filosofia.org/mfb/1949a128.htm>, consultado septiembre 2015)

fábricas; no solo se quedan con el beneficio del trabajo de miles de oprimidos, no solo son los dueños de las propiedades y las riquezas y las reglas de juego de la democracia y la economía, sino que también se han apoderado de Dios.

Y entonces los pobres ya no tienen ni siquiera ese consuelo. “No les basta con tener varias fábricas y miles de seres humanos empleados, este hijo de puta tiene también a Dios. Como si el mismo Cielo fuera otra de sus propiedades” (Oates, 2008: 428).

Un Dios de los pobres, ya fuera el Cristo resucitado, el San Francisco, la Madre Teresa, un Jehová o un Mahoma que prometen tierras y paraísos para los oprimidos, o Budas que dicen que la calma y la paz está en nuestros corazones; no.

Nada de eso. El Dios que los ricos han construido para los pobres es un predicador televisivo que vomita certezas que parecen dictadas por una máquina de escupir frases políticamente correctas, de autoayuda o fantoches pseudoevangelistas amigos de otros ricos que dan espectáculos masivos en las grandes ciudades, de la mano de los líderes políticos de sus socios ricos, ya sea un Macri, un Donald Trump o Angela Merkel, quien fuere.

Ya ni eso.

Aunque haya un Papa latinoamericano y peronista que puede peligrosamente encarnar para millones de sus coterráneos, para muchos pobres, una idea de liberación, una idea emancipadora... Porque “cuando los oprimidos de la Tierra se alzan, imponen su propia ley”, dice el Padre Thierault en la novela, que es un cura que ya no es cura, un cura que se ha convertido en borracho y vagabundo, un amigo de Legs, la capitana, la líder de Foxfire, la pandilla de chicas de esa “white trash”, de esa basura blanca, las hijas de los trabajadores que se convierten en borrachos y golpean y violan a sus mujeres, a sus hijas, las humillan, las miran como “lobos que persiguen a sus presas”, como los miran y los tratan a ellos los patrones ricos, que después, entre los de su clase, son un dechado de buenos modales.

Todo eso se aprende rápido si una es, por ejemplo, una “delincuente juvenil reformada” en una institución autoritaria y represiva como es el caso de algunos de los personajes de *Puro fuego*, en los años cincuenta, en ese pueblo de Hammond, donde la familia también es una institución de la que solo los ricos gozan, para los pobres está hecha de padres muertos en alguna guerra, en el frente, sin tumbas, allá, en algún lugar de Bélgica, supongamos... De madres prostituidas, o entregadas a toda clase de adicciones, o muertas en abortos clandestinos, o molidas a palos cuando la juventud y la belleza ya no es la coraza que puede protegerlas...

De eso está hecha la vida humana, pero también de amigas, y de perros fieles, y de sueños de liberación.

VIII. Como en el cine, como en las series

Esas mujeres como las *Virgenes suicidas* de Sofia Coppola (1999) o *Inocencia Interrumpida*, como las de las series actuales: *Orange is the new black* o *True detective* —por eso podemos saltar de una canción de Rosemary Clooney a una de Regina Spektor— toda esa basura que vomita la exitosa sociedad norteamericana; pero también Europa, eso que acá los cipayos no quieren ver, nadie quiere ver el interior de la Bestia, el precio a pagar...

Kate Croy era mala y punto (23 de junio 2014)

Tuve una época muy pero muy Henry James (amor, fidelidad, exaltación, Literatura), y *The Wings of the Dove* —en versión castellana de bolsillo descuadernada y destruida por la inundación— se coló incluso en una novela que escribí allá por los noventa y que, por suerte para los lectores, desestimé.

Así que cualquier referencia a esa extraordinaria obra del Gran Maestro de la Ambigüedad y del Decirlo Todo Sin Decirlo pero Insiñararlo Hasta que no Puedas Escapar a la Casi Certeza de Tu Sospecha

(perdón gente sabia y críticos literarios este exabrupto hijo del hedonismo lector) para mí es como cuando en un país extraño, en un aeropuerto internacional, en una fiesta de gente rica que nos hace sentir #fuera del lugar y #extranjeros, alguien pronuncia una palabra en *nuestra* jerga, en nuestro "léxico familiar".

("Abracadabra"; "Depón tu cólera, Aquiles"; "Shalom", *Serendipity*, *Alea lacta est*, Como ser Horace, "¡No seáis palurdos!").

Por eso, entre todas las cosas que cada página leída me revela, en Fresán encuentro siempre a un escritor hecho para mí alma lectora. (Sí, de esos que uno cree que escriben para uno, que nos conocen, que hablan en nuestro idioma secreto, ese incluso que nosotros mismos ocultamos a los demás por fuera del mundo íntimo literario del encuentro autor-lector).

Y cuando en la página 134 de *La parte inventada* (2014) leo la referencia a Kate Croy (una de las dos protagonistas femeninas de *Las alas de la paloma*) estallo en aplausos, emocionado llanto, me pongo de rodillas y como en estado de oración, pronuncio: "O pensar en Kate Croy en *The Wings of the Dove* como en alguien que tal vez no sea mala si no, apenas, alguien que se porta mal. Y, ah, la súbita complicación de comprender (de comprender leyendo) que ser mala y portarse mal, en muchas ocasiones, produce el mismo efecto en los demás. Y si te portas mal más de dos o tres veces seguidas ya eres mala y punto".

Y ay, Dios mío, tan Fresán a la vez.

Tan literatura, pura, dura, blanda, suficiente.

Maravilla.

El tiempo en que Dios podía volver. Para Leopoldo Brizuela (30 de marzo de 2012)

¿Hasta cuándo señor hasta cuándo?

*¿Siempre se ha de sentir
lo que se dice?*

*¿Nunca se ha de decir
lo que se siente?*

Nicanor Parra

En un mundo de tantos simulacros, en el que cualquiera que tenga el suficiente poder y/o dinero puede hacerse pasar por autor de libros e, incluso, de libros de literatura. Y en el que, sin embargo, alguien escribe y pone en boca de E.S. Discépolo: “el fado es canción del tiempo en que todavía se creía que Dios podía volver” (Brizuela, 2010: 92).

En un mundo en que algunos creen tener derecho y poder para tenerlo todo, sin sacrificar ni renunciar a nada, a costa de muchos, de lo que sea (como tener una familia y a la vez “ser libre”; ser grandes artistas; vivir confortablemente, fumar sin riesgo de cáncer; hacerse cirugías estética; triunfar en la “academia”; manejar como Schumacher; ser famosos; poseer la belleza de Marilyn y las joyas de Carla Bruni; coger como una geisha; andar a caballo; viajar por el mundo como turista rico y mochilero aventurero; hacer la revolución; comer en restaurantes *cool*; vivir en barrios protegidos y/o cerrados; fumar porro; ser rockero; ocupar cargos políticos; fundar una empresa a lo Bill Gates; practicar meditación; convertirse al budismo y, a la vez, explotar a los empleados; escribir una gran novela; tener abono en el Colón y en la cancha; escribir el guion para una película; saber vestirse a la moda sin que se note; tener marido —o esposa— y amante; psicoanalizarse pero no sentirse responsable de la vida pública; cocinar con frutos del mar y especies exóticas; cultivar una huerta orgánica y salir con alguien veinte años más joven; ganarse la confianza de los hijos y salir bien en las fotos; conservar a los amigos de la infancia y que no se den cuenta de que somos unos garcas tremendos; competir ines-

crupulosamente por un trabajo y que todos igual tengan una buena opinión de nosotros; veranear en lugares carísimos y renegar por el costo de los alimentos; manejar un Audi y mostrarnos preocupados por la pobreza de nuestros hermanos y volvernos cada vez más tilingos y pretender que no se note; ponerle).

En un mundo en el que ya no usamos categorías como “lucha de clases”, quizá por temor a parecer antiguos, quizá porque el triunfo del mercado ha sido rotundo, quizá porque no se ha leído lo suficiente a Roberto Bolaño.

En un mundo en el que hay muchos opinadores y críticos despiadados de la escritura de otros que esconden bajo máscaras de falsa erudición envidias y resentimientos, lectores que han abandonado el placer de esa condición y se amargan (en lugar de gozar) frente al talento y la belleza de los mundos creados por otros.

En un mundo en el cual para tener “éxito” profesional, laboral, sigue rigiendo en gran medida la aristocrática marca de la sangre, del haber nacido en la familia correcta, el país indicado y la coyuntura Tal o Cual (y si no, recordemos a Nina Berberova, por dar un ejemplo querido).

En ese mundo, en este en el que escribo este post y recuerdo la frase de Bolaño que asocio con Leopoldo (“no soy un autodidacta: todo lo que he aprendido lo aprendí leyendo. Y he leído mucho.”), es un alegría inmensa, justicia poética, expectativa ansiosa del egoísmo de la lectora hedonista que soy, felicidad, que alguien que escribe, enseña y, me atrevo a decir, de manera intuitiva, vive como Leopoldo Brizuela gane un premio como el de Alfaguara.

¡Salud!

Toda pasión apagada (17 de febrero de 2014)

All passion Spent es el título original de esta novela inglesa de una de las escritoras del Grupo Bloomsbury, Vita Sackville West (1892-1962), a quien Virginia Woolf dedicó su *Orlando*.

¿Es posible no abalanzarse sobre un libro que se titula así?

No para mí. Tal vez por eso emerge a la superficie, victorioso, de entre la pila de libros pendientes de lectura, préstamos y regalos generosos de la postinundación. En este caso de P.M., que lee *todo*, conoce a *todos* y mira *todo*. Está esperando hace unos meses imponerse a lecturas que surgen del capricho, las necesidades del trabajo, el estudio para las clases y las correcciones u obras que han generado más ansiedad, que se han impuesto por recomendaciones efusivas, préstamos con plazos más perentorios, las extrañas combinaciones de cómo se vinculan los acontecimientos, los deseos, los libros que leemos en un momento y no en otro.

Viuda a la edad de 88 años de quien fuera un marido autoritario, encantador e importante (exvirrey del Imperio en la India, diplomático y político), Lady Slane se ve al fin emancipada de su esposo y sus seis hijos, todos mayores de sesenta.

La “pobre mamá” al fin puede liberar sus pensamientos, tomar las riendas de su vida, elegir dónde vivir y regodearse en reflexiones que la han acompañado, aunque reprimidas, siempre, como la sensación de que “los acontecimientos tenían como consecuencia resultados aparentemente inconexos” (2005, 61). Tampoco parece muy dispuesta, para el asombro de sus hijos que siempre la han visto dócil y obediente bajo el mando del padre, a aceptar su propuesta de vender su casa para dejarse cuidar por ellos. En cambio, decide vender y mudarse a una alejada casita en Hampstead, para vivir lo que le quede a su manera, sin verse forzada a cumplir ninguna convención ni a hacer lo que se espera de ella. Elige, al fin dueña de esa posibilidad, recuperar sus sueños y hacer renacer, si es posible, la pasión perdida bajo el peso de las convenciones de un matrimonio victoriano y una pertenencia aristocrática.

En la contratapa de la edición argentina de Alfaguara de 2005 (la primera es de 1931), Rosa Montero sostiene de la escritura de Vita: “Toda la elegancia, toda la ironía y, bajo una tersa superficie, una buena dosis de veneno. Una lectura muy sabrosa”.

La novela comienza con la muerte de Lord Slane, baluarte del Imperio. Le sobreviven su anciana viuda, seis hijos mayores y numerosos nietos ya adultos. Pero Lady Slane tiene sus propios planes: la sumisa esposa y complaciente madre quiere, al fin, vivir su vida. Con una escritura elegante e irónica, con ese estilo sarcástico de la literatura inglesa del siglo XX temprano, la autora crea un clima íntimo, algo romántico e idealista, en que los detalles, los silencios, los gestos, hablarán más que las voces y los diálogos de los hermanos que se disputan el hacer con “la pobre mamá” las cosas al modo de cada uno.

Con las limitaciones físicas, pero también la serenidad y la libertad de hacer lo se quiere, la protagonista de la novela parece decirnos que a pesar de la pruebas de la vida, puede haber una revancha. Una oportunidad de ser libres. La posibilidad de sustraerse al poder con el cual a veces nos tiranizan y oprimen ciertos vínculos familiares; nos ofrecen falsas elecciones, para que nos sintamos responsables (también culpables) incluso de aquello que no hemos sido en absoluto libres de decidir. A pesar de las renunciadas y sacrificios que en nombre del deber y de un modelo familiar esclavo del que dirán se hacen, bajo el nombre del “amor filial”, que parece gritar al final de la vida que no puede ser sinónimo de tanto dolor, tanto egoísmo e imposición de unos sobre otros.

Tal vez por su condición de lesbiana en la Inglaterra victoriana, Vita Sackville West comprende en cierta forma, y denuncia con su elegante estilo, lo opresivo de vivir de acuerdo a los deseos y necesidades de otros, las convenciones de una sociedad en la que no hay lugar para todos, ni reconocimiento ni respeto por las elecciones que no se comprenden. Pero también por su pertenencia a un linaje aristocrático y su matrimonio con un destacado diplomático, Vita puede permitirse ser quien es mucho más que otros, incluso, que su amada y admirada Virginia Woolf.

Tal vez por eso, en pleno disfrute de la lectura, mientras a la noche me trago uno tras otro, deleitándome como si bebiera un vino atesorado por sabios bodegueros, los episodios de *Game of Thrones*,

no puedo dejar de pensar en que esa es la vida de la mayoría de los seres humanos. ¿O acaso toda vida no requiere ser sostenida por la pasión de quien la vive? ¿O acaso alimentar a esos pequeños dragones de fuego no requiere de muchos esfuerzos, que en la mayoría de las vidas no encuentran recompensa alguna? ¿Y no está el margen de elección siempre condicionado, la libertad del sujeto, incluso la ética de la responsabilidad, por la situación material, los brutales niveles de injusticia y la estructura familiar en la cual nacemos?

La soledad de los números primos **(17 de noviembre de 2013)**

Existen entre los números primos algunos aún más especiales. Son aquellos que los matemáticos llaman primos gemelos, pues entre ellos se interpone siempre un número par. Así, números como el 11 y el 13, el 17 y el 19, o el 41 y el 43 permanecen próximos, pero sin llegar a tocarse nunca.

El escenario ya estaba listo. Solo faltaba la acción, un arranque frío, instantáneo y brutal, como todos los comienzos

Paolo Giordano, LA SOLEDAD DE LOS NÚMEROS PRIMOS²⁷

Hacía varios meses que no me daba tanta tristeza terminar una novela. Además, últimamente, el trabajo y otras cuestiones me han atado un poco al ensayo y la lectura de esta novela ha sido como volver a casa después de una larga jornada laboral.

“Casa” es alguien que te cuenta bien una historia, que te la cuenta como nadie más te la ha contado, que despierta tu interés desde las primeras palabras en que abrimos ese delicioso objeto por el que

²⁷ *La soledad de los números primos* es la primera novela del licenciado en Física Teórica Paolo Giordano y ha recibido varios premios.

hemos sido seducidos desde el título y el diseño de la portada: *La soledad de los números primos* (2008).

¿Cómo resistir la tentación de comprar ese libro?

Llevaba unos años esperándome allí donde se autorescató de la inundación, casi intacto, aún bello en su aspecto. Lo abrí hace unos días y ya no pude salir del encantamiento.

Nunca antes había entendido bien el asunto de los números primos. La matemática enseña que estos son números solo divisibles por 1 y por ellos mismos. Paolo Giordano, además, nos hace entender (con un escalofrío en la espina dorsal, como diría Nabokov) que “son números solitarios e incomprensibles para los demás”. Alice y Mattia, protagonistas de esta historia, son como los números primos, perseguidos por tragedias que los han marcado en la infancia: un accidente de esquí en el caso de Alice, y su posterior cojera; y la desaparición de su pequeña hermana gemela, en el caso de Mattia.

La adolescencia, etapa fundacional si las hay, los encuentra en los pasillos del colegio y conectan esos solitarios mundos que guardan intramuros, fingiendo para el exterior (sus padres, sus compañeros de estudios) ser “normales”. Cada uno de ellos reconoce en el otro su propio dolor, sus ojos ven en los ojos del otro lo que nadie más puede ver, como nos pasa con esos grandes amigos-amores de esa edad en la que luchamos por ingresar al mundo adulto, y resistimos, a la vez, la pena por la muerte de la infancia, la inocencia y las primeras elecciones que implican pérdidas.

La novela los va mostrando en distintos momentos de la vida, mientras crecen, estudian, trabajan, se perciben, se alejan, se añoran, se ignoran, se buscan y se desencuentran. Mientras tratan de saber quiénes son y ocultar el tamaño inconmensurable de su culpa, la marca iniciática de lo *freak*, de la anorexia, la automutilación, el odio a (o la falta de piedad con) uno mismo. Ese lazo primario de números primos los tiene destinados a esa amistad especial que los une, hasta que Mattia, brillante y genial matemático, tras doctorarse en física, decide aceptar un puesto de trabajo en el lejano de Italia. Tendrán entonces

que separarse durante muchos años hasta que una serie de acontecimientos extraños, como ellos, los vuelva a reunir como se encuentran los imanes, los grandes amores postergados e incompletos, las soleadas más potentes.

Como nos encontramos a veces nosotros con aquellos con los que no hicimos nuestra vida, pero a veces sospechamos que bien podríamos haberla hecho. Pero no.

En la inmensidad del mundo, entre millones de personas y de historias, a veces volvemos a cruzarnos una y otra vez con alguien, incluso podemos llegar a hablar palabras amorosas, compartir placeres sexuales, sospechar el amor, doler por el otro, sin que jamás lleguemos a despejar los obstáculos, el pequeño pero profundo abismo que nos separa. Aun siendo *casi (pero nunca)* pares. Y es ahí que lo oscuro ya no puede ocultarse o reprimirse, a veces, cuando realmente alguien que es casi una parte propia, alguien que es tan íntima como solo pueden serlo muy pocas personas de otras en toda una vida, finalmente mira al otro en la capa más profunda del corazón. Nos desnuda con ese reflejo luminoso de una mira que ya no (nos) sospecha sino que *sabe*.

Lo subterráneo, como la verdad, aflora. Pero ¿dos números primos podrán encontrar la forma de estar juntos?

Escrita por un joven de veintiséis años, publicada en 2008, *La soledad de los números primos* es habitación húmeda pero cautivante de la literatura contemporánea, un paseíto por el infierno del alma de los seres inteligentes y sensibles que no logran hallar la posibilidad de vivir un gran amor, como si las heridas de la infancia clausuran la felicidad del futuro, y la potencia de la vida se marchitara prematuramente.

Porque al final de cuentas, las consecuencias de nuestros actos, las pequeñas decisiones que tomamos en nuestra infancia y adolescencia, muchas veces presionados por nuestros padres o por las fantasías que de ellos nos hacemos y, sin pensar, en un segundo, pueden modificar nuestro futuro y el de nuestros seres queridos, para siempre.

Capítulo 5

Lo que la inundación nos dejó

4200 caracteres (8 de julio de 2009)

Quiero escribir un cuento que tenga 4.200 caracteres con espacios para mandarlo a un concurso, pero no encuentro ningún texto mío que sea tan breve y desde ya, desconfío tanto del valor de mis cuentos como de la conveniencia de mandarlos a un concurso que estipula la necesidad de escribir un cuento con 4.200 caracteres. Ya ocupé más de 300 para decir nada: apenas mi miedo y mi desconfianza.

No creo que me alcanzaran para hablar del libro de Ivo Andrić que tengo en mi biblioteca y que no me atrevo a releer. A veces lo tomo en mis manos, temblorosas, lo acaricio y sospecho que en su interior se aloja un secreto que los hombres llevan milenios tratando de adivinar: el modo de comunicarse con los muertos. Yo lo descubrí mediante ese libro, y me da miedo hablar de eso, pienso que nadie va a creerme, que tal vez solo lo haya soñado. A la vez, sospecho que es imposible hacerlo a medida, sin faltar a la verdad, sin torpeza, sin escamotear el centro del descubrimiento y demorándome más de lo necesario en estas dudas.

A ese libro mi padre lo compró de joven, supongo que cuando fue publicado, en los sesenta. Al escritor le habían dado el Nobel, no sé si por esa novela, no sé si mi padre lo conocía de antes. Una tarde de invierno fui a visitarlo. Era imposible hablar con mi padre sin discutir, sin que te dieran unas ganas incontenibles de llorar, de gritarle o de escapar de su ira, o su melancolía, que alternaban todo el tiempo, como si

mi padre fuera dos personas, al menos: una horriblemente violenta y la otra de una emocionalidad y autocompasión intolerable. Entonces, yo hacía como que lo visitaba, para no sentir culpa o tal vez para tratar de alegrarlo, no lo sé. Pero como no se podía estar con él ni hablar con él, me iba a la biblioteca y husmeaba y elegía algún libro que me interesara y lo dejaba hablarme de eso, aunque no recuerdo qué me dijo de este en particular. Me lo llevé y lo leí y me interesó. Transcurría en Bosnia, en la época de Napoleón. Los personajes principales eran el cónsul austríaco, el francés, el agá otomano y, además, judíos pobres y campesinos, turcos comerciantes, cristianos ortodoxos y fanáticos católicos.

Señalé con lápiz, como suelo, las frases o cosas que llamaban mi atención: la receta de una comida, el vestuario de un personaje, la narración de una batalla.

Cuando lo terminé, le devolví el libro a mi padre, llena de genuino entusiasmo o tal vez exagerándolo para que se pusiera contento de habérmelo prestado, de que tuviéramos un tema de conversación, para que no tuviera esa necesidad apremiante, en cuanto me veía, de hablar de todo lo que lo había hecho sufrir mi madre, de cómo extrañaba a mi hermana mayor, de lo inteligente que era mi hermano menor.

Cuando murió mi padre, unos años después, mi hermano y yo desarmamos la casa y las bibliotecas, las pilas de diarios viejos que se acumulaban, decrépitas como los últimos años de mi padre, por todas partes, la ropa en mal estado, los trozos de nuestros corazones rotos, las fotos viejas de la infancia, el odio, la incomprensión a su locura, cartas de amor y papeles sin sentido. Y la portentosa, maravillosa colección de discos.

Yo encontré ese libro y me lo guardé. Ni mi hermano ni yo estábamos en condiciones de discutir quién se quedaba con qué.

En los márgenes, junto a mis propias anotaciones, mi padre me había contestado. Llevaba meses de muerto cuando las leí.

No tiene importancia alguna saber qué decía yo, qué contestaba él. Pero es un hecho asombroso y a veces pienso que lo mejor es que permanezca oculto y en secreto. Aunque pueda ser contado en menos de 4.200 caracteres con espacios.

Ir a pasear por ahí... (6 de febrero de 2014)

Corre el rodillo por la pared defectuosa, salpica acá y allá su blancura. Lentamente va cubriendo la ominosa marca del agua, de la impotencia, del abandono.

Duele el cuerpo su agotamiento, del trabajo del año, de la enfermedad, de la angustia y la desesperación que se han instalado como compañeras de morada en los últimos años.

Saber que todo fluye, que todo se olvida, que todo lo que amamos puede desaparecer en un instante es un saber que libera y desesperanza a la vez.

No se quiere ser esta persona.

Se quiere ser otra, menos perdedora, menos cansada, menos triste.

Haber corrido, tal vez, menos riesgos, haberse aferrado más a lo tangible en lugar de enamorarse de quien no se debía, de intentar aprender de mundos que no sirven para pagar las cuentas.

Haber aprendido a agachar la cabeza y a callar a tiempo, en vez de luchar tanto y tan inútilmente casi siempre.

Haber acunado menos muertos.

Se quiere en verano poner los pies en la espuma marina, sentarse a leer una novela a la orilla de un río, descansar de los esfuerzos y las labores del año. Se quiere pagarle a alguien para que escuche nuestros problemas, pagar a alguien para que limpie nuestra casa, para que nos enseñe algo de todo el universo infinito de nuestros no-saberes.

Sobre todo, descansar.

Se quiere recibir una retribución aproximadamente justa a nuestro trabajo, se quiere poder mantener a nuestra familia y de tanto en tanto plantar unas alegrías del hogar o unas lavandas en el jardín y disfrutar de sus perfumes en las tardes de verano.

Y que alguien venga y nos diga, como si nos abrazara: qué bien esto que hiciste.

Se quiere ir a comer a un bar de por ahí, tomarse unos días de vacaciones como hace unos años, pasear sin horarios, dormir hasta tarde.

No se quiere ser la persona que arruina sus manos rasqueteando paredes; que envejece su cara con gestos hijos del cansancio, el dolor, la falta de recursos.

Se quiere participar de conversaciones triviales sin sentirse afuera, excluida de aquello que solía ser un mundo y un lenguaje común.

Corre el rodillo, el cuerpo se llena de moretones, los muebles pesan, el calor agota, los días de las vacaciones vuelan tan cargados de obligaciones como los otros días, como ocurre con vidas enteras que pasan por el mundo sin una tregua, un descanso, un abandonarse al no tener que trabajar y pensar...

En las marcas del agua podrida en nuestro hogar.

De los trabajos malpagos, de los poderosos de frágil memoria, de todo lo irremediadamente perdido, como nuestra juventud, nuestra paciencia y nuestra esperanza.

Mientras en la televisión nos muestran, y los amigos nos hablan, de los veraneos y los paisajes de un territorio que parece haber dejado de pertenecernos pero al que, mientras se aleja en el horizonte, no podemos dejar de intentar llegar, como si allí pudiéramos, al fin, descansar en nuestro hogar.

Lo que acepto (28 de septiembre de 2013)

Acepto casi todo
los hornos eternos de la muerte

los enterramientos masivos de cuerpos de niños
la delación de los quebrados por el hambre y la tortura
la madre pariendo sobre los azulejos
y la adolescente clavándose la aguja
el vivir atados al miedo como si fuera un siamés inoperable que nos
acompañará para siempre.
Acepto las traiciones y agachadas propias y ajenas
la muerte arrebatada que se lleva lo que más amamos
las agonías torturantes
la sangre entre las piernas que clausura el futuro
las nubes como elefantes que nos amenazan desde la cúpula de lo
que era el cielo prometedor
la mirada inquisidora de los inocentes y corderos sacrificados.
Acepto que la lluvia ya no sea poesía ni deseo de amarnos en la siesta
hasta que se nos canse el cuerpo
acepto que los limoneros se pongan amarretes
y a nuestro cuerpo se le seque la savia
y el espacio íntimo ya no exista
y el hogar ya no sea un espacio habitable
acepto sus casitas de cartón
y el tsunami de viento y terremoto, lluvia y sustracciones
con tal de me dejen un poco de música y novelas
dibujos y caricias
un par de zapatos rojos y un labial de fuego para imaginar que te beso ahí
esperanza de encontrar en el corazón humano un lenguaje
para reencontrarnos.
Acepto todo
la canción que nadie me escribió
el hijo que no tuvimos
el desprecio de tus palabras como cubitos de hielo en un trago mal
mezclado
no fumar más
no confiar en la justicia humana

si puedo ver a mis amigas
ver crecer un poco más a los hijos
acepto todo
menos la desesperación
de la falta total de fe.

Lo que no volverá (mayo de 2013)

Cada vez que voy a buscar un libro tomo un riesgo: confirmar una ausencia o alegrarme de una recuperación. Así es la biblioteca de los inundados, un territorio incierto, impredecible. Lo que no está puede regresar, de la casa de algún paciente y amoroso amigo que se ha vuelto experto en recuperación de papeles. Pero también puede que ya nunca lo volvamos a ver. Puede que esté cubierto de hongos, de ese pegote oscuro empetrolado que invadió nuestra vida, de olor a mierda, como dice acá Leopoldo Brizuela.

Busco una antología de poesía rusa.

No está.

Adiós Tsvetaieva, gracias Internet por acercarme, al menos “en efigie”, el objeto extraviado.

Así como la biblioteca es la vida después del agua: todavía buscamos lo que no volverá nunca.

Los dibujos de mi hijo (22 de abril de 2013)

Soñaba con los dibujos de mi hijo. Los había de todos los colores, de distintas edades, de aquellos hechos en la institucionalidad escolar y esos hechos a impulso del placer, la curiosidad, el deseo de explorar las formas del mundo. Había pinturas, acuarelas, témperas lápices de colores, ilustrados con fibrones, con tinta china, con óleos, acrílicos.

Los dibujos del mundo que sus ojos vieron y sus manos crearon.

Los hermosos dibujos de mi hijo.
Que ya no están.
Alguien me dice: pero tenés a tu hijo. Y yo, claro, digo. Es cierto.
Qué más pedir.
Hay demasiados muertos en mi ciudad.
En mi barrio, en mi manzana.

Soñaba con otro hijo que no fue. Y alguien me dijo: pero tenés tu útero. Y yo, claro. Es cierto. Hay esperanza.
Soñaba con un embarazo futuro que ya no será. Pero tenés tu vida, dijo alguien.
Y sí, claro, dije yo.

Y es verdad y es mentira.
Porque este es mi dolor y tengo derecho a llorarlo, los dibujos de mi hijo, el hijo que no fue, el útero perdido. Y todo el amor que aun así recibo, y todo lo que me alegra esta tarde de sol esperar a los que amo con una comida, con cuadernos y lápices y un poco de Amy Winehouse para acompañar la tarde y las palabras que alguna vez deben ser dichas.

Algo para la angustia (Lo que la inundación nos dejó) (16 de abril de 2013)

En mi barrio desde el 2 de abril hay una conversación continua y polifónica que viaja de boca en boca, de gesto en gesto, de ademán en ademán, en las calles, en las casas (de límites borrados, porque la intimidad quedó expuesta y adentro y afuera ya no rigen), en los comercios que de a poco van reabriendo.

Solo hablamos de agua podrida, de ahogados, de salvados, de cómo nos agarró a cada uno y de repente.

Cruzando la calle ocho en una espléndida mañana de domingo que parece desmentir la catástrofe reciente, una señora mayor con changuito y una más joven:

Señora mayor: ¿vos sos del Ministerio de Salud?

Señora más joven: No, ¿pero qué necesita, señora?

Señora mayor: algo para la angustia.

Señora más joven: ah, bueno. Vaya hasta el Club Dardo Rocha en 519 y 5 donde están los de la ANSES y Presidencia de la Nación y pida hablar con un psicólogo que le va a dar algo para la angustia.

Señora mayor: ¡gracias señora!

Señora más joven: no hay por qué, que le vaya bien.

Capítulo 6

Madres, Padres, hijxs

El atlas de mi padre y Ana Bolena (25 de julio de 2008)

Días pasados, C. me pidió que pasara por una librería de usados de la calle Lavalle para retirar un libro que ella había encargado. Me había propuesto vencer la tentación de hurgar en las bateas, mi plan era sencillo: entrar rápido, exagerar mi apuro, limitarme a solicitarle al vendedor el encargo, pagar y salir corriendo. Como todos los planes para eludir los libros que nos están esperando, falló. Ante mi requerimiento, el vendedor, un jovencito con aspecto de no tener apuro alguno, se limitó a decirme que lo espere y se retiró, parsimoniosamente, hacia algún depósito del fondo, dejándome sola frente a las bateas de ofertas. Mientras las investigaba nerviosamente, repitiéndome a mí misma que tenía que resistir, que después de todo ya me había dado varios gustos en materia de libros estas semanas, pasaban por mis manos los títulos de diversos *best-seller* de esos que mis viejos compraban en las librerías de Gesell, quizá en la de la antigua casa Bonn, y leían en las largas tardes de playa de mi infancia, en el balneario "Brujas".

Finalmente, cedí a mi pasión por las biografías y tomé una de Ana Bolena, de 1958, de Evelyn Anthony, en cuya portada se ve un retrato de la desdichada reina que no se parece en nada a la descripción que el libro hace de ella: menuda, morocha, de piel trigueña y grandes ojos negros.

Pero eso no fue lo peor. El vendedor es ahora quien me espera a mí, que ya he olvidado mi apuro por llegar a la parada del maldito Plaza para volver a La Plata. Cuando estoy pagando intenta iniciar una conversación que interrumpo violentamente al descubrir, al tope de una estantería muy alta, el *Atlas de nuestro tiempo* del Readers Digest de tapa verde, con el que mi padre nos despertó a sus tres hijos cierta pasión por los mapas terrestres y estelares. Le pido que me lo baje. Mis manos tiemblan, paso una a una las páginas. Encuentro, como si me hubieran estado esperando, las infografías de las piedras preciosas y las rocas que me fascinaban de nena y los gráficos de los planetas cuyos nombres me gustaba memorizar: Mercurio, Venus, Tierra, Marte y hasta el pobre Plutón, hoy degradado de jerarquía por una alianza de perversos astrónomos. Casi estoy viendo a mi padre en la mesa del comedor, con una luz mortecina del invierno, deslizando sus dedos sobre paralelos y meridianos para encontrar, como una perla muy valiosa, el puerto de Bialystock de donde partieron mis abuelos para venir a la Argentina. Trato de componerme y con la mayor naturalidad que puedo le consulto al vendedor el precio, que no es tan caro pero sí lo bastante para esta altura del mes, mientras le digo: acá todavía está la URSS y Plutón era un planeta. Él, que debe tener veintipico, no comprende nada de lo que eso significa, sonrío, repite como un tonto: ah, sí, la Unión Soviética, como si se tratara de ciencia ficción o historia antigua. Dudo. Tiemblo y, finalmente, le devuelvo el pesado atlas y huyo de allí como una monja medieval de la tentación de la carne.

Nos perdono cuando hay sol (4 de diciembre de 2018)

A la mañana muy temprano y con este sol, nos perdono. Nos estoy perdonando.

Recuerdo adonde empezamos, aquel Big Bang infancia, tanto dolor, tanta paranoia, el amor mendigado, improvisado entre escondites, embutes, tiros en la noche, chicas baleadas en la puerta de tu

casa, la ciudad invadida, las noches de terror, las cartas que ya no se contestan, los niños y niñas que dejan la escuela de un día para otro.

Nos necesito perdonar, al huérfano que hay en vos siempre, triste, que me mira con esos ojos reproche que no puedo soportar aunque haga como que no me importa.

A vos y a tus exilios, a vos y a tus abandonos de abandonado.

Nos perdono a nosotros también, porque me hiciste sangrar, porque me dejaste en mitad de la ruta y con las sandalias rotas, pero con el corazón latiendo de coraje y de ganas de volver a empezar, a renacer, a luchar.

Como si fuera mariposa, como en la Garganta del Diablo.

Me perdono a mí, por no saber vivir sin agotarme trabajando como una mula, por inflamarme de rabia, por el amor que no supe recibir o dar.

Por los hijos que no pude.

Nos perdono, y paso con la bici por tu puerta, y te llamaría pero no vas a contestarme.

Y me matás de indiferencia, pero nos perdono por eso también, porque creo que me tenés un poco de miedo o un poco de bronca, o un poco de nada.

Nos perdono por los malos entendidos y las chicanas, y por los besos que no nos dimos cuando teníamos ganas. Tantas ganas.

Nos perdono y extraño lo que pudo ser, y bailo sola en el jardín, descalza, con mi perra y el pasto que huele a menta.

Nos perdono y escucho bandas nuevas, y soy de a ratos feliz con esa bomba de tiempo dentro mío y esa sangre que fluye como si tuviera veinte años, a veces, y otras veces cien años, o mil.

Después es tarde, después llega la muerte, después ya no. Y sabemos eso pero igual tenemos que seguir adelante, seguir viviendo, seguir cuidando, preparando la comida con especias del desierto africano y amor en las manos, y llenar la casa de aromas que reconcilien el cuerpo.

Afuera la noche, afuera los tiros otras vez, los pibes que duermen en la puerta de los bancos, la boca abierta al sol, la cajita con un mensaje que pide ayuda a gritos. Y nadie escucha.

Afuera violan a las pibitas, y las tiran por ahí en los descampados, o las hacen morir de otros hambres y otras sedes.

Eso no nos perdono, eso es imperdonable.

En cambio, nos perdono por haber envejecido antes de tiempo, por haber sido adultos tan temprano, por no haber bailado una sola canción juntos y por no poder dormir una última vez abrazados para olvidar todo lo feo, todo lo malo, todo lo que nos devora.

Te perdono cuando hay sol.

Después, no sé.

Sapo de otro pozo (8 de enero de 2012)

Sapo de otro pozo.

No pertenezco por completo a ningún mundo.

En ninguna casa estoy del todo en casa.

No son pocas las veces en que me siento sapo de otro pozo.

No soy a la que llaman los del palo del mundo de los libros/escritores/talleres literarios. Y sin embargo no sé hacer otra cosa realmente que perderme entre papeles y palabras, bibliotecas y escritos, bocetos y ejemplares antiguos, anaqueles, librerías, imprentas, escritores.

No ando muy a gusto con la moda, no soy, digamos, *chic*, ni glamorosa. Cuando todo el mundo está leyendo literatura japonesa, pongamos, o a las grandes cuentistas norteamericanas, o a César Aria, o a Carlos Fuentes, yo me dejo atrapar (digamos que para siempre) por la literatura rusa, de la cual dice Juan Forn que "Dice Shalamov que su país es un país de esperanzas absurdas, hechas de rumores, sospechas, conjeturas e hipótesis, y que por eso cualquier acontecimiento crece hasta convertirse en leyenda antes de que el informe del jefe local logre llegar, llevado por el más veloz correo, hasta las altas

esferas. Eso es la literatura rusa, si se lo piensa un poco (en el final de *Los hermanos Karamazov*, Dostoievski escribe: 'Lo que se dice aquí se oye en toda Rusia')

No soy del palo del rock ni voy a todos los recitales y sin embargo, por supuesto, desde que tenía quince años, o menos, sé quién era Jako Pastorius.

Voy a destiempo porque, pongamos de ejemplo, cuando me enamoré de Tolkien tenía pocos cómplices y cuando estalló la Tolkien manía yo estaba realmente en otros mundos.

No manejo toda la jerga de los militantes históricos y, a pesar de eso, desde que dejé la infancia comencé a militar.

Carezco de educación judía y mi madre proviene de una madre vasca y católica y un padre bien criollo.

(Las fronteras siempre se mueven, y algunas alejan las pertenencias que son cerradas, aunque protectoras y la libertad tiene siempre el precio de la inseguridad.)

Estoy siempre en el comienzo de proyectos difíciles, cuando hay ideas y desafíos y entusiasmos, pero faltan los recursos materiales y no es masiva la vocación de sacrificio. Después, cuando el tiempo pasa, y el proyecto crece, y fluyen los dineros y se incorpora gente que no está cansada, me voy o me van. A empezar de nuevo.

No me enamoro de hombres con dinero —o los agarro en plena crisis—. Se apoyan en mí. Necesitan de mi energía, dicen, mi alegría, mi voluntad de acción. Les gusta cómo cojo, dicen, y mis comidas y mis amigos. Después, cuando se organizan y se relajan, yo ya no estoy allí ni soy de la partida. Me toca viajar en clase turista y en tren, el avión a París lo compartirán con otra.

No soy madre perfecta ni tengo hijos perfectos.

En las reuniones de padres (que casi siempre son de un 80% de madres), los actos escolares, las charlas sociales, todos los otros madres/padres exhiben seguridades y solvencias educativas y parentales, éxitos y recomendaciones que me dejan estupefacta. Yo apenas puedo lo que hago y hago lo mejor que puedo.

Porque tengo un hijo solo y es agotador que la gente te pregunte: ¿tenés un hijo solo? ¿Y por qué? (ahí dan ganas de decir cosas crueles y reales, pero la hipocresía ha salvado a la civilización y seguirá haciéndolo).

Cuando me tocó ser jefa me imponía eso de predicar con el ejemplo, lo intentaba, al menos. Si no llegaba a los trabajos primera, me iba última, los errores ajenos eran mi responsabilidad y los logros eran colectivos.

Cuando me toca ser subordinada me pasa exactamente lo mismo. Algo no está funcionando.

De los territorios que habito, reales e imaginarios, aunque me gustan la naturaleza y las ciudades, nada me atrae más que las aventuras de conocer a otras personas. Mis amigos son bendiciones divinas. Enigmas, paraísos y rocas. De tanto en tanto alguno se convierte en infierno.

Me hago preguntas, desde que recuerdo. Acerca de los demás, de las cosas, de mí. Casi todo lo que ocurre me interesa, mi mente es entonces volátil, dispersa e imaginativa. Nada conveniente para avanzar en una carrera o en cualquier actividad que exija una gran concentración y disciplina. Pero otros dicen: es una máquina de trabajar. No hay nada más disciplinado que una máquina, pienso yo. Entonces dudo de todo.

“La intuición me dice [no a mí sino a G. Steiner y él lo relata en el capítulo ‘Sion’ de *Los libros que nunca he escrito*] que para los hombres y mujeres judíos, en quienes el simple término ‘judío’ está erizado por resistentes complicaciones, esta autoindagación e interrogatorio de uno mismo se tornan incisivos de una manera específica”.

No siempre soy capaz de distinguir ficción de realidad, incluso dudo de que exista esa frontera.

Claro que cuando un joven diputado introduce en su discurso una cita de la María Antonieta de S. Zweig, cuando le cuento eso a un filósofo en una especie de entrevista laboral y nos hace gracia, com-

prendemos de qué hablamos, nos provoca melancolía, reflexionamos acerca de *El mundo de ayer*, me siento menos extraña.

Y en muchísimas ocasiones me convierto para mí misma en sapo de otro pozo, una extraña, lejana, desconocida.

Cuando alguien te pregunta entonces si sos judía, no queda más que pensar: "tal vez más que ningún otro tipo étnico, social o incluso mitológico, el judío puede ser un extraño para sí mismo" (Steiner, 2008: 112).

Vamos al ruedo, no tengas miedo (27 de junio de 2011)

Somos al fin y al cabo burgueses asustados, sin Dios, ni Patria, ni amor.

A veces.

Apenas nos quedan, para sobrellevar la angustia y la certeza de nuestra finitud, de nuestra íntima (inefable) soledad, una cada vez más declinante confianza en el psicoanálisis; un botiquín de drogas legales o ilegales, alguna sensibilidad para la música y el cine, la vocación política. Recuerdos. Una novela, un poema, quizá una carrera profesional, un oficio, un trabajo, para distraernos mientras envejecemos. Tratar de ver, en los ojos de nuestros hijos (si los tenemos) que se van alejando, el brillo de un sentido que vaya más allá de nosotros. El tinte de algún linaje que nos precedió, sentido como algo propio, nuestro.

A veces nos pesan los duelos de todo aquello que, tarde comprendimos, hubiéramos querido ser.

El salvavidas de plomo de las equivocaciones que no nos podemos perdonar ni siquiera mientras nos hundimos en el frío mar, oscuro, ajeno.

La clausura de los futuros y mundos que anhelábamos (y fuimos capaces de crear, con solo imaginar, como crean los dioses) cuando confiábamos en que había vida en otros planetas y uno de ellos se lla-

maba Mañana. Que esa vida no siempre era hostil y podía estar llena de gratos descubrimientos, promesas increíbles, para nosotros.

[se recomienda ver la obra *Matrimonio Arnoldfini*, de Van Eyck (1434)]

Que alguien allá afuera nos estuviera observando, que no fuera algo solo amenazante, que fuéramos parte de un plan superior, que la vida es como una serie de espejos. Que nuestro ego no es tan importante. Que hay otros. Que Alguien nos cuida y vela por nosotros.

Crecimos. No fuimos capaces de creer. ¿Crecimos?

A veces.

Leemos un soneto clásico que habla de la enfermedad del amor (*my love is a fever*), de la ceguera del amor, de la locura de la pasión amorosa, del infierno del amor ("*as black as hell*"). Escuchamos, eco lejano del pulso de nuestra vida, una canción que evoca esos momentos, efímeros, intensos, en los que supimos darlo todo. Tenerlo todo. Perderlo todo. Llorarlo todo.

Y supimos. A veces supimos: "lo que no conocemos y apenas sospechamos".

Y luego olvidamos. ¿Olvidamos qué? Todo esto que sabemos, y entonces: somos duros como rocas (dichosa "piedra dura que ya no siente"), insensibles al dolor ajeno y propio; incrédulos aunque un milagro suceda frente a nosotros; solícitos al dinero (se lo damos todo, le sacrificamos todo).

A veces somos buenas madres de familia, buenas burguesas, buenas profesionales. Eficientes. Robóticas.

Pero en medio de la noche nos despertamos con el ruido de un alarido (tan humano que decimos: un loco, un poseso). Nos damos cuenta que somos nosotros quienes gritamos.

Y recordamos todo esto.

Y también que “el hombre cree en Dios para poder hacer lo que le plazca en su nombre y Dios cree en el hombre para poder echarle la culpa de todos sus errores” (Fresán, 2009: 47).

(*Sssh*. Silencio. Hay cosas de las que es mejor no hablar con nadie. Es mucho mejor maquillarse, calzarse unas buenas botas de invierno, un abrigo, una sonrisa más o menos aceptable y vamos al ruedo, no tengas miedo.)

Brindis por el infinito (24 de diciembre de 2013)

*La diferencia entre los muertos y los que aún no han nacido
es que los muertos tienen esta memoria.
onforme aumenta el número de muertos,
la memoria se agranda.*

John Berger, CON LA ESPERANZA ENTRE LOS DIENTES

Las condiciones materiales condicionan, acortan, achican, el territorio de las posibilidades de elegir, algo así dice John Berger, algo así dicen otros antes que él. Testimonia la vida de millones de mujeres, de niños, niñas, hombres, viejos, desde los tiempos de Jericó, probablemente.

(“Señor: Perdóname por haberme acostumbrado a ver que los chicos parezcan tener ocho años y tengan trece”, rezaba el Padre Mujica)
Y ahí, entre esos límites, se eligen en parte los recuerdos.

Con las ventajas que otorga haber sido amados en la infancia, haber tenido techo, haber recibido educación (y muchas veces de la buena, de la que no es mera adaptación al sistema hegemónico, de la que habilita nuevos mundos y preguntas).

Memorias construidas por las voces que se pierden en los desiertos y los oasis.

En las cartas que no se escribieron, o en las que se perdieron en las bodegas de los barcos, en los pogromos, en los campos de concentración, en las villas miserias, en las rutas salvajes, en los centros clandestinos, en el olor putrefacto de la pobreza y el analfabetismo.

Elijo recordar en las Fiestas:

La casa de la abuela y de las tías en Gualeguaychú. Flanes con miles de huevos de tía Matilde, caramelos de leche de la abuela Lola, el abuelo Antonio y sus palmaditas, Angelina, querida, yendo de allá para acá y haciendo poemas que introducen al pasado, a las formas de la rima decimonónica, al amor de los que han vivido mucho y se deslumbran ante la infancia que apenas asoma. Nosotros.

Los cuentos de tía Cristina.

La biblioteca del tío Carlos: poemas de R. Alberti y gráficos del globo ocular.

Y el río.

El frescor de las tardes en el río.

Y Enrique, Estela, Claudia, Fernanda, Buenos Aires, papá manejando eternos viajes, no había autopista, Año Nuevo en ese extraño mundo que eran los departamentos pequeños en edificios en los que vivían cientos de familias, ciudad de Buenos Aires, tan distinta a La Plata.

Descubrirla. Nocturna, superpoblada, ruidosa, seductora y esquiva.

Y el mundo de Ana e Isaac G., tíos de papá que conectaba por misteriosos caminos con esos abuelos que partieron décadas antes de que nosotros, sus nietos, llegáramos al mundo y aun así, llegaron.

Calles con nombres, no hay cuadrícula, mis padres discuten, nadie sabe nunca, en Buenos Aires, dónde queda tal calle, los lugares. Ni los tacheros, ni los poetas, ni los locos al final saben.

Sabemos los "de afuera", miramos las coordenadas en los mapas.

Somos niños, la prima Claudia y el Simón con el que ilumina los relatos de terror para el primaje joven.

Y Los Carpenter en el tocadiscos (*your love put me on the top of the world*), y papá brindando con Enrique, balcones en las alturas, luces de una ciudad interminable, fuegos de artificio y cohetes, tan distinto a La Plata.

Navidades luego en lo de la Tía Susana. Banquetes para la vista y el paladar.

Los primos, los novios que fueron, los tantos que ya no están.

Ahora.
Paraguay en la familia.
Bienvenidos.
Fiestas nuevas.
Amores viejos.
Y un brindis por todos los que están solos.

Ciudad de Jericó
Están lejos.
Ya no están.
Y una oración por los que ya no creen en las oraciones.
Ni en los otros.
Ni en la esperanza.
O en sí mismos.
Porque:

“No todos los deseos conducen a la libertad, pero la libertad es la experiencia de un deseo que se reconoce, se asume y se busca. El deseo no implica nunca la mera posesión de algo, sino la transformación de ese algo. El deseo es una demanda: la exigencia de lo eterno, ahora. La libertad no constituye el cumplimiento de ese deseo, sino el reconocimiento de su suprema importancia. Hoy, el infinito está del lado de los pobres” (Berger, 2011).

Bienvenida al club (2 de noviembre de 2018)

*Todas las familias felices se parecen unas a otras,
pero cada familia infeliz lo es a su manera.*

Ana Karénina, LEÓN TOLSTOI

Bienvenida al club, me dijo, y me llevó a dar una vuelta manzana, mientras fumábamos nuestros cigarrillos; él, rubio; yo, negro.

Era un tiempo en que la gente fumaba y no se la consideraba por eso fea, sucia y mala.

Mis piernas me sostenían apenas, no había comido nada en los últimos días. Su bienvenida era a la orfandad.

Nosotros nos distinguíamos por eso. Vivíamos en un país de orfandades prematuras, de genocidios, y también en familias de locuras, enfermedades que arrasaban, dolencias vergonzantes.

Eran esas edades donde te parece que todas las demás familias son mejores, más felices, más sanas, armónicas. Matrimonios duraderos y enamorados, abuelos vivos, padres y madres que no nos dejan huérfanos.

Bienvenida, me dijo.

Éramos del club, del club al que ya pertenecían demasiados amigos y amigas, ese del que los demás creen entender de qué la va pero no lo entienden. Una tampoco.

Algunos y algunas fuimos abandonados primero, antes de la muerte. Por decisiones, exilios, enfermedades.

A otros nos los quitaron.

Fuimos adultos repentinos, apenas saliendo de la inocencia, ya responsables de otros y de nosotros, nuestras amistades se hicieron maternizantes y paternizantes, y de una clase de fraternidad que no se aviene a otros moldes.

La vida en nuestras manos. Los rituales de velorios y entierros en nuestras manos. Las herencias perdidas en nuestras manos. Las pérdidas en nuestras manos inexpertas y necesitadas de amor.

Los duelos de lo que pudo haber sido, en nuestros cuerpos.

Todos quieren que comas, que te alimentes, todos ven que tu peso se desliza hacia una infancia-fantasia-protectora.

Y él, ahí, te banca el cigarro, te banca, te comprende.

[Después arruinamos esta amistad, pero esa es otra historia, y eso no borra la noche del velorio, ni otras noches, y días y años].

Ahí estamos.

Y hay que agradecer, porque en ese club hay membresías muy anteriores. Apenas bebés. O bien sin ninguno de los dos, ni madre ni padre, ni patria, ni amor.

Yo lo recuerdo así, era mi amigo, diciéndome eso, encendiendo mi cigarro, sosteniendo mi andar tembloroso, abrazando mis hombros vencidos, mi mirada cayendo al abismo de lo desconocido.

Él, y su humor corrosivo, bienvenida al club.

Maternidad y escritura (23 de julio de 2007)

La maternidad está reñida con la escritura, aunque se no se lleva tan mal con la lectura.

No estoy hablando de la cuestión biológica, porque parir es otro asunto.

Ni del uso del tiempo (no hablo de estar atrapando una idea, de haber dado todos los rodeos hacia la palabra justa que surge en simultáneo con la demanda infantil, ma, quiero más jugo; ma, tengo examen; ma, ¿puede venir esta tarde Ire a jugar?, porque eso se resuelve con cierta organización). Sino más bien de una forma que el mundo adquiere y también, el mundo de las palabras, de la posibilidad de un encuentro honestamente íntimo con la propia experiencia narrativa y el deseo, que debe ser intenso, narcisista. La maternidad es como una postergación de lo creativo o es un posicionamiento de lo creativo puesto al servicio de lo material, de lo real y no tanto de lo simbólico, aunque a veces tenga las peores consecuencias en ese terreno.

Sin embargo, la lectura ofrece otras posibilidades.

Para escribir hay que ser menos madre y hay que estar dispuesta a esa renuncia, hay que colgarse en la frente el cartel del protagonista y olvidar todo lo demás, todo lo que se interpone, todo lo que, en nombre del amor, nos detiene.

Me pregunto si es posible olvidar lo demás y volver a recuperarlo sin perder la sensatez. Me pregunto qué piensan de sus madres los hi-

jos de las buenas escritoras, de las que los han tenido y de las que los han abandonado transitoria o definitivamente. También me pregunto si se hacen esta pregunta.

Capítulo 7

2019. Popurrí

Recuérdame así (marzo de 2019)

Hay gente que pasa por tu vida y no deja huellas, es como una brisa sin fuerza de un otoño mortecino.

Y hay gente que te arrasa, que te arrebató, como un huracán o un tornado. Nada queda igual después, una se vuelve otra. Peor, mejor, eso quién sabe. Pero distinta.

Una no elige.

Sucede.

Es como mirarnos desnudas al espejo con detenimiento.

Como cuando nos desprendemos el corpiño en la soledad de nuestra habitación y por un instante, ese gesto que no se dirige a nadie, nos trae una memoria.

Descubrir o redescubrir algunas cicatrices cuyo origen nos constituye, tenemos un relato, varias versiones incluso.

Y otras que solo al verlas decimos, cierto, es de tal cosa.

O a veces ni eso. No recordamos.

No hay modo de saber qué huellas dejamos en la vida de otras personas.

Tiendo a creer que me olvidan rápidamente justamente las personas que más marcas me han dejado.

L. dice que tal persona me alude en una diatriba de red social, yo no lo creo. Más bien creo que esa persona no recuerda mi existencia, como me sucede a mí con otras personas.

Y me sorprende la oscuridad de una noche más de tormenta y sin luz murmurando uno de los mejores comienzos de novela, como un mantra que convoca los recuerdos: recuerda, recuérdame, recuérdanos así. Así como en ese instante en que logramos detener el curso del tiempo y ser felices un instante.

Así como ahora, perdonando, en mi mejor versión de mí, recordando, en tu mejor versión de vos.

Así.

Mientras podamos.

Antes del diluvio o del Apocalipsis.

Insoportable (para Johana Ramallo) (27 de mayo de 2019)

Hay un pensamiento insoportable, que piensa en esos últimos momentos.

Si sabía que era el fin, si algo como una esperanza de escape cruzó su mente, si llamó a la madre, si un calor tierno como el abrazo a una hija pequeña le consoló esa eternidad, si su corazón, piadosamente, se detuvo antes del horror último.

Lo piensa cuando piensa en las miles, en los 30.000. Y en Johana.

Un pensamiento que pregunta si las muertas recuerdan, si la justicia luchada devuelve alguna paz, resta algún dolor.

Repara.

Néctar de liquidámbar (12 de junio de 2019)

Estaba empezando la primavera, estación en la que me animo, es como si el renacer del ciclo ocurriera a niveles mitocondriales.

Se produce en mí una agudización de la contradicción: entre la animala arcaica, cuyo deseo despierta algo amorfo pero poderoso, y una

nostálgica del romanticismo alemán o del apasionamiento melanco de las almas rusas, y mi sensibilidad estalla. Flores, nubes, atardeceres, discos de Blur, palabras pronunciadas o escritas poéticamente, manos rasgando cuerdas de guitarras, retratos modiglianescos, avenidas porteñas saturadas de autos, todo, o casi todo, me llega al corazón.

Sin filtros.

Venía de una pena de tango y bandoneón, algunos pianos resonaban todavía, pero no olvidaba la balalaika que invita a bailar en las estepas de nuestras almas de linajes campesinos y maestros, de buscadores de estrellas y poesía y resistentoras de diablos y pogromos.

Y chamamés litoraleños negados y reencarnados en amores que ya no cantan más.

Le cuento a mi amiga que X me invitó a cenar. Así, casi de la nada.

Omito el relato pormenorizado de idas y vueltas en el chat a lo largo de meses, tal vez un año o más. Lo omito no por engañarla, sino porque no lo registro, todavía, como lenguaje amoroso.

Nunca le di importancia. Siempre estoy muy ocupada.

Me advierte: si te gusta, salí, pero con X no se puede tener nada.

Tener.

Recuerdo esa palabra.

Tener, sostener.

Yo no soy de tener.

Y tampoco me gusta que me tengan.

Prefiero amar a mi manera. Que no es despojada ni filantrópica, es solo así: menos libre de lo que quisiera, pero mucho menos prisionera de lo que el confort recomienda.

Y si no hay amor, que al menos haya literatura. O música. O dibujos.

O nada.

No vamos a regatear.

Tener, tal vez, sea para gente más prolija, más estable, más correcta.

Yo no quiero tener nada, le digo.

Ella se refería a la fobia que atravesaba a las relaciones muy comprometidas. Síndrome de Cenicienta, a las doce salir corriendo.

Era primavera.

Venía de una relación de mucho tiempo. De esa intimidad que es Cielo e Infierno, y que al romperse nos deja extrañadas en un cuerpo y una vida que parece ajena, algo muerta.

El flaco está bueno, lo conozco de siempre (eso creía, no tenía idea). Hay cierta confianza. Incluso cuando me invita, descreo o niego sus intenciones seductoras.

Es un conocido, pienso, y hay cariño. Podría llegar a convertirse en un amigo.

No me arreglo.

Mejor dicho, me desarreglo y me pongo de entrecasa para salir con él.

No quiero mandar mensajes equivocados. Ni siquiera sé qué mensaje quiero mandar. Mi amiga cree que solo empiezo a verme con X porque con X no se puede tener nada.

Y que yo no quiero tener nada.

Pero me gustaba bastante. Eso también lo sé, aunque en ese momento no había reparado en eso, ni en él. Todavía no sé si es un cínico, un bipolar o un alma rota, como la mía, como casi todas.

Mi amiga insistía: te enganchás porque sabés que con él no se puede tener nada.

Y eso le preocupa o le molesta, según la ocasión.

Ella nunca estuvo sin pareja, no le va esa forma de vivir.

Dice que el amor para ella esto y aquello.

Yo la vida sin un amor tampoco la concibo, objeto. Pero la pareja... cuántas veces no es el amor, ¡ni de cerca! Eso de estar por estar, no me va.

Me aburre. Me mata. Me hace ser mala. Me embrutece.

En el medio todo el trabajo que se hace leyendo buenas novelas, escuchando (a otros, a otras) y hablando en un diván.

En el medio un no amor que no llega a nacer y ya muere.

Demasiado fuego para tan poco sexo.

Demasiado sexo para tan poco amor.

Demasiadas canciones y palabras.
Hasta que me doy cuenta de que tampoco quiero tener a X.
Ni una historia con X.
Y y Z, menos. Ni pena ni gloria.
X es la parte de la ecuación, la incógnita a despejar (en mí). X era cómodo.
A X tal vez yo le gustaba la mitad de lo que me dijo que le gustaba y es un montón.
X me rompió el corazón, pero no mucho. Lo suficiente para recordarme que tenía uno. Quise ser leve como las chicas que le gustan a X, pero la levedad no es lo mío.
Mi amiga tenía razón.
Con X, nada.
Pero X te hizo salir de la covacha.
Gracias X. Chau X. Empezó el verano, otra vez más.
Estamos en otoño.
Y mientras camino escuchando canciones y viendo persianas bajas de comercios tristes y abandonados, mientras me distraigo bebiendo del néctar de belleza que proponen los liquidámbar, sonrío en el nivel celular, sonrío sin saber por qué, por lo que vendrá.
Por Dionisio desmembrado, y todas las diosas de la vida, y por los gauchos cuchilleros que aún resisten.
Porque otra vez llegará la primavera.
De regreso a Octubre.

Algunas tardes voy a caminar (25 de diciembre de 2019)

No alimenté a los hambrientos ni arrojé a las abandonadas.
Apenas cociné para mi pequeña familia y algunos más, quizá.
Alimenté a la cachorra.
Corté el pasto, hice una torta, dormí hasta tarde, leí una novela.

Miré las fotos de todas las personas felices en las redes.

Lloré un poco de felicidad y un poco de tristeza: porque se murió mi perra, extraño a quienes no están, porque estamos al fin volviendo, porque te perdí otra vez y ya van tantas que no me acuerdo.

Saludé acá y allá.

Y recibí tantos mensajes, tantos que si fueran perlas podría hacerme un collar con varias vueltas, hasta uno que cayera sobre una espalda escotada como en un vestido de heroína de Scott Fitzgerald o de Bioy Casares.

A mí la gente que me escribe no me habla de inversiones ni de negocios, ni de cosas triviales o aburridas.

Me hablan de música y de proyectos delirantes y cautivadores, de una siesta con sexo, de un velorio solitario, de series de los ochenta, de animales que enferman, de los libros que están leyendo o de novelas rusas que viven o escriben; me hablan de recetas para dejar de fumar o para hacer budín de bananas con arándanos, de la impresión que les causa algo que yo escribí pero ya no me pertenece, de la Impunidad de los genocidas y de los saqueadores; del infierno dulce que es la familia, de sus grandes amores, de los hijos, de los viajes que les gustaría hacer si algún día tuvieran dinero como tienen otras personas que me escriben mientras se desplazan por puntos diversos del planeta.

Me hablan de eso y de pintura argentina, y de las películas de la Nouvelle Vague, de cómo era el racismo por dentro en los Estados Unidos de la década del sesenta; de rock y de trash y de lo rápido que se va la juventud y de los hermosos hombres que amé y me amaron alguna vez, y de un filósofo que me voló la cabeza pero no tanto como yo misma hubiera querido.

También hablo con viejos y nuevos amores y escucho en silencio la noche.

Tender is the night.

No.

No soy una heroína.

No hice ninguna revolución.

Apenas sobreviví.

Apenas alcé un poquito la voz y pagué un precio quizás demasiado alto para tan poco.

Algunas tardes voy a caminar o a correr y evito, dando un pequeño rodeo, pasar por la puerta de su casa en Tolosa pero no puedo evitar los recuerdos. Pienso que todavía está allí: quizás dando una clase, quizá escribiendo una nueva novela o tocando el piano. Quizás está haciendo el amor o regando las plantas, o buscando un libro en la biblioteca que ya no existe de la planta baja, o dándole de comer a los animales.

Lo imagino en la cocina de la planta alta, mientras arregla el mate (odiaría esa oración creo, preferiría que escriba té o café para escapar del lugar común, pero la verdad es que tomamos mate) y me trata de sonsacar chismes de acá y de allá, como si yo tuviera algo importante que decirle.

No le diría que leo los poemas de Dárgelos y que me gustan, pero tal vez hablaríamos de mi padre y de Leda y María Elena, y algún rumor político de esos que circulan entre bambalinas, como en el teatro isabelino.

Como si estuviera vivo.

No, no soy valiente.

Me quedé ahí, en el gesto afectuoso al vernos, el chiste, la promesa de una futura conversación, no me animé a preguntarle por Stalingrado.

Y llegó la muerte, que siempre se adelanta.

O casi siempre.

Y pienso que tal vez una no se cansa de repetir los mismos errores y desaprovechar las oportunidades.

Y que sería mejor dejar de gozar tanto en las esperas, aunque sea un riesgo.

Hoy (19 de diciembre de 2019)

No me despertó la gata.

No le di de comer a la perra, ni le di sus remedios, ni sus caricias, ni su mirada se cruzó con la mía,
no nos saludamos, no la consolé.

No me consoló.

Los pajaritos invadieron la huerta.

Nada los detiene.

De pronto todo mi mundo doméstico se terminó.

Una forma del amor (4 de diciembre de 2019)

X, aún adolescente, me habla de su exnovia Tal, con la que cada tanto se reencuentran. Al haberlo visto sufrir mucho por ese amor, le pregunto con cautela por ese vínculo. Él, muy seguro, me dice que ellos siempre se amarán, porque cada uno/a fue el primer amor para él/la otro/a.

Cuando lo escucho, me da ternura. Pienso que es un deseo y una expresión ingenua debida a su juventud.

Y, sin embargo, hace unos días, caminando por un bosque en una ciudad costera con una amiga, no podemos parar de relatarnos anécdotas y amores que nacieron ahí, en nuestras adolescencias, y cuyos frutos, marcas, presencias, ausencias, perduran hasta hoy.

A la tarde comprendo algo que había pasado por alto. Esta nostalgia que me embarga es una forma de amar.

Y en esa forma de amar, yo todavía te encuentro a vos, mientras salto, sin quedarme, por distintas formas de no encontrarme con otros.

Y me pregunto si para vos soy algo todavía, o más bien, si aún sos capaz de leerme como quizá nadie me ha leído.

Acá, por el camino de Swann o por el de Méséglise.

Soy la gata que camina libre (28 de noviembre de 2019)

*El Gato dijo: "No soy un amigo, no soy un criado.
Soy el Gato que camina libre y que desea ir a tu Cueva"*

Rudyard Kipling

Nuestra gatita ha sido atropellada.

La buscamos durante tres días largos y ansiosos.

Pusimos carteles y preguntamos por los negocios y las casas y las redes.

Creímos que se había asustado por la tormenta, que tal vez se hubiera caído, que volvería.

No voy a poner otra foto de Libra aquí, nuestra gatita, porque me dan ganas de llorar.

Toda la manzana está llena de fotos en los carteles de búsqueda que hicimos. Salgo a la calle y bajo la vista porque ya no hay esperanza de encontrarla.

Son los gatos los que nos hacen ser de tal o cual forma en su compañía. Cada gato tiene su modo de ser felino y estoy segura de que una educación completa tiene que incluir la convivencia con animales como ellos.

Hay gatos ariscos y elegantes, gatos locos, gatas mimosas y tiernas, gatos alegres, distantes, sabios, desdeñosos, lejanos, pesados. Gatas misteriosas que un día se ausentan y luego reaparecen enredándose entre tus piernas en el momento menos esperado.

El obstetra que nos trajo al mundo a mi hermana y a mí solía decirle a mi madre que las embarazadas se favorecerían de observar partos de gatas. Vi parir a varias, ayudé incluso a alguna que tuvo dificultades y es por eso que me asombra la gente que sostiene que los gatos no son agradecidos o leales.

De todos los gatos que han embellecido mi vida, desde que tengo recuerdos e incluso, marcas en el cuerpo, nuestra gatita Libra fue la que menos tiempo vivió.

Hemos cuidado gatitos por un tiempo, regalado gatitos de distintas camadas, enterrado gatos y gatas que pasaron una vida con nosotros.

Rocamadour, sin ir más lejos, nacida en un bar rockero platense a fines de los ochenta, que llegó a mi casa en la mochila de mi hermana y en bicicleta para serme obsequiada en plena época de lectura cortazariana, allá por mis dieciséis o diecisiete y vivió diecinueve años.

Toé, rescatado en la infancia con mis amigos “pedagógicos”, abandonado con otros gatitos en un terreno lindero al camino donde su madre había sido atropellada.

Los gatos que pueblan novelas y cuentos que he leído, las gatas que acompañaron cada etapa de mi vida.

Gatos que se quedaron con algún ex, gatas que se quedaron conmigo, cuando las parejas se rompieron.

Maguita, dieciséis años acompañando a mi familia hasta que este año nos abandonó, pertenecía a esa especie de gatas elegantes, distantes, desdeñosa en su independencia pero vulnerable al cariño de mi hijo.

Maga, libre y corajuda.

Esta pequeña Libra era una gatita tan alegre y mimosa como pocas he visto, llena de energía y capaz de iluminar nuestras noches con su modo Pelusón of Milk.

El calorcito de su compañía y alguna confusión que la llevó a creer que era una perrita, así que seguía a mi hijo por la casa y lo esperaba detrás de la puerta cuando sentía la llave girar, o se quedaba tranquila en sus hombros como una pequeña estatua egipcia.

¿Cómo es vivir sin animales?

¿Cómo es vivir sin gatos, estos seres tan inteligentes y bellos?

Me dicen que hay que tenerlos encerrados para evitar que los maten pero yo aún no sé cómo pueden vivir los gatos sin libertad, incluso en este mundo violencia.

Adiós gatita hermosa.

Escenas de primaveras y juegos de paisajes (11 de noviembre de 2019)

¿Con quién no jugamos al amor y la muerte?

Gilles Deleuze, "TRES PROBLEMAS DE GRUPO",
EN LA ISLA DESIERTA Y OTROS TEXTOS

Con A. nos entretuvimos en conversaciones que demoran el encuentro de los cuerpos. Afuera se adivinan los horizontes bajos como cuadros de Molina Campos mientras cae la noche veraniega y sopla un viento que limpia. Suenan temas clásicos de rock nacional, las copas quedaron por ahí, los cuencos con frutas de estación y las tablas con quesos y fiambres son la tentación de las moscas y los perros que entran y salen de la casa por las puertas y ventanas abiertas en los territorios sin miedo. Las ganas son como los libros de la biblioteca y los recuerdos de viajes, llegan adornadas por ornamentos de palabras, no son de pronto, no son de fuego, y ni siquiera cuando la luna llena como en las películas se deja ver puedo entregarme a un romanticismo nocturno que ayudaría a ese breve amor.

Con B. nos medimos, nos dijimos y contamos historias como si nos tocáramos o nos besáramos, y algunos ademanes y entonaciones son como lenguas deslizándose por las pieles y mordiendo justo en donde.

B. me habla de un libro y produce efectos performáticos, como si me susurrara y a veces como si me gritara, o como si gritara. Por eso cuando necesito paz tengo que poner a B. y a los que son como B. en modo silencio/distancia, porque en su hablar me envuelven, en su hablar me encienden y si es primavera me da por reír, pero en invierno la risa no siempre viene.

Peor que eso es cuando no me habla y me deja un repertorio de canciones tristes.

Permanece mudo, distante, y me voy olvidando de su existencia pero olvidó un guijarro que pincha la planta de mi pie cuando camino

plácidamente por ciertos lugares, y el pinchazo me recuerda que perdí algo u olvidé algo que me importaba.

C. monta una escena que me provoca celos. Juega a aparecer y desaparecer y se mezcla la música de una milonga con algo tropical y quiere hacerse el bueno pero no le sale. Hace comentarios y chistes desagradables y los adorna con gesticulaciones impostadas de un actor que exagera o no cree mucho en su papel. Por un rato me convence, capta mi atención, es mi lado morbo turbio que se autoflagela con su injuria reinterpretada como si no le alcanzara con tocar. Necesita ser visto, necesita estar en el centro de la escena. Yo lo miro y no veo nada, es como una vela que se apagó, hasta que introduce a los personajes femeninos y me provoca celos. No deseo, no ganas. Unos celos que vienen del pasado y la infancia, tal vez, que reeditan una escena reprimida o guardada. A la mañana siguiente me parece tan absurdo, no puedo recordar una sola conversación con él que me conmueva o despierte mi curiosidad. Si escribiera todas las palabras que me dijo, no llegaría ni a un *haiku*.

(Alguien me pregunta si no me da miedo cuando escribo que alguien se sienta tocado, que los devotos de la literalidad se reconozcan y se ofendan y digo que no sé, que tal vez, pero de C. no me preocupa porque nunca leerá nada de lo que yo escriba, y quizá nada de lo que valga la pena leer).

Están matando a Evo, a Assange, están matando pibes tras la cordillera, y de Sur a Norte y de Norte a Sur. Estamos muriendo, nos están matando, la vida es como una isla casi desierta y yo solo quiero decir: esta noche, mañana, demos una vueltita, un paseo a Citerea, y que vos lo entiendas, y que vos seas acto, y que seamos un rato un paisaje de Watteau.

La edad de las mujeres (noviembre de 2019)

Una vez fui a la casa de la escritora Alicia Steimberg, un departamento pequeño muy cerca de Las Violetas, en CABA, atiborrado de libros, portarretratos, adornos. Me mostró las fotos de sus hijos, que ya eran adultos, y me iba contando anécdotas mientras yo la seguía hasta la pequeña cocina donde se me pierde en la memoria si me preparó un té o un café. A raíz de algo que me contaba, con relación a la crianza de lxs niñxs y la escritura (tema que por entonces ocupaba el centro de mi escena) le pregunté la edad, porque me parecía demasiado joven para tener hijos tan grandes. Ella me dio una de las respuestas más inteligentes que escuché respecto a las edades en una mujer, he contado esto infinidad de veces pero hoy me acordé al cruzarme en la calle con una desconocida que me recordó mucho a Mary Sánchez. Pero no a la Mary de los últimos años, sino a la de los 2000 y pico, cuando la trataba de manera casi cotidiana y pensé en esos caprichos del tiempo y la memoria, y de las imágenes que guardamos de las personas cuando dejamos de frecuentarlas por las razones que sean.

Me dijo Alicia: mi edad depende. A veces me despierto con quince años, otras tengo cien, mi DNI dice tal cosa...

Estos años oscuros nos han envejecido de la peor manera: enfermándonos y agotándonos.

Sin embargo, esta primavera, el vientito que sopla, el deseo que anda deambulando por ahí en los bodegones y que "escriben los poetas embriagados" me hace sentir *so young* por momentos.

Dan ganas de subirse a la bici y pedalear como si fuéramos el pibito de *ET*.

Una encantadora manera de comenzar la semana (3 de noviembre de 2019)

Soy una intelectual. No me gusta admitirlo pero es algo bastante cercano a lo que soy.

Añoro el siglo XIX, incluso a veces el XX, pero mal que me pese habito lo contemporáneo y me deja a veces pasmada, otras fascinada.

Decir intelectual es un problema y se requiere de muchos adjetivos. Se trata de un palabra tan devaluada que si una la repite puede parecer el *pum pum pum* de un instrumento de percusión, o el eco lejano de algo que quería decir otra cosa.

A veces fantaseo con ser contemplada a la sombra de y como una muchacha en flor.

Y vos deseándome como Marcel a Albertine, pero con más realismo, el vértigo de un animé, y con la ligereza y la alegría de los cuerpos que pueden al fin apagar la máquina de hacer preguntas, reproches y acusaciones y surfear la ola.

La espuma salada salpicando, la noche alrededor, aterciopelada y en vaso de trago corto con rodajas de naranja y hojas de menta.

Otras fantaseo con ser una aviadora que prefiere perderse en el horizonte infinito de sus, tus y mis numerosos olvidos antes que morirme la cola otra vez *in My life*.

Mi mente es más inquieta que un volcán submarino en movimiento, y a veces ni toda el agua del océano apaga la llama.

Me gustaría usar frases cortas y entregarme a la colonización de la lengua de los piratas del Imperio insaciable como hacen casi todos.

No darle tantas vueltas a batallas ya perdidas de antemano. Volver a fumar tabaco y ser una deidad del panteón apolineo pero con un arco y una flecha dionisiaca a mano, por las dudas.

Hay tantos monstruos ahí afuera, acechando, tantas presas, tantos animales salvajes y quimeras que atrapar. Tanto alimento y algún unicornio, tal vez, por qué no.

Camaleones, sapos, un pez gigante digno de un héroe y toda clase de mariposas.

Quisiera dejar de pelear por las causas abandonadas.

O ser una guerrera vikinga que llega cansada de la batalla y se acuesta con un joven artesano, un granjero o un viejo sabio, y toman vino o lo que sea para olvidar a los muertos.

Me gustaría ser una artista, una domadora de serpientes, una jineta sin obligaciones: tu ama, tu esclava, la chica a la que invitás esta noche a tomar un Martini en Casablanca, mi querido Rick.

Me gustaría que esta primavera siga oliendo a jazmines y a pueblo, a sexo y a países lejanos e inventados donde las especias son picantes, el Tabasco no falta, el océano es cálido y las costas, sureñas, aunque las leyendas sean de mares del Norte.

Me gustaría ser una astronauta valiente como Valentina Tereshkova y viajar a planetas más distantes que Plutón o a tribus perdidas en Áfricas olvidadas donde habitan marineros y náufragos marroquíes y amantes de la China del Norte, con pieles extremadamente suaves y lampiñas, y bocas calientes como rescates de la muerte.

Y una de Aretha F. o de Prince sonando de fondo a nuestra galopada, que no será *The Big Wave* pero sí una encantadora manera de comenzar la semana.

Escribir amando o... en su defecto (17 de octubre de 2019)

Leo un posteo Luciano Lutereau que me manda mi amiga M.S... Habla sobre la escritura en las mujeres. Por qué escribimos, o más bien, qué efectos produce el escribir en nosotras. O para qué. No lo dice, pero podría ser que se pregunte qué del deseo se pone en juego allí, y a qué se renuncia al elegir eso. O algo así.

Cuánto de nuestro narcisismo se despliega así, qué tanto más lindas o menos lindas nos sentimos luego.

Me hago varias preguntas.

Desde que M. me hizo esa entrevista, o más bien, desde que la vi hace poco en video, me sorprende todo el saber que parece haber allí.

En cambio, del amor no sé nada. O casi nada. Del amor en la escritura.

Cuando me enamoro, la gente que lee este blog lo descubre. O eso cree.

Los límites entre lo que se dice y lo que no se dice, la construcción de una voz narrativa, el uso de figuras como metáforas y elipsis parecen, a veces, en vano.

Es como si toda voz que narra en primera persona le perteneciera a un yo que se confiesa.

Tal vez es el efecto que han producido las redes en nuestros modos de leer lo que acá se soporta (sí, claro, apelo a los varios sentidos de esta palabra).

Si es un posteo en un blog 2019, y se comparte en una *fanpage* de Facebook, es una confesión personal.

Escribo mientras viajo parada en micro, empapada. Ese detalle se configura como evidencia. Lectorxs que me conocen dirán: ves, es sobre ella. Ella viaja en micro a veces (¿dice *micro* para mostrar que es platense o porque su narradora así lo requiere?). Es algo compulsivo (pobre), lo hace incluso si va parada, cuando está muy manija.

Podría decir escribo mientras el tren avanza por la Ruta 40, o la autopista que me aleja de LA. Podría decir escribo mientras los árboles de esta pequeña selva africana que me rodea se agitan con la cadencia sensual de unos bailarines de un tribu ya extinta. Sin una coma.

Escribo sobre el escribir encerrada en un cuarto de hotel una noche de invierno en Moscú.

La escritura siempre es invención, incluso cuando alguien intenta dar un testimonio judicial que pruebe algo u obligue a alguien a asumir alguna responsabilidad por algún hecho.

¿Pero quién inventa? ¿Me expongo, me oculto, intento saber algo de mí, trato de seducir o controlar a mis fantasmas?

Frena el micro y tengo que tipear de nuevo.

Ya no estoy pensando en las personas enamoradas sino en un texto de Judith Butler sobre Kafka y otro sobre Primo Levi.

Cuando leo también me enamoro, a veces.

Puede ser de un poema, de una novela (es mi debilidad en el amor, pero no la única), un ensayo, un cuento, una crónica.

Cuando estoy muy enamorada, creo, por lo general no escribo. Es un tipo de pasión que arrasa con casi todas las otras opciones.

Por suerte, si es que sucede, pasa rápido. De lo contrario, vivir sería imposible.

Cuando ya cargamos con un considerable número de desengaños, vemos venir el golpe del amor que puede tocarnos y muchas veces salimos corriendo. Otras veces nos alejamos porque nos damos cuenta rápido de que no hay nada de amor en juego ahí. Esos libros que nos apuramos a terminar porque apenas comenzados nos aburren, o nos desilusionan, o nos conducen a territorios donde resuenan ecos de algunos dolores que hemos mantenido a raya mediante neuróticos y arrebatados esfuerzos. Y otras avanzamos en una relación que nos ofrece alguna clase de placer o calma, sabiendo que ese fuego ahí no quema ni quemará.

El texto de Lutereau hace referencia a la escritura de una tesis.

Tal vez al teorizar solo buscamos un poco de belleza, o uno poco de amor hacia nuestra belleza que piensa al conversar en voz alta escrituras en papel, deseando, ¿cómo Kafka?, que no sea solo una carta que caiga en manos de los fantasmas.

Capítulo 8

Pandemia. Crónicas del año que vivimos en peligro

Oh, Francis. ¿Y cómo serán los que vengan después? (25 de marzo de 2020)

*Una generación nueva, que se dedica más que la última
a temer a la pobreza y a adorar el éxito;
crece para encontrar muertos a todos los dioses,
tiene hechas todas las guerras y debilitadas
todas las creencias del hombre.*

F. Scott Fitzgerald, 1925

I.

¿Y cómo serán los que vengan después?

Ya no sé en cuál de los ensayos de *El Crack up*, que se publicó en 1945 y *post mortem*, retoma el genio de Francis Scott Fitzgerald esa idea que ya estaba en *El gran Gatsby*.

Me ronda Scott en estos días, como si fuera un hombre del que podría haberme enamorado en medio de este Apocalipsis. Ya no sé si me llega su nombre #SignificanteAmorPosible por el cansancio del trabajo sin pausa, sin descanso y sin rutina, si es la cuarentena, si la falta de tiempo hasta para esta escritura/desahogo, si los miedos por las personas que amamos y por el mundo que conocimos y ya no será de nuevo.

¿Y cómo sería un hombre así, un hombre formado antes del *crack up*, un hombre para acompañar este nuevo *Crack up* global? ¿Y cómo sería una mujer así, una Zelda del siglo XXI antes de su propio *crack up*?

Un hombre capaz de captar la sutileza en la belleza de un acorde de su propia factura, un hombre capaz de la poesía en el dibujo o en la palabra, y de abrazar con más amor que vanidad.

Un hombre que escribió, o escribiría, o escribirá: "Después pasé muchos años borracho y después morí" (F. Scott Fitzgerald, 2011: 254) y también "Nunca deseé que hubiese un Dios a quien visitar; a menudo deseé que hubiese un Dios a quien agradecer" (2011: 255).

No sé si alguien así se detendría en alguien como yo, trasnochada rusa, cansada, alienada en el trabajo y que no sabe más que de excesos.

G. dice que sus amigos le dicen cosas de mí, cosas lindas. Pero eso pertenece a un mundo que ya no existe.

Y aun si existiera, ya no me embriagan las palabras que solo pueden sostenerse haciendo equilibrio en las barandas de balcones aceitadas. Abajo, las avenidas desiertas, arriba, el cielo que no toma nota de nuestro pánico.

Aunque tal vez Scott F. (lo llamaremos así de acá en más, es posible) por eso quiebra también. No solo por la locura y la pasión con que ama a su compañera, ni por el alcoholismo o los Locos Años Veinte.

Ni es solo por la Guerra y por el Fin de Todo lo que Amaba.

Sobre todo, el fin de la belleza humana, esa que se hace también del tiempo para el goce, para la conversación, para tirarse en el piso de una cueva a escuchar tambores de otros mundos o guitarras del futuro.

Cuerpo a cuerpo.

Como era en el mundo preavatares y algoritmos, como era antes de que habitéramos las catacumbas sin salir a la superficie, cuando lo

humano habitaba en el contacto entre los cuerpos y los androides no dominaban el planeta.

Fuego de antes y de ahora, niños encendidos de alegría, comida para los hambrientos y asilo para los sufrientes. Una cueva de amor cristiano. Una pandemia de generosidad.

Pero nuestro Francis (también lo llamaremos así) la ve venir. Cae en todos los pozos, entiende más de lo que los demás creen. Escribe como desde una máquina del tiempo. Y sufre por esa humanidad sin nobleza ni tiempo para apreciar lo bello y lo triste.

Tal vez si Scott estuviera acá, si no fuera un completo borrachín ya, sino todavía un hombre capaz de discernimiento, si me mirara como alguien que puede ver más allá de su ombligo, yo en lugar de arrojarme al abismo de su mirada lo estaría mandando a comprar víveres o a podar las enredaderas, o a hacerme reír en la ducha.

Él por supuesto no iría.

Y yo me quejaría amargamente de su falta de sensibilidad y de pragmatismo.

Y no sé por qué desearía que compensara todo recitándome un poema de Pavese en italiano.

Sería como un acto de locura.

Sería como si V. no hubiera muerto y me besara con sus labios gruesos y sus ojos verdes sonrientes y encendidos.

Y brindáramos sin temor a contagiarnos más que de alegría de haber sobrevivido a este holocausto.

Pero a veces ni los Apocalipsis logran que se encuentren los descontrados.

Hay veces que solo en un estado de excepción como este somos capaces de calibrar el tamaño de nuestra libertad, de nuestra valentía, de nuestra capacidad de amar.

Hoy leí que L.L. dice que es casi imposible desamarrarse de un deseo. Que al deseo solo se le puede escapar mediante un duelo, algo así (quizá lo estoy recordando mal). A veces en realidad nos da tanto miedo no volver a desear que permanecemos amarrados a deseos letales como virus.

Y yo estoy, querido Francis, como en una funeraria, todos mis duelos frente a mis ojos, y todos los cadáveres enfriados ya al parecer.

Pero nunca son todos.

Dios sea loado.

Siempre hay vida.

Aunque algunos de ellos no se dan cuenta e insisten, como si las cosas permanecieran inmutables y como si el mundo metafórica y literalmente no se estuviera sacudiendo.

Insisten en ser amigables o en ser amables y yo replico como si eso me importara, como si fuera realmente importante, como si todo ese fuego que alguna vez inspiraron hubiera dejado alguna brasa, más para economizar energía que para dejar el fogón con algo de brasa. Una cordial indiferencia, como la que tenemos con el repartidor de agua (aunque ese sería otro capítulo) o el verdulero, si es que todavía pudiéramos ir a la verdulería. Cosas que hacíamos antes, cuando podíamos salir de nuestras casas y mirar a las personas de cerca, e incluso tocarlas sin miedo.

¿Creerá alguno de ellos que porque soy correcta y me río de sus bromas y contesto sus mensajes aún queda algo de aquello? ¿Todos se han puesto comunicativos y bromistas?

Nos pasa el miedo.

No es deseo, es aislamiento.

¿No se dan cuenta de que solo cuándo los odiaba enérgicamente realmente valía la pena?

Oh Francis, *you know*.

II.

Tal vez Scott no sería ese de los rulos y la mirada asimétrica que siempre se queja de todo pero sabe hacer belleza en este y de este caos.

Scott, atormentado y dandi, perdedor innato, sublime creador de nostalgia, fabricante de mundos que pueden o no existir.

III.

Cada vez que creo que las pestes y los virus, el agotamiento y la vida, los amantes que se sucedieron como si fueran microamores cuando en realidad no llegaron ni a broma, pusieron fin a ese malestar que me empuja hacia la repetición de lo mismo y lo mismo —ese malestar al que podríamos llamar deseo...— Pero, entonces, ¿si no llegan los celos, mensajeros de los dioses que nos recuerdan que todavía hay algo ahí que no se apaga, es que ya hemos terminado el duelo? ¿Cuántos duelos?

La experiencia es, a veces, una educadora brutal.

¿Y cómo sabés que ya no te importa alguien?, preguntaría (en inglés y con las cejas depiladas y una melenita rubia a la garçon) un personaje femenino de Scott.

Porque ya no siento ni una cosquilla de celos... escuchemos jazz, mi querido, como esa tarde en que colgamos las hamacas bajo las ramas de un bosque de novela policial, bebamos un Martini seco en blanco y negro y olvidemos todo de una vez.

Yo te abriré la puerta y te dejaré entrar como si no hubiera peligros.

Podemos hacer planes para el futuro como si creyéramos en eso, o hablar de los libros de Rodrigo Fresán que seguro tampoco leíste ni leerás.

Pero la verdad es que
solo me extraño a mí.

Solo extraño a mi familia.

Solo quisiera mucha más de esta paz —de varios instantes— con mi propio linaje: joven luchador, encarnación del cangrejo y mirada oceánica y transparente; y acariciar una vez más a mi perra y a mi gata, abrazar a mi madre, besar la frente de mis sobrinos, reírme hablando con mis amigas y amigos, observarte desde la alfombra de pelo azul mientras prepararás las verduras y los agridulces y nos envuelve Ella Fitzgerald con su magia de habrá mañana.

Y si es por el sexo, preferiría a un desconocido que te haya leído con la misma sed que yo, Francis, y que se ría de toda esta pavada.

IV.

Estoy agotada de trabajar y limpiar los virus, los vidrios, los azulejos, las telarañas y las promesas sobre el bidet.

Quinta estación. Cuarentena

Estoy feliz en medio de la borrasca unos instantes, porque un par de nudos se desanudaron y un par de párrafos ennovelados en una trama parecen tener la forma de un tapiz medieval que me satisface.

Nada queda de ellos en mi piel, como si toneladas de alcohol en gel los hubiera limpiado.

En medio de esta crisis que sacude al mundo, en medio del temblor del capitalismo que nunca sabemos si mutará en Hyde sin rastro alguno de Jeekyll, yo todavía imagino que habrá una conversación entre nuestras miradas que restablezca alguna clase de intimidad y de orden musical en esta partitura amorosa demasiado silenciosa y con este *allegro ma non troppo* que nos saque de esta encrucijada.

Porque, como escribió F.S.F.:

“Claro, toda vida es un proceso de demolición, pero los golpes que llevan a cabo la parte dramática de la tarea—los grandes golpes repentinos que vienen, o parecen venir, de fuera—, los que uno recuerda y le hacen culpar a las cosas, y de los que, en momentos de debilidad, habla a los amigos, no hacen patentes sus efectos de inmediato. Hay otro tipo de golpes que vienen de dentro, que uno no nota hasta que es demasiado tarde para hacer algo con respecto a ellos, hasta que se da cuenta de modo definitivo de que en cierto sentido ya no volverá a ser un hombre tan sano. El primer tipo de demolición parece

producirse con rapidez, el segundo tipo se produce casi sin que uno lo advierta, pero de hecho se percibe de repente" (*El Crack-Up*).

Como la ola (22 de agosto de 2020)

Escribí un cuento que hablaba de vos. Se situaba en una época en la que ni vos ni yo existíamos, en una casa en la que jamás nos hubiéramos encontrado, en unos diálogos que no tuvimos, en unos abrazos que ni tus fobias ni mi gusto por la fuga hubieran consentido.

Escribí un cuento que hablaba de vos porque hablaba de pájaros y de música barroca, ponele. Una ópera en una ciudad italiana o una fiesta de carnaval veneciana, un juego erótico de esconderse y perseguirse.

Vos, claro está, no lo leíste ni lo leerás. Lo tuyo nunca fue la lectura.

Subido a tu tabla, surfando las olas, hundido en tu ego, veo tu silueta recortarse sobre el horizonte de un mar que me hace más falta que los respiradores a algunos enfermos.

En ninguna de las pistas te encontraste.

Leí un texto de L.L. que me hizo entender que ningún esfuerzo por llamar tu atención mediante los celos sería provechoso.

Deberías para eso dejar de ser el niño que juega a la seducción, deberías dejar de mirarte en mis ojos, deberías animarte a desearme.

Hundirte en la ola.

Dejarte llevar.

Bucear en las profundidades.

Deberías ser otro.

Después escribí un posteo en este, mi blog, que hablaba de sexo y algunos detalles de paisajes y creíste encontrarte, donde no estabas ni nunca estuviste.

Yo escucho Babasónicos y me enamoro de Dárgelos desde hace más de veinte años. Escribo lo que puedo y olvido los desaires porque a esta altura soy más como la ola que como la tabla.

Parado sobre mí, ya no.

Con antifaz carnavalesco como en una escena de Henry James, quizás.

Sobre la rama del ciruelo, como un colibrí, aguardo la palabra que te despierte.

Sin apuro.

Sin miedo.

Sin memoria.

No dar más (17 de agosto de 2020)

No dar más

Es eso, no dar más

Porque ya se dio mucho

Cedió mucho

Porque no queda más para dar

Porque a veces pensamos que daba para más

Pero si no se da más

No da.

No dar más

Porque hay que guardarse algo

Para respirar

Tan fácil (15 de agosto de 2020)

Tan fácil como apretar un botón, encontrar en “la App” la función para hacerlo. Eliminar la foto, dejar de seguir, bloquear, modo descanso...

Hacer como si fuera un muestrario de zapatos, vamos deslizando el dedo sobre el calzado de verano, este es lindo pero demasiado liviano, aquel es sofisticado y elegante pero no sirve para la aventura,

ese, ese que parece calzar justo pero en realidad termina apretando hasta hacer doler .

Tan fácil y ya desaparece el deseo, Eros de hoy parece como el meme de Doge y Cheems.

Pero yo, cuando me dejan, cuando logro respirar, llenar el pecho, ser muy consciente de que todo está siempre en peligro, y aun así sostenerme flotando sobre la mierda que inunda el alma humana y las ciudades, y aun así, puedo ser muy valiente con tal de seguir contemplando de vez en cuando las orquídeas que embellecen el mundo.

San Francisco... Solano (8 de agosto de 2020)

Hablo con B. y usa la metáfora del cruce del río. No sé si lo hace porque es la primera que le viene a la mente.

No importa. Es una imagen potente y yo sé que él entendería — aunque no le importe ni me importe ni me lea— los múltiples sentidos que resuenan en mí, como cuando un acorde de guitarra nos toca en alguna fibra que no podemos traducir a palabras pero es como si dijera al mismo tiempo: es propicio atravesar las grandes aguas, crucemos el Jordán, el chiste del escorpión y del cocodrilo, una infancia entrerriana.

Y después dice: San Francisco Solano, pero no creo que sepa el efecto que eso produce en mí en un día como hoy, un día que es como hundirse en un texto de J. Berger, y pensar en ella y llorar hasta que se nos sequen los lagos y los ríos internos. El efecto de una sonrisa muy tierna en mi cara que lleva horas de tristezas, un mate que tiene gusto a infancia, y ahora esta necesidad de escribirlo...

No sabe que ese es significativo de padre volviendo tarde un día de semana (con unos chocalines Jack para quienes aguantamos despiertos el regreso) no del estudio en "Capital" sino de la escuela nocturna de adultos "en Solano". Padre en su mejor momento profesional y económico, lleno de salud y de vida, que dice que hay que devolver

lo que hemos recibido y va esos días de noche a esa escuela inmersa en un barrio tan pobre que huele con ese olor que yo sentiré ahí por primera vez, cuando las alumnas y los alumnos de padre (adultos para mí, pero en realidad jóvenes que no pudieron terminar la secundaria en su momento porque son hijos de obreros y deben trabajar desde chicos y sufrirán la dictadura mucho más todavía) nos inviten a casa-mientos y cumpleaños que se hacen en clubes populares con piso de cemento (no ese cemento alisado y pulido que se pondrá de moda mucho tiempo después en la arquitectura minimalista de la clase media urbana que se va a los barrios cerrados y los *countries* o las zonas alejadas de las ciudades que se van llenando de las hijas y los hijos de la gente que crece en lugares como Solano, sino la carpeta algo rota y gastada de tanto baile y pibes jugando), y años después me llevarán a Berisso y después a una tarde en el barrio palestino en Jerusalén, y un mediodía en Río de Janeiro o Jujuy.

Hablo con J., y por momentos nos reímos, no porque no comprendamos, o al menos intuyamos, la dimensión de la tragedia que nos toca atravesar (metáfora de río, de océano bravo, de tsunami, de volcán, de terremoto, de cápsula espacial chocando con la atmósfera de la Tierra, de *El invierno del Nabo*, de las mujeres cazadas y violadas en la selva y las niñas sometidas por los amos, de los pogromos en plena guerra, de los niños palestinos masacrados) sino justamente por eso. Le mando una foto de la novela que leo, y nota la marca en lápiz de la frase de la flor, como sé que lo vería M., que está más lejos aún en tierras de mosquitos y calor y poco COVID, y entendería rápido si le dijera que ese que me comenta los estados y las historias y las lecturas y me hace guiñes es en realidad un pusilánime pero sobre todo un hombre con el que solo se puede coger pero no hablar, no hay de qué hablar, no hay metáforas ni metonimias que nos lleven al pasado o al futuro para hacernos creer que puede haber algo más que esto que es el horror y todo lo que callo por pudor, por el valor del silencio en la música, y por amor a las personas que me gustaría acunar en abrazos en balcones donde pegue el sol y pedirles por favor que resistan, que

escribiremos juntas pronto y nos llenaremos de plata y saldremos de copas y quién sabe si su amante y mi amante no congeniarán y nos invitarán unos tragos en alguna escapada a la playa o un asado sin tapabocas o donde solo los besos nos tapen las bocas.

Que miren la plaza, que miren el jardín, las hojas rojas, los frutos, las flores que a veces son feas pero huelen bien, como en Pekín, los recuerdos de los días felices que volverán.

Sigo con mi trabajo y con mi mate, sigo con mi tristeza.

Pero me siento afortunada en medio del desierto. Siempre es bueno tener con quien conversar sin tener que explicar que hubo y habrá hundidos y salvados, y Borges y gauchos cuchilleros, islas entre los ríos donde nadamos de niñas con madre, y niñas perdidas en noches orientales y lápices torturados y secuestrados, planetas incendiados y sueños, sobre todo sueños, de utopías en países sin alambrados ni imperios y que aun así se agradecen las bromas y los juegos de palabras y los cariños sinceros, como flores de Georgia O'Keffe, porque "¿qué es una flor?", dice la niña en *El sabotaje amoroso* de A. Nothomb, "un sexo gigante que se ha vestido de gala".

¿Quién despedirá a nuestros muertos? (16 de abril de 2020)

¿Quién despedirá a nuestros muertos, a los que se van sin los ritos funerarios? ¿O acaso no hay una historia de tragedias humanas que se originan en no poder cumplir los ritos funerarios?

¿O acaso no sabemos en Argentina demasiado de esto, de no poder tocar, ver los cuerpos de aquellos que amamos y se van?

¿O acaso no tuvimos suficiente?

¿Cómo seremos cuando termine la mutación, cuando las fosas comunes sean visitadas por los deudos, cuando dejemos de ser zombis?

¿Cómo será el amor, cómo será el encuentro, el sexo, la caricia que calma a una extraña o un extraño y que nos hace humanos?

¿Cómo seremos con los que en su avaricia sin fin se quedan con todo, con toda el agua, con toda la comida, con todas las vacunas, los barbijos, los cielos, los bosques, respiradores, camas, la paz, las fiestas, los campos de verde amor?

Culto a los muertos, reconocer el linaje del cual venimos. Cultivo de alimentos, reconocer que pertenecemos a la especie, y debemos dejar ese saber y ese nutriente a los que vienen.

¿Cómo compartiremos el pan, compañeras, compañeros?

Este libro reúne una selección de unas cien entradas del blog *Palabras cromáticas*, iniciado hace trece años —al principio de manera anónima— como un espacio de escritura de la urgencia y la libertad. Debido a que la temática del blog es, como su autora, algo ecléctica y bastante diversa, acá se priorizaron posteos vinculados a lo que puede expresarse en el título evocativo del “alma rusa”, entendida como un modo del vivir y del desear, que articula tradición y revolución en la manera de vincularse con el oficio de escribir y la pasión por la lectura, el arte, la amistad. Lo hace mediante algunas de las múltiples etiquetas que integran el blog: aquellas que refieren a las formas del amor en sus variantes de malentendido y encuentro erótico; odio/desamor; amistad; maternidades, paternidades, hijos, familias y mundos femeninos, todos atravesados por las particularidades de un habitar político y platense.

Cintia Rogovsky es platense. Profesora en Historia de las Artes Visuales y Doctora en Comunicación (UNLP), docente, escritora y editora. Se ha especializado en temas de Comunicación/Educación, pensamiento pedagógico latinoamericano, escritura y edición. Editora de revistas especializadas en temas educativos, ha publicado libros y artículos de su especialidad (como autora y en coautoría) y algunos cuentos. Entre ellos se pueden mencionar: *Historia Social Contemporánea. Una invitación a pensar desde el sur* (Papel Cosido, 2020, en coautoría) y *Versión final.doc* (EduLP, 2016). En 2014 publicó su primera novela, *Último verano en Stalingrado* (Grupo Editorial Sur) y desde 2007 publica en su blog *Palabras cromáticas*.

